

BLAS PIÑAR
COMBATE POR ESPAÑA
(1)

2.ª EDICION



FUERZA NUEVA EDITORIAL, S. A.

MEJIA LEQUERICA, Núm. 8

BLAS PIÑAR

COMBATE POR ESPAÑA I

Fuerza Nueva Editorial, S. A.

A mi esposa,
compañera total;

A mis padres,
que me enseñaron el amor a España;

A mis hijos,
a los que creo haber transmitido idéntico amor;

A mis camaradas
del comienzo, que perseveran a mi lado, a los que han venido después, a los que vendrán,

dedico mi largo

«Combate por España»

ÍNDICE

<i>PRÓLOGO</i>	3
<i>JUAN VÁZQUEZ DE MELLA, EL ORADOR DE ESPAÑA</i>	5
LA ESPAÑA IRREDENTA: GIBRALTAR	18
<i>I PLANTEAMIENTO</i>	18
<i>II GIBRALTAR ESPAÑOL: RECONQUISTA Y PERDIDA. BATALLA</i>	
<i>MILITAR PARA SU RESCATE</i>	21
<i>III LA BATALLA DIPLOMÁTICA POR GIBRALTAR</i>	24
<i>IV EL PROBLEMA EN EL MOMENTO ACTUAL</i>	26
MÍSTICA Y POLÍTICA DE LA HISPANIDAD	32
ELOGIO Y DEFENSA DE LA VOCACIÓN MILITAR	57
SAN PABLO EN ESPAÑA	75
<i>I EL HOMBRE DE TARSO</i>	75
<i>II TEOLOGÍA CRISTOCÉNTRICA DE SAN PABLO</i>	77
<i>III LA DOCTRINA DE LA JUSTIFICACIÓN</i>	80
<i>IV NUESTRA FE CRISTIANA</i>	84

PRÓLOGO

«Combate por España» no es el título de un libro, sino la rúbrica general de una serie de ellos: Se trata de una colección en la que van a recogerse ensayos, discursos, conferencias, artículos y declaraciones relacionados directa o indirectamente con lo que hoy representa «Fuerza Nueva», de los que he sido autor y de los que me sigo sintiendo responsable.

El combate por España ha sido largo y, además, continúa. Por eso, la colección que lleva este título será larga también y reflejará de algún modo la tónica del momento vivido, del acontecimiento comentado, de la circunstancia o del problema que fue objeto de examen.

Doctrina y táctica, argumentación y postura personal o de grupo, aparecen expuestas, a mi parecer, de un modo diáfano y transparente, pues si son muchos los calificativos poco halagüeños que se nos han prodigado creo que el de falta de claridad sería ilegítimo, e incongruente, por tanto, que se esgrimiera contra nosotros.

En este volumen, primero de la colección, se han reunido cinco discursos de matiz muy distinto, aunque animados por la idea central del servicio a Dios y a la Patria, servicio noble que fue la última y poderosa razón de la Cruzada.

«Elogio y defensa de la vocación militar» es fruto de una meditación apasionada del tema; pasión nacida de mi gran amor al Ejército, aprendido en una familia castrense.

Nieto de militar e hijo de militar, una gran parte de mi vida ha transcurrido entre uniformes. Mi padre, combatiente de la guerra de África y combatiente en la guerra de liberación, defensor del Alcázar de Toledo, profesor de la Academia de Infantería, y mutilado, me enseñó, más con su ejemplo que con su palabra, todo el valor de las virtudes castrenses; y he tenido la fortuna de que uno de mis hijos herede tan sublime vocación y haya seguido la carrera de las armas.

Mi discurso «Elogio y defensa de la vocación militar» fue pronunciado en la Academia General de Zaragoza, el día 17 de julio de 1966, invitado por el hoy Teniente General Iniesta, que a la sazón la dirigía.

El inmenso salón de actos de aquel centro formativo de los cuadros de oficiales del Ejército de tierra, estaba a rebosar por la presencia, para las maniobras anuales conjuntas, de los caballeros cadetes de todas las Academias.

Nunca podré olvidar las generosas palabras de presentación del General Iniesta Cano — alumno que fue de mi padre—, el afecto de la presidencia, la atención del auditorio, sus aplausos entusiastas y expresivos y el honor de dirigirme a una juventud que había hecho de su vida ofrenda y servicio a la Patria.

«Mística y política de la Hispanidad» es un discurso elaborado cuidadosamente, cuya temática central ha sido ampliada partiendo de un esquema originario más simple.

Mi vocación hispánica tuvo su arranque en la niñez. Un libro, para mí indispensable desde entonces, «La Emoción de España», de ese gran pedagogo y gran patriota, que fuera don Manuel Siurot, supo despertarla; y aún me veo con lágrimas en los ojos relejendo las páginas conmovedoras y sublimes de su último capítulo magistral.

La Dirección del Instituto de Cultura Hispánica vino a añadir a la vocación, estrictas obligaciones ilusionadamente asumidas con respecto a la Hispanidad. Y con el fin de poder dirigirme a los amigos de Hispanoamérica en los dos viajes que realicé, siendo director del Instituto, a la otra orilla de nuestro mundo hispánico, reflexioné, leí, estudié y anoté cuanto pudiera serme útil para preparar y en última instancia redactar lo que estimé, al fin, como definitivo y me sirvió de pauta para el discurso que a invitación del Gobierno de la República Argentina pronuncié en el Palacio de las Artes Decorativas, de Buenos Aires, el día 19 de abril de 1961.

«Juan Vázquez de Mella, el orador de España» es una conferencia que con sumo gusto di en la Cámara de Comercio madrileña el día 11 de mayo de 1960. Forma parte de un ciclo, en el que intervinieron varios oradores, en torno al gran tribuno de la Tradición, organizado por un Círculo

que se cobijaba bajo su nombre.

Ni que decir tiene mi veneración por la figura de aquel mago de la palabra, cuya sola presencia ante el público, aun antes de pronunciar una sola, levantaba aplausos y ovaciones. Pero lo que conviene subrayar es que Vázquez de Mella, no sólo era un gran orador, sino el hombre de las ideas subyugantes y a la vez sólidas, que se vestían con la galanura de un estilo que, aun leyendo, se conserva intacto, incluso para quienes, como yo, no tuvimos la fortuna de oírle.

Los que estamos en la línea de pensamiento que se alza con el 18 de Julio, y nos hemos alimentado doctrinalmente del pensamiento de José Antonio, estamos también, por exigencia misma de aquella histórica fecha, identificados de un modo pleno con la gran aportación tradicionalista, que en Vázquez de Mella encontró a uno de sus más esclarecidos defensores.

«San Pablo en España» es un pregón del año paulino, es decir, de la conmemoración de los mil novecientos años de la llegada a España del Apóstol de las gentes. Su eminencia, el Cardenal Arzobispo de Tarragona, don Benjamín Arriba y Castro, con el que me unió muy buena amistad y con el que hice un viaje a Puerto Rico y Santo Domingo, con ocasión de un Congreso Internacional Mariano, me invitó a pronunciar dicho pregón en la catedral de Tarragona el día 24 de enero de 1963.

Dediqué parte de las vacaciones veraniegas a repasar detenidamente las epístolas de San Pablo y a leer varios libros de teología paulina. Con tales antecedentes y mi particular reflexión sobre materia tan delicada, construí mi discurso, que pronuncié con ese temor reverencial que en los seglares produce la índole del tema, el lugar sagrado en que resonaba la voz, la competencia extraordinaria de un auditorio constituido en gran parte por expertos conocidos y el saber que mis palabras, en directo, las harían llegar a todo el país las emisoras de Radio Nacional de España.

Con el título de «La España irredenta: Gibraltar», rotulé una conferencia organizada por el Instituto de Estudios Africanos, que pronuncié en el salón de actos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el día 10 de abril de 1964.

Recuerdo que, por circunstancias que no es el caso señalar, me encontraba en aquella ocasión poco propicio a asumir nuevas obligaciones como conferenciante. Pero la insistencia del General Díaz de Villegas, Presidente de dicho Instituto y al frente entonces de la Dirección General de Plazas y Provincias Africanas —que comenzó siendo «de Marruecos y Colonias» y hoy y de momento no tiene otro fin que la llamada «promoción del Sahara»—, acabó por convencerme. Aquel ilustre General de Estado Mayor —todo bondad y ejemplo de virtudes castrenses—, que sufrió como pocos ante el abandonismo por España de sus posiciones en el continente sur, me distinguió con su aprecio y me dijo algo que me obligó a responderle que sí: «usted no puede excusarse ante un tema como el de Gibraltar».

* * *

Si la lectura de estos discursos sirven para iluminar la inteligencia en un tiempo de confusión, para fortalecer la voluntad en una época en la que algunos desmayan, y para poner fuego en el corazón de quienes se dejan tentar por la tibieza, el que escribe este prólogo se sentirá satisfecho.

BLAS PIÑAR

JUAN VÁZQUEZ DE MELLA, EL ORADOR DE ESPAÑA

Si cuando Juan Vázquez de Mella hablaba, testigos de gran autoridad aseguran que los oyentes le escuchaban con un silencio profundo y casi religioso, permitidme que yo, al acercarme también en silencio y con emoción casi religiosa a estudiar un aspecto de su extraordinaria figura, me atreva a pedir a vosotros, sus admiradores, que me acompañéis en idéntica tensión de ánimo, que ligados por un sentimiento unánime atinemos a comprender la justicia entera con que uno de sus más esclarecidos biógrafos le designa como «el orador de España».

No hace mucho, en torno a la mesa de un Colegio Mayor, un catedrático de Universidad decía que la oratoria era un género literario que permite tratar frívola y superficialmente de cosas graves, serias y profundas.

Me extrañó escuchar de persona muy bien formada, intelectual y espiritualmente, afirmación tan rotunda como errónea. Pensándolo bien, tuve por cierto que la campaña contra la oratoria, avalada por sus abusos, había calado muy hondo y se había apuntado seguidores en zonas que, a mi juicio, estaban defendidas del error por una rigurosa exigencia crítica y por un conocimiento acertado del medio social.

Planteo aquí el tema, porque antes de seguir adelante y de ocuparnos de Vázquez de Mella como orador, debemos preguntarnos si un orador cuenta, y si la obra que el orador produce en su discurso puede ser tomada en consideración y examinada con seriedad; toda vez que si, como aquel profesor asegura, la oratoria no pasa de ser un pasatiempo divertido o un juego trivial, divertido y trivial resultaría que estudiásemos a un orador; y la verdad es que vosotros y quien ahora os habla, tenemos ocupaciones demasiado importantes para perder una hora en simples bagatelas.

Pero aquel profesor estaba equivocado. Lo primero fue la palabra, como dice San Juan, y no la acción, como escribe Goethe. La palabra de Dios, sobre la nada, fue creando la luz y los astros y los seres todos y el hombre; y esa misma palabra, hecha carne en Jesucristo, al redimir a la humanidad, en cierto modo cierra la creación para hacer surgir de un mundo sumergido en las tinieblas del paganismo un mundo nuevo iluminado por la gracia.

De tal modo la palabra importa, que el signo diferencial entre la bestia que siente y se mueve, y el hombre que también goza de movimiento y de sensibilidad, radica en la palabra. La creación inanimada suena; el animal, jugando con el instinto, grita; sólo el hombre, articulando la voz, pronuncia y emite la palabra. Si el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, y si Dios se manifiesta al hombre en su palabra, de tal forma que por ella conocemos a Dios y Dios en ella se nos ha revelado, es evidente, de igual modo, que por la palabra el hombre da a conocer su semejanza con la divinidad, y en ella y por ella sorprendemos la luz interior y divina que produce dicha semejanza.

Pero la palabra es siempre veladura, instrumento y mediación y, como tal, sirve en el coloquio y en el lenguaje ordinario. En la medida en que la palabra se torna instrumento dócil del pensamiento y de la pasión que la mueven, transmitiendo y transparentando su carga espiritual, en esa medida la palabra se transforma en vehículo de la elocuencia y el lenguaje se aupa al orden supremo de la oratoria. Estimándolo así, Plutarco escribe que la palabra es un don de los dioses y que por medio de ella se esparce el espíritu sobre el mundo; y entre nosotros, Juan Fernández Amador asegura que el discurso en que la oratoria se refleja se dirige de un modo absoluto al alma y su fin no es otro que adueñarse de sus potencias.

Los que abominan de la oratoria debieran saber, antes de excomulgarla, que la oratoria no es un pasatiempo de acústica recreativa, ni mucho menos, como algunos creen, un ejercicio fonético, falto de jugo mental y desprovisto de ideas, fruto del achaque o manía de un simple e infeliz perturbado. La oratoria supone y se endereza al comercio espiritual de muchas almas y supone una encarnación del hombre que las pronuncia en las palabras que le sirven de instrumento.

Sólo en la palabra que se pronuncia puede haber, con toda su expresión y su brote germinal,

el estado y el anhelo de un alma. Y cuando las palabras son insuficientes —conocéis el dicho «no tengo palabras para expresarlo»—, aún queda el gemido, el talante, el ademán y el gesto que acompañan al discurso y ayudan al orador en el difícil cometido de su empresa.

Vamos, pues, para entendernos, a colocar las cosas en su sitio. No hay oratoria en la verborrea sin sustancia, ni en la charla insípida, ni siquiera en los párrafos tersos y brillantes. Hay oratoria cuando el alma del que dice se proyecta al exterior y se anuda a las almas de aquellos que le atienden. El presupuesto indispensable radica en una pasión *pathos* o *etos*, vehemente o tranquila, como dice Quintiliano, que la razón ordena y el arte en el manejo de la palabra convierte en fluida y asequible. San Pablo intuyó como nadie, para su gran oratoria sagrada, la evidencia palpable de esta realidad cuando en el capítulo XIII de la primera de sus Epístolas a los fieles de Corinto, les dice: «Aunque yo hablara el lenguaje de los ángeles, si no tuviere caridad, vendría a ser como la campana loca que suena en vuestros oídos, pero que no acierta a conmover vuestros corazones.»

Si tuvieran razón los que abominan de la oratoria, el ideal sería que, tornándonos mudos y sordos, nos entenderíamos por escrito; pero, decidme: ¿es que los soldados del *Gran Capitán* se habrían embravecido y animado en las duras jornadas de su pelea en los campos de Italia con una orden escrita en la cual con desgana leyeron: «No os preocupéis, esos incendios son la luminaria de la victoria»? O es que acaso hubiera tenido mayor efecto, más expresión, más fuerza y más energía dialéctica un artículo publicado al día siguiente en un periódico de Madrid como réplica al diputado Suñer y Capdevila, de las Constituyentes de 1869, que pedía a la Cámara una triple declaración de guerra contra Dios, el Rey y la tuberculosis, que el gesto del Cardenal Monescillo, majestuoso y señorial, irguiéndose en su escaño, entre el clamor y el bullicio de los congresistas, y las advertencias de la campanilla presidencial, diciendo: «Señor Presidente, cuando oigo negar a mi Dios, me levanto y confieso.»

No, señores; la elocuencia desata la mudez de los pensamientos. Como el propio Vázquez de Mella escribía, ningún pueblo muere o desaparece sin conceder la palabra a sus propias ruinas. De aquí que todos los pueblos que han tenido que contar algo a la historia o de los cuales la historia ha tenido que decir algo, hayan tenido oradores. El patriarca, el caudillo primitivo, el jefe tribal peroraban ante los suyos con la palabra, tan ruda como las piedras del período chelence, pero peroraban y pronunciaban discursos paleolíticos.

Moisés, a pesar de ser tartamudo, era tan orador que magnetizaba a su auditorio y le hacía peregrinar pendiente de su voz. Los profetas hebreos, como Ezequiel y Jeremías, fueron admirables oradores. Jesús se dirigía al pueblo en forma de discursos, y de tales discursos que, como un retazo para abrir la mejor de las antologías, aún permanece con todo el sabor de la hora tibia en que fue pronunciado, el más emotivo de todos, el llamado Sermón de la Montaña.

¿Y quién concibe a Grecia sin Sócrates y sin los grandes oradores del Pórtico, del Liceo o de la Academia? ¿Acaso no son los diálogos platónicos otra cosa que certámenes de oradores? Roma, sin Cicerón y sus *Catilinarias* es lo mismo que la Edad Media sin Pedro *el Ermitaño* convocando a los pueblos a la reconquista de la tierra sagrada. Y la Revolución francesa no acaba de entenderse sin traer a la memoria el recuerdo de Mirabeau y de Robespierre.

Si la oratoria, como dice Pemán, es la conciencia viva de un pueblo, se comprende que el orador, convertido en vocero de esa misma conciencia, se alce sobre la multitud y la interprete, la electrice y la azuce. El orador se yergue y se levanta sobre todos pronunciando su arenga. Plinio el joven, admirando al orador ideal que conduce y arrebató al pueblo, lo describe asomándose al abismo de las masas, elevándose a las cumbres del ideal, navegando con el esquife de su palabra entre el horror de las tempestades, con las cuerdas crujientes, el mástil doblado y el timón retorcido, triunfando del viento y de las olas como un dios hercúleo y valeroso de la tormenta.

La oratoria no puede ser, por lo tanto, menospreciada y ello ni siquiera a pretexto de que para el ejercicio de la misma sea de uso indispensable la memoria. La memoria no es, como han dicho algunos con ligereza, el talento de los tontos, porque, como afirma con gracejo el doctor Pulido, de cierto lleva bastante adelantado para dejar de serlo el que puede retener con facilidad las adquisiciones sabias que el espíritu se procura, y porque, como Quintiliano escribe, la ciencia tiene en la memoria su fundamento y en vano sería la enseñanza si olvidásemos todo lo que

oímos.

Siendo tal la oratoria, cabe preguntarnos acerca de su enclave en el mundo artístico y del lugar que en el orden literario le corresponde.

Atendiendo a su finalidad artística, en ese orden literario podemos distinguir, siguiendo la pauta de Emilio Reus, entre la Poesía, que persigue tan sólo aquella finalidad estética; la Didáctica, que procura la enseñanza, siendo la belleza un puro accidente de la forma de expresión, y la Oratoria, que persigue con el mismo rango un fin estético y la defensa o exposición de una verdad.

Así catalogada, la Oratoria gira entre la Estética y la Lógica, teniendo más de ésta que de aquélla cuando el género oratorio se acerca al llamado profesional o académico.

Pero en el género oratorio más extenso, en el político y en el sagrado, los valores estéticos de la oratoria son tan marcados que se acerca y se confunde a veces con la Poesía.

De aquí que sea falso aquello de que «el poeta nace y el orador se hace». Por más que autores de prestigio traten de probarnos que con práctica el orador surge, lo cierto es que de igual modo que no hay poeta sin inspiración, no existen oradores sin elocuencia, y que la inspiración lo mismo que la elocuencia son facultades del alma que no se aprenden con reglas ni artificios, sino que están infusas o concebidas como un don gracioso que la Providencia regala.

La inspiración y la elocuencia constituyen manifestaciones distintas del genio, pero tan próximas que ya Cicerón asegura que *finitimus oratori poeta*, siendo comparable la inspiración que animaba la poesía de Homero y las estrofas de Virgilio, a la elocuencia que fulguraba en la oratoria de Demóstenes o en los discursos de Cicerón.

Los grandes oradores han sido siempre grandes poetas, almas capaces de intuir la verdad y la belleza; espíritus elegidos en los cuales se han dado cita la inteligencia, el corazón y el verbo.

Más aún, así como el poeta, como asegura Platón en sus *Diálogos*, tiene que esperar en vigilia impaciente los momentos aislados de la inspiración, los grandes oradores, líricos y épicos a la vez, se excitan y alientan con su propio arte, y de un modo paulatino vienen a raudales las ideas, el contacto entre las almas se inicia, el conjuro de la voz los libera de sus afanes y del cautiverio de las más íntimas preocupaciones. Es entonces cuando el orador, que quizá ha ido vacilante y tembloroso a la tribuna, y al principio parece que se coloca a la disposición de la Asamblea, llegándose a la misma y siguiendo sus pasos, al fin, conforme avanza el discurso, la encadena y la domina. El orador, conmovido como el poeta, conmueve a los que le oyen y pasa del fondo a la cabeza de la multitud. Vate y profeta, inspirado y elocuente, iluminado por el genio y argumentando con la lógica, rugiendo o suplicando, con la llama en los ojos y el estremecimiento en la palabra, el orador consigue transformar al público en auditorio, suspender el ritmo de los corazones y acompañarlo y sujetarlo al movimiento de su ademán y a las inflexiones de su frase; convertirlo, en suma, por encima de las cabezas, de las pupilas y de las manos, en la gran figura inmensa y grande que recibe la palabra y anima para decir la siguiente.

El espectador, como la hebra que cruza por el telar, se convierte en urdimbre, y esa urdimbre la forma, no sólo porque oye, sino porque oyendo, comulga con la obra espiritual que el orador fabrica, y se funde con ella, entregándole su albedrío. Cada espectador, hecho auditorio, asiste al discurso en espíritu y en verdad, se suma a él, lo vive como propio, se moviliza y desprende de su asiento, se incorpora a la marcha, al hilo de la idea, la siente agitarse y palpitar en su mundo interior, se fatiga, jalea, se crispa y se ríe y, cautivado y fuera de sí, calla o aplaude, que no sólo el aplauso, sino el silencio de un alma que recibe el toque de lo alto, es un signo elocuente y sincero de admiración.

Si el poeta, por obra y gracia de la inspiración concibe su poema, integrado por varias estrofas cuyo metro difiere según las circunstancias, el orador, por gracia y por obra de la elocuencia, concibe su discurso, que consta de distintos períodos, cuya dimensión y profundidad varía según el tema, la ocasión y el tiempo.

Sin inspiración no hay poeta, aunque el arte nos haya dado versificadores perfectos. Sin elocuencia no hay orador, aunque ese mismo arte nos haya proporcionado retóricos. El orador nace. Cicerón lo dijo ya crudamente al afirmar que los retóricos producen «*non oratores, sed*

operarios linguae celeri et exercitata».

Mas si el orador nace, y es inútil encender la lámpara en que el fuego o el combustible que lo alimenta se hallan ausentes, lo cierto es que la elocuencia se afina con el arte, que el genio se hace más agudo y eficaz con el canon, que el estudio unido a la facultad perfecciona a los oradores, porque, como el mismo Cicerón asegura, «*non elocuentiam ex artificio, sed artijicium ex elocuentia natum*».

De todas formas, ese artificio o sujeción a la regla y al canon nace como una exigencia misma del genio, que observa de un modo natural la norma sin darse cuenta que la obedece. Y es que, en el fondo, el canon y la regla no aparecen como un llamamiento exterior, como un corsé que aprisiona y lastima, compele y aprieta, sino como un modo espontáneo de ser y de estar, que modula y perfila, para ser perfecta o para asomarse a la perfección toda obra que pretenda llamarse artística.

La oratoria deviene así elocuencia y arte, estética y lógica, inteligencia, corazón y verbo; *ars bene dicendi excintia*, en frase de Quintiliano; el arte de persuadir con la verdad, según la definición de Sócrates; el arte de descubrir esa verdad de manera intuitiva, acercarnos a ella, desnudarla y hacerla visible a los oyentes por medio de una tangencia inmediata y mística, como quiere José María Pemán.

Si así podemos definir la oratoria, al orador podemos definirle como *vir bonus, dicendi peritus* y ello porque la personalidad es inseparable de una obra que viene caracterizada por la comparecencia ante el público, por estar situado en la tribuna, expuesto a la contemplación y a la mirada de muchos, y esta compenetración sin tapujos exige, para que el comercio espiritual se establezca entre las almas cuanto antes y sin cortapisas, que la bondad y la virtud, la honradez y la entrega generosa del que habla se presuponga y se trasluzca. Sin ella no será posible la unión de los corazones, el nexo sutil entre el que habla y aquellos que le escuchan, en que, en definitiva, la elocuencia consiste. Salustiano de Olózaga, con frase bella y contundente, glosa la definición clásica cuando dice: «Si el orador no es un hombre honrado, carece de autoridad su palabra y se desconfía de los motivos que le impulsan a hablar. Esta virtud ha de nacer de la más exquisita sensibilidad del alma, ha de apoyarse en el amor perenne e inmenso a la humanidad, en la simpatía por todos los que sufren, en el deseo vehemente de emplearse en su bien, en la indignación que produce la injusticia, en el valor que inspira el amor a la patria y en la disposición a sacrificarse por la defensa de la verdad, de la justicia y el bienestar del género humano.»

El orador, hombre honrado, ha de ser perito en el hablar y, para ello, genio y arte, facultad y regla necesitan, como decimos, unas cualidades de índole natural o adquirida por la práctica y el estudio.

Fenelón señalaba que el dominio del tema objeto del discurso era indispensable, y con cierta ironía fustigaba a los oradores de su tiempo indicando que algunos no hablaban porque estuvieran rellenos de verdades, sino que buscaban las verdades a medida que hablaban.

Sentado el dominio del tema y la nitidez de los conceptos, el orador requiere memoria feliz, observando Pulido que casi todos los afamados oradores presentan igual rasgo de semejanza en su biografía: que se distinguieron en su niñez por una memoria extraordinaria.

Imaginación y sensibilidad vivas, a fin de contagiar las ideas, las pasiones y los afectos; expresión vigorosa de unas y de otros y una dicción clara, rítmica, musical a veces, dotada de aquella melodía compuesta de inflexiones de voz y de timbres variados, necesaria para reflejar y traducir los estados diversos del espíritu.

Pronunciación y ademán, hasta el punto de que la declamación y el gesto del actor trágico — con la notable diferencia que existe entre aquel que recita lo ajeno y el •que pronuncia lo propio— se apunta como ejemplo que -el orador ni debe ni puede despreciar.

Cualidades de orden natural las unas; logradas con el ejercicio, la autocorrección y el estudio las otras; ni éstas, como ya dijimos, sirven si aquéllas no existen, ni éstas pueden abandonarse para que crezcan y vivan en salvaje y ruda espontaneidad. Si Demóstenes era orador por naturaleza, tuvo que corregir y pulimentar defectos graves que se oponían a la externa proyección de su elocuencia. Con chinias en la boca y recitando trozos de autores notables a orillas del Pireo,

combatió su tartamudez, y afeitándose la mitad de la cabeza y de la barba, para verse forzado por la vergüenza a no salir de la cueva de su casa, donde se ejercitó con voluntad muy firme en la práctica de ejercicios oratorios, logró tal dominio del arte que, durante quince años, pronunció los más grandes y bellos discursos de la humanidad, y entre los mismos las famosas «Filípicas» y la obra maestra que llamamos «La oración de Ctesifonte».

Ahora bien, suponiendo reunidas las cualidades indicadas, ¿dónde encontraremos al orador ideal? ¿En aquel que poniendo sus discursos por escrito procura aprenderlos y fijarlos con detalle? ¿O en aquel otro que, subido a la tribuna, improvisa sobre la marcha?

Don Antonio Maura, en el discurso leído con ocasión de su ingreso en la Real Academia de la Lengua, aconseja que el discurso no debe en ningún caso de fijarse en la memoria; que, aun habiéndolo escrito, deben romperse las cuartillas; que nada hay semejante, a pesar de las incorrecciones del estilo, de la eufonía y de la sintaxis, a la frescura virginal de la elocuencia, al espectáculo de asistir al brote original de las palabras, y que la fijación del discurso en la memoria, aparte de exponer al orador a las quiebras y desventuras de sus faltas, lagunas y vacíos, le hace siervo en lugar de señor de su obra.

De otro lado, Emilio Castelar sugería a sus discípulos, y los alentaba con su ejemplo, que el discurso mejor es el discurso que se escribe, se aprende, se ensaya y luego se pronuncia. En esta línea, sabido es que los grandes oradores griegos y romanos sostenían que la improvisación era un atrevimiento mercenario ajeno al noble arte de la oratoria, de tal manera que Demóstenes se negó a hablar, no obstante la excitación del pueblo, cuando no conocía de memoria su discurso.

Una y otra tesis son conciliables. En efecto, cuando el orador tenga tiempo, fuerza retentiva, serenidad de ánimo y habilidad bastante para cubrir, improvisando, las lagunas inevitables de la memoria y enlazar con la hebra rota o perdida del discurso, es indiscutible que éste alcanzará el máximo de la perfección oratoria. Cuando esto no sea posible, construido el plan del discurso, que es preciso retener como un esqueleto o armazón de doctrina, puede dejarse libre a la improvisación seguro de que el pensamiento desembarazado y sin ligaduras puede confiar en la propia elocuencia y en los reflejos automáticos de la palabra.

En todo caso, el plan o el discurso postulan antes que nada un sondeo del auditorio, de las circunstancias que lo convocan y de la oportunidad de aquello que en esa ocasión concreta piensa exponerse. Sin variar el asunto ni variar los espectadores, la oportunidad requiere planes y métodos distintos.

El plan exige de su parte un encadenamiento lógico y sucesivo de las ideas, un descanso en las transiciones para afirmar el nervio del discurso y para aliviar la atención, pasando de la gravedad a la sonrisa, e iniciar suavemente el declive hacia el epílogo o la conclusión, cerrando con un broche que lo mismo puede ser síntesis que apostrofe, pero que en todo caso requiere la frase y el gesto propicios para que el auditorio, al disolverse, continúe meditando y resuelto.

Sabemos ya lo que es la oratoria; la hemos catalogado en la esfera del arte y de la literatura. Hemos definido al orador, hemos señalado sus cualidades e incluso acabamos de discutir la conveniencia o inconveniencia de que, trazado un plan o esquema de doctrina, se aprenda el discurso fijándolo por escrito o se entregue al soplo de la improvisación al pronunciarlo.

Nos hace falta ahora, para juzgar a Vázquez de Mella como orador, saber si, no siéndonos posible escuchar sus bellos discursos, es inútil que nos esforcemos en estudiar algo que, reducido a letra, es peor que aquellas traducciones de las cuales abominaba don Miguel de Cervantes.

Don Antonio Maura, a quien más arriba citamos, escribe que la genuina, verdadera y única oratoria se ciñe a los oyentes y se atiende de un modo exclusivo a laborar sobre ellos de viva voz. Perdida esta voz y estando ajeno al grupo escogido y privilegiado de los oyentes, debiéramos renunciar a la memoria de aquellos que los pronunciaron. A lo más, deberán recordarse su figura, pero nunca sus obras, pasajeras como el sonido, que se amortiguaron y languidecieron, desmayándose y evaporándose para siempre.

Algún orador, influido sin duda por este modo de pensar, al entregarnos, escritos, sus discursos, afirma que son como hojas de otoño que recuerdan al original por la forma y el tamaño, pero que se hallan muertas y amarillas, sin aquel verdor, ternura y lozanía que disfrutaron en el

bosque.

Sin embargo, cuando el discurso lo es en serio y de verdad, cuando la elocuencia lo fue creando, y la palabra, dócil al pensamiento y a la emoción, le fue dando forma, el discurso, aun escrito y leído, sigue siendo discurso. Tiene una impronta, un sello, un aire especial que lo distingue y arranca de toda posible identificación con el capítulo de una novela o el artículo del periódico. Ramiro de Maeztu lo ha dicho: las páginas del discurso no están hechas con párrafos de escritor, sino con letanías amorosas, serenatas de enamorados y entusiasmos de cortejador.

Hay, en efecto, un estilo propio del discurso, como hay un estilo propio de la tragedia. De aquí que, a pesar de que sin representación no hay obra dramática, la mayor parte de las obras dramáticas son juzgadas por la simple lectura. De aquí, igualmente, que la lectura por Esquines de un discurso de Demóstenes, despertara asombro y aplausos sin medida.

Y es que, como Emilio Reus afirma, no existe elocuencia de folletón, sino elocuencia de discurso, cuya fuerza y vigor son tan enormes que nos sitúan en aquel auditorio ideal que un día existió y que se deshizo, haciéndonos recrear y reproducir interiormente las palabras, la entonación, las pasiones y hasta el gesto del tribuno.

Tal es lo que ocurre con los discursos de Vázquez de Mella. Martínez Kleiser, testigo presencial de los mismos, describe que, a pesar de los años transcurridos desde que Mella los pronunciara, poniendo en pie a las muchedumbres o arrancándoles ovaciones en el Parlamento, los mismos no pierden actualidad, y hoy como ayer, a pesar de haber enmudecido la voz del tribuno, conservan la fragancia y la lozanía de las flores silvestres. Y el Conde de Romanones, luego de observar que es muy corriente, al verlos escritos, preguntarse cómo pudieron producir efecto y conmover al auditorio discursos que leídos carecen de seducción y de encanto, concluye que los discursos de Mella le producían al leerlos una emoción más intensa que cuando pudo recogerlos de sus labios.

Y es que Vázquez de Mella era un orador; alguien le ha llamado por antonomasia «el orador». Tenía como pocos la facultad divina de la elocuencia. Era, por lo tanto, y como ya dijimos del orador, un poeta.

El alma de Galicia, hecha pórtico de la gloria, se le metió en la sangre, y toda la lírica dulzura de los prados y todo el desfile gigantesco de una historia grande, tallada en escudos y blasones, le inundó por dentro y le anegó por fuera.

No, no fue un político Vázquez de Mella. Fue, ante todo, un poeta. José María Pemán, maestro de poesía y de oratoria, puede decirlo: «Mella no pasó por la vida explicando verdades o descubriendo ideas, sino volviendo a crear, mágicamente sobre el aire, en bultos de luz y de evidencia, las grandes afirmaciones de la Fe y de la Patria.»

Alguien, queriendo disminuir la grandeza de su figura, lo tildó despectivamente de poeta, y el tribuno, en una finta admirable, le contesta: la poesía, señores, es un artículo de primera necesidad para los individuos y para los pueblos. El corazón y la fantasía son también realidades, y la realidad, transformada por la inspiración poética, es la que mueve a los individuos, el ideal colectivo sin el cual las naciones mueren.

Y más tarde, en uno de sus más grandes e inspirados discursos, exclama como una invocación: «¡Poesía, poesía! Yo quiero vivir en esa región de la poesía, sumergirme, por así decirlo, en el espíritu nacional de mi patria.»

Porque era orador, Vázquez de Mella fue un hombre bueno, el *vir bonus* de la definición de Quintiliano; un hombre bueno, como escribe Rodríguez de Viguri, que había hecho de sus ideales una bandera que le sirvió de sudario en el día de su muerte. Por lo mismo, habló siempre de acuerdo con sus convicciones y no cambió nunca esgrimiendo los motivos que le inducían a mantenerse en ellas. Ni el halago, ni el ofrecimiento de carteras ministeriales, ni el dolor de la ruptura con Don Jaime le movieron a cambiar. Por eso, al presentarse en público, sus adversarios le admiraban, fulgía en sus períodos la sinceridad y el ardor. Se vertía en palabras, y era su alma, su propia alma, la que brotaba sangrante y estremecida en el torrente de su frase limpia, iluminada y fogosa.

Toda su vida era un discurso, nos cuenta Blanca de los Ríos, porque en la misma intimidad, Mella, paradigma de oradores, demostraba que en él se reunían las cualidades que la retórica clásica exigía para el neto manejador de la palabra: rapidez de concepción, claridad en el juicio, viveza imaginativa y justeza y elevación del pensamiento. Su vida y su conversación, su ritmo vital interno se acompasaban siempre al diapason del discurso, y sus amigos aseguran que siendo muy grande el Mella que hablaba en la tribuna, era aún más grande el Mella de la vida diaria que, pensando en voz alta, ponía en torneo indescriptible y permanente su memoria fácil y su palabra seductora.

Ello nos explica que, de un lado, al hablar Vázquez de Mella que, físicamente —asegura Ramiro de Maeztu—, poco tenía que agradecer a Dios, se agigantase, transfigurado por la emoción oratoria, como dice Sáinz Rodríguez, y que su rostro resplandeciera como bañado por una luz que bajara del cielo, según recuerda su amigo Peñaflo. Era —concluye Maeztu— la fuerza del amor, el hecho de que Mella, el hombre, se transvasaba en sus discursos, se volcaba, encarnándose en ellos, poniendo en la palabra la vida toda, hasta el punto de que luego de terminar, como Azorín escribe, caía como un león que se desploma jadeante, con el cuello antes rígido y empaquetado de la camisa, convertido en un harapo húmedo de sudor.

De parte del público, la conversión en auditorio procedía casi de inmediato, y en ocasiones era ya auditorio antes de reunirse en la sala; de tal forma las dotes de seducción y de dominio de Vázquez de Mella lograron *a priori* fuerza y eficacia. Si es verdad que algunos de sus exordios eran vacilantes y débiles, esta vacilación inicial era la propia de los grandes oradores y fruto de una peculiar reacción psíquica y de la desgana con que en ciertas ocasiones subía a la tribuna. El mismo lo confiesa en su discurso de 15 de octubre de 1916 sobre «Cervantes y el *Quijote*», con ocasión de los Juegos Florales santanderinos: «Sin tener un momento de reposo, sin poder concentrar el pensamiento, véome muchas veces ante el público y hablo de improviso y de manera tan atropellada y sin preparación que, no conociendo hasta dónde llegan esas fuerzas del espíritu que llamaba Balmes fuerzas ocultas, siento perplejidad y zozobra porque no sé hasta dónde llega la potencia del brazo ni la resistencia del arco de la cuerda y temo que el dardo de la idea, impulsado por el amor al arte, podrá llegar al blanco que le señala el deseo o caerá un día, a poca distancia de mis plantas, como si fuera la muestra de una voluntad que se rinde y de una fuerza que se agota.»

El público, desde el exordio inicial quedaba subyugado, hipnotizado, dice Martínez Kleiser. Mella se adueñaba del público y lo arrebatava en los momentos cumbres de su oratoria, escribe Ángel Herrera. El público, perdida la noción del tiempo, quedaba prendido de sus labios y de la mirada ardiente de su pupila, nos cuenta el arzobispo de Granada, Rafael García y García de Castro.

Su memoria era felicísima, pero no escribía sus discursos como Castelar. Preparaba seriamente su plan ideológico, echaba mano, sobre todo, de la Filosofía y de la Historia, de Donoso Cortés, de Balmes, de Aparisi y Guijarro y de Menéndez y Pelayo, y dejaba a la elocuencia que le inspirase las palabras justas y adecuadas. Era admirable, dice Blanca de los Ríos, asistir a la labor de aquel cerebro, donde podía percibirse el hervor de las ideas que, como oro fluido, iban cuajando en el milagro permanente de la forma verbal.

El esquema del discurso era siempre lógico, encadenado, y nunca regateó esfuerzos para mostrar su tesis, anonadando al adversario con el enorme caudal de su cultura y la solidez inmovible de sus brillantes argumentos.

Señor del ingenio y de la ironía, Mella supo de aquellas transiciones felices que alivian y descansan la atención. En el teatro de la Zarzuela, después de escuchar la famosa ovación de los quince minutos y de cubrirse de pétalos el escenario, tomó la palabra de nuevo y dijo, entre las risas del público: «No creía yo que iba a empezar aquí la batalla de flores anunciada para esta tarde.»

Tal es Vázquez de Mella, «el orador». Lo era, naturalmente. Poco después de sentarse en los escaños, le oye, desde el banco azul, Cánovas del Castillo, y pregunta: «¿Quién es ese monstruo?» Tenía el señorío de la lengua (Conde Rodezno); una rara destreza en el manejo del idioma (Gabriel Maura); su elocuencia subía a las cumbres más altas a que puede llegar la palabra del hombre (padre Zacarías Martínez), y su palabra lo era todo, cincel y buril (González de

Amezúa).

Cada discurso que pronunciaba era siempre el mejor, decía *El Debate*; «Cuando este discurso de tres horas se imprima constituirá uno de los mejores libros que se han escrito en castellano», escribía *ABC*, comentando el de 6 de julio de 1913.

Estamos en presencia de un tribuno que desde el primer momento se coloca a la altura de los mejores, proclama Julio Burell, periodista liberal, y Pablo Iglesias, al oírle, exclama: «Don Juan, si usted se afiliase a mi partido toda España se haría socialista.»

Vázquez de Mella ha sido llamado inmenso y portentoso tribuno por Román Oyarzun; verbo "de la raza, por Salmerón; orador máximo, por Aguirre Prado; orador íntimo, por Martínez Kleiser; orador incomparable, por Rodríguez de Viguri; orador romántico y al raso, por Goicoechea; pura y perfectamente orador, por José María Pemán, y el orador de España, por su biógrafo García y García de Castro.

Vázquez de Mella no fue un simple orador, ni un gran orador consagrado al servicio de otros ideales que no fueran los ideales de España.

Si su inteligencia privilegiada recorría todos los círculos del tiempo y de la eternidad, como un cóndor desde la cima, nunca se elevó tanto como en aquellas ocasiones en que confesaba a Cristo. Entonces parecía un nuevo San Pablo confundiendo a los gentiles en el areópago.

En su último discurso, el del Teatro Real, de 29 de mayo de 1924, se enfrenta con la persona de Jesucristo, y partiendo de una ley de jerarquía que hace ascender a los seres en un orden encadenado de perfección, concluye :

«Si Dios no puede ceder sus atributos y perfecciones, ¿cómo podrá cerrar el abismo que lo separa de lo finito? Comunicándose El mismo, y uniéndose a lo finito, ésa es la respuesta que parecía pedir la jerarquía de los seres, pero que nadie podía sospechar. No podía unirse a los seres inferiores, que no son capaces de comprenderle; ni al mundo superior de las inteligencias separadas, sin que quedase fuera de la unión el Universo visible; pero uniéndose al hombre, microcosmos, mundo pequeño, centro de la jerarquía central de la cadena de los seres, unía, por modo eminente a sí, todas las cosas. Pero esa unión no podía ser de naturaleza y personas superpuestas, que nada resolvería; ni podía ser una unión esencial, que volvería a la identidad panteísta, ni accidental, que dejaría subsistente la separación; tenía que ser la unión más íntima, la personal, la unión hipostática de la naturaleza humana a la divina en la persona del Verbo, suprema unidad final que corresponde a la causa eficiente y ejemplar del Universo. Así se verifica la unión sin confusión, y la distinción sin separación en la suprema armonía de la Encarnación; y por eso el Dios-Hombre, Jesucristo, resolvió en su persona el problema de las relaciones entre lo finito y lo infinito.»

Hablando de la Virgen, en su discurso del 7 de mayo de 1922, la describe así:

«Ruborosa y humilde en la salutación angélica; transportada de gozo en el *Magnificat*; atravesada con todas las espadas del dolor en el *Stabat Mater* dolorosa, bajo todas las formas y advocaciones ha rendido la admiración de los hombres, pues hasta el mahometismo, la religión de la impureza, ha proclamado en el Corán su virginidad y su concepción inmaculada, y ningún verdadero poeta ha pasado delante de su altar sin saludarla con una vibración de su lira y de su alma.»

Y hablando de la Iglesia, forjadora de la nación, dijo en su discurso sobre el «Nuevo derecho a la ignorancia religiosa»:

«Salimos de la unidad externa y poderosa de Roma, que tendió su manto sobre España cerca de seis siglos; pero ni con su inmensa red administrativa y militar, ni con la transfusión de su lengua y de su derecho, ni con terribles hecatombes que dejaron pavesas y escombros en lugares que fueron ciudades heroicas, pudo salvar las diferencias de las razas ibero-celtas y de las colonizadoras fenicias y helénicas... Fue necesaria una unidad más fuerte y más íntima que llegase hasta las conciencias y anudase en un dogma, en una moral y un culto las almas, y las iluminase con la palabra de los Apóstoles, y las ungiere con sangre de mártires, y las limpiase de la lepra pagana en los circos y en los concilios, estrechándolas con una solidaridad interna que, por

ministerio de la Iglesia y del tiempo, se convertirá en alma colectiva. Por eso, cuando el caudillaje militar de los bárbaros se repartió los jirones de la púrpura imperial sobre el cadáver de Roma, la Iglesia se interpuso entre el godo, arriano y rudo, y el hispanorromano, católico y culto, y venció a los vencedores, infundiéndoles la fe y el saber de los vencidos... Por la Iglesia fuimos con el P. Urdaneta y Elca-no a dar la vuelta al planeta, y con San Francisco Javier a evangelizar millones de hombres más allá de las fronteras donde pararon las victorias de Alejandro.

»Por la Religión fuimos a pelear en los pantanos de Flandes para contrabalancear el poder de la Protesta...; por ella hicimos la última cruzada en Lepanto, y fue nuestra nación, como se ha dicho muy bien, la amazona que salvó a la raza latina de la servidumbre protestante, y la libertad y la moral del servo arbitrio, de la fe sin obras, de la predestinación necesaria, con los teólogos de Trento y con los tercios que pelearon en todos los campos de batalla de Europa; y nosotros fuimos los que todavía, al comenzar el siglo xix, en las luchas napoleónicas, salvamos a Europa de la tiranía revolucionaria del César... Y en las contiendas del siglo xrx y xx, ¿no es verdad que todo gira alrededor de la Cruz? Nuestras luchas civiles, nuestras contiendas políticas, o por afirmaciones o por negaciones, todas se refieren a la Iglesia; y nuestros enemigos de hoy mismo, si se suprimiera el Catolicismo en España, se quedarían asombrados, se mirarían unos a otros al encontrarse sin programa.»

«Cristiano y español, con fe y sin miedo, canto mi religión, mi patria canto», decía Vázquez de Mella, y, en efecto, cantando las grandezas de España Mella era inimitable.

Su canto a España no era un canto perezoso a la España que pasó, un cómodo y dulce soñar en las glorias pretéritas que se marchitaron, sino una imprecación, como aquella contenida en su frase recia: «Ningún pueblo se ha levantado de su postración maldiciendo los días lejanos y grandes de su historia.»

Aborrecía a la España cadáver, a la España de los sepultureros y optimistas, aunque apoyado en realidades decía:

«España es como un tronco, y en ese tronco la savia no ha muerto todavía; todavía cabe pedir que no se convierta en uno de esos palos largos y secos que se levantan en la llanura como demandando una centella o el hacha de un leñador, sino que con savia nueva, que ahora va naciendo en todas las regiones, se levante otra vez y rejuvenezca el tronco para que extienda su copa, para que allí, el altar del sacerdote, la lira del poeta, la espada del guerrero, las herramientas de los trabajadores y la esteva del labrador, todo se cobije el día en que la tormenta sacuda los cimientos de Europa.»

Y en otra ocasión, en una de aquellas síntesis completas y cautivadoras, dice, hablando de España y de su historia:

«¡Cuántas veces, al apartar la vista de la realidad actual, me dirijo hacia la Historia pasada, y la evoco y la busco en aquel período de intersección entre una España que termina y otra que comienza! Entonces veo aquella Reconquista, que se va formando con hilos de sangre, que salen de las montañas y de las grutas de los eremitas; que van creciendo hasta formar arroyos y remansos, y veo crecer en sus márgenes los concejos y las behetrías, y los gremios, y los señoríos, y las Cortes, y a los monjes, a los religiosos, a los cruzados, a los pecheros, a los solariegos, a los infanzones, enlazados por los fueros, los usatjes, los códigos, los poemas y los romanceros, descendiendo hacia la vega de Granada en un ocaso de flores para ver allí el alborear de un nuevo mundo con la conquista de América y del Pacífico; y entonces pasan ante mi fantasía Colón y Elcano, Magallanes y Cortés, los conquistadores, los navegantes y los aventureros, y, a medida que el sol se levanta, mi alma arrebatada quiere vivir y sentir y admirar a políticos como Cisneros y como Felipe II; a estadistas y caudillos como Carlos V y Juan de Austria, y, por un impulso de la sangre, quiero ser soldado de los Tercios del Duque de Alba, de Re-caséns y de Farnesio, y quiero que recreen mis oídos los períodos solemnes de Fray Luis de Granada, y las estrofas que brotan de la lira de Lope y de Calderón, y que me traiga relatos de Lepanto aquel manco a quien quedó una mano todavía para cincelar sobre la naturaleza humana a Don Quijote, y quiero ver pasar ante mis ojos los embajadores de los Parlamentos de Sicilia y de Münster, que se llaman Quevedo y Saavedra Fajardo, y ver la caída de Flandes al través de las lanzas de Velázquez, y quiero sentarme en la cátedra de Vitoria para ver cómo el pensamiento teológico de mi raza brilla en

aquella frente soberana, y quiero llamear en la mente de Vives, sembrador de sistemas, y en la de Suárez ascender hasta las cumbres de la metafísica; y quiero más: quiero que infundan aliento en mi corazón y le caldeen las llamas místicas que brotan en lo más excelso del espíritu español con Santa Teresa y San Juan de la Cruz, y quiero ver a los penitentes varoniles y desgarrados en los cuadros terribles de Ribera; quiero, en fin, embriagarme de gloria española, sentir en mí el espíritu de la madre España; porque cuando se desvanezca el éxtasis y se disipe el sueño, y tenga que venir a la realidad presente, ¿qué importa que sólo sea recuerdo del pasado lo que he contemplado y sentido? Siempre habrá traído ardor al corazón y fuego a la palabra para comunicarle al corazón de mis hermanos y decirles que es necesario que se encienda más su patriotismo cuando vacile la Patria.»

Tal era España, su Patria, la comunidad moral e histórica de la que formamos y nos reconocemos parte, forjada por dos vínculos: uno, sucesivo, el de la tradición, y el otro, simultáneo, el de la unidad espiritual, que forman, al juntarse en cada corazón, un nudo.

Mella era monárquico. Su monarquía no era la monarquía absoluta, importada, contra la cual se había levantado la revolución francesa; ni la monarquía constitucional, comida por los partidos; ni la monarquía centralizadora, que ahogaba en el Estado la variedad y la fisonomía de las regiones y de los municipios; ni la monarquía indiferente y alejada, de los problemas y de las inquietudes sociales.

«La monarquía absoluta —dirá— nació con la protesta luterana, que afirmó el cesarismo y con el movimiento, en parte, de reacción pagana del Renacimiento. La monarquía cristiana de la Edad Media era representativa, y en ella siempre se consideró que la realeza estaba limitada por leyes fundamentales e infranqueables y, además, con una jerarquía de municipios y personas colectivas que no dependían de la acción y de la voluntad del poder. Nosotros defendemos este concepto de la monarquía representativa y nada tenemos que ver con la monarquía cesarista primero y regalista después, que no es más que un cesarismo disimulado y que se realizó principalmente en los siglos XVII y XVIII, y con la cual se encontró, para derribarla, la revolución francesa.»

Esta monarquía, según la concepción de Mella, de acuerdo con la realidad orgánica de la nación, ha de ser una monarquía federal en la que la federación de las regiones no se apoya en el pacto, como quería Pi y Margall, sino que arranca de una existencia en común, de una tradición y de una historia comunes.

«Amo yo mucho, mucho, a España —proclamará Mella—, como la aman ya pocos de los que han nacido en su suelo. Pero la amo como Dios y la Historia la hicieron. La quiero con sus razas y sus lenguas, con sus montañas y sus valles, con sus cordilleras y sus llanuras, amurallada por los Pirineos y batida por los mares...; pero no la quiero como una prolongación monótona del Sahara, ni la quiero sujeta a compás con pueblos encerrados en nichos administrativos, formando galerías de cementerios, para que al llegar la ola revolucionaria no la arrastren mutilada y desecha, no la encuentre exangüe el invasor y vea volcada por las sectas, a la puerta del templo profanado, la pila bautismal en que abreve, satisfecho, su caballo.»

Y en otra ocasión, recogiendo tales ideas, dice:

«Brindo por la España regionalista, que tuvo la última expresión histórica en la guerra de la Independencia..., en la cual se vio, por raro prodigio, de qué manera las regiones cambiaban entre sí de caudillos para dirigir sus ejércitos; pues un catalán, el general Manso, mandaba las fuerzas castellanas, y un andaluz, el general Álvarez de Castro, levantaba un pedestal en la pira gloriosa y sangrienta de Gerona.»

Una monarquía sin partidos y una monarquía social. Los partidos que no incluyan el problema social en su programa son partidos condenados a muerte.

El Rey, que corona la monarquía, se afianza en ella, según la tesis del ilustre tribuno, sobre la legitimidad de origen y la legitimidad de ejercicio. Cuando ésta falle, la monarquía se hunde. Por eso Donoso Cortés había asegurado que Europa no pasaba de la monarquía a la república por obra de los republicanos, sino por la falta de altura y de grandeza moral de sus Reyes.

El propio Mella, angustiado por el problema dinástico y sucesorio, apunta para resolverlo a

una fundación nueva de la monarquía, a la elección de un monarca, de igual modo que se hiciera en el compromiso de Caspe.

Pero una nación vigorosa, llena de vida interior, tiene que proyectarse en una política internacional consecuente. Sin duda, que de todas las intervenciones de Vázquez de Mella ningunas tuvieron tanta y tan universal resonancia como aquellas que a la cuestión internacional fueron consagradas.

El 8 de julio de 1896, frente a la miopía del Parlamento y de los gobernantes, y con una audacia de la que yo tengo también que echar mano para recordar el problema en la hora presente, dijo en el Congreso, hablando de Cuba:

«La guerra de Cuba tiene un aspecto que en este debate no se quiere tratar: el aspecto internacional.

»¿Cuál es la situación, señores; la actitud política adoptada por una nación tan poderosa como los Estados Unidos enfrente de la isla de Cuba? ¿Es que ahora, en los últimos años, es cuando los Estados Unidos manifiestan sus simpatías por la insurrección?

»En fecha tan lejana como la del 10 de abril de 1812, decía el representante español en los Estados Unidos al virrey de Méjico, estas palabras que voy a leer a la Cámara : "Cada día se desarrollan más y más las ideas ambiciosas de esta República, confirmando sus miras hostiles contra España. Vucencia se halla enterado, por mi correspondencia, de que este Gobierno se ha propuesto nada menos que fijar sus límites en la embocadura del río Norte o Bravo, siguiendo su curso hasta el grado 31; y de allí, tirando una recta, hasta el Pacífico, tomando, por consiguiente, las provincias de Tejas, Nuevo Santander, Cohahila, Nuevo Méjico y parte de las provincias de Nueva Vizcaya y de la Sonora. Parecerá este proyecto un delirio a toda persona sensata, pero no es menos cierto que el proyecto existe, que se ha levantado expresamente un plano de dichas provincias por orden del Gobierno, incluyendo también en dichos límites la isla de Cuba como una pertenencia natural de la República."

»Pues bien, señores, esto no puede continuar de esta manera; esto es imposible que continúe por mucho tiempo así, porque a la hora presente la cuestión no está planteada entre los insurrectos de Cuba, de una parte, y España, de otra; la cuestión está planteada entre los Estados Unidos, protectores, auxiliares y fomentadores de la insurrección filibustera, de una parte, y la nación española, de otra.

»Repare el Gobierno que esta nación española, que en medio de las espumas de los mares sacó el Continente americano..., no puede venir un día sobre aquellas ondas que cruzaron las carabelas, arrastrando como un crespón funeral nuestra bandera desgarrada..., no; nosotros tenemos que salir de allí con esplendor y con grandeza. El pueblo que tiene las tradiciones del nuestro... debe venir de América de otra manera: debe venir después de una catástrofe gigantesca, si es necesario, o después de una inmensa y definitiva victoria; pero expulsado indignamente, jamás.»

Y en mayo de 1898, cuando ya sus profecías y vaticinios eran cruda, terrible y dolorosa realidad, preocupado por las condiciones en que iba a ponerse término a las hostilidades con Norteamérica, dijo:

«Señores diputados: pensad que en estos momentos no os habla un diputado carlista; no os habla más que un español; pensad que he dejado ahí, a la puerta, todos mis afectos, todo lo que me pudiera separar de vosotros y que me he quedado sólo con lo que se refiere exclusivamente al interés de la patria; pensad por un momento esto y decidme: ¿Qué va a suceder si viene una paz deshonrosa y con ella una disolución moral que nos disgregue hasta convertirnos en el ludibrio de Europa?

»Mirad más alto que vuestros intereses del momento; mirad más alto que vuestras instituciones; dirigid la vista a la bandera de la Patria, y no nos traigáis, por Dios, ¡por Dios os lo pido!, una paz sin honra. Y si la traéis, ¡Dios mío, desventurada Patria nuestra!, ¡entonces que seáis malditos, con una maldición especial!»

Y en plena guerra europea, el 31 de mayo de 1915, en el Teatro de la Zarzuela, define cuál

ha de ser, a su juicio, la actitud de España ante la contienda:

«Empiezo por afirmar que en la hora presente se impone como una necesidad nacional la neutralidad más absoluta. Pero entiéndase que yo distingo dos clases de neutralidad: la del Estado y la de la nación. Yo recabo la neutralidad absoluta para el Gobierno y para el Estado; pero no afirmo de igual manera la neutralidad de la nación. Nosotros no somos estatuas que estemos presenciando inmutables la lucha; tenemos un pensamiento y un corazón y ponemos nuestros pensamientos y nuestros afectos al lado de aquella causa que consideramos que está más en consonancia con los intereses permanentes de España.

»Y ¿cuál es el criterio para fijar nuestra política internacional? Yo tengo uno fijo, el que siguen los demás pueblos: el que yo llamaré criterio geográfico.

»Hoy los Estados no son Estados nómadas, tienen territorio fijo; y todo Estado completo que lo sea de veras tiene derecho a la dominación absoluta y soberana sobre su territorio, tiene derecho a que ningún otro Estado lo sojuzgue en todo o en parte, a que ningún otro Estado haga actos de soberanía y de jurisdicción en aquello que es el patrimonio territorial suyo; un Estado cuyo territorio esté sojuzgado por otro Estado, no es en todo o en parte, según sea la sumisión, Estado soberano, sino organismo mediatizado y feudatario.

»Y España ¿ejerce la soberanía sobre todo su territorio? ¿Hay algún Estado que ejerza soberanía sobre sus dominios españoles?

»Al hacer la pregunta, ya habéis contestado vosotros, y un nombre pasa por vuestra memoria y por todos los labios. Nosotros, como decía Floridablanca, tenemos clavada la espina de Gibraltar.

»Los tres ideales de España, los tres objetivos de nuestra política internacional —el dominio del Estrecho, la federación con Portugal y la confederación tácita con los Estados americanos—, ¿quién lo ha negado?, ¿quién lo ha destruido?, ¿quién es la causa de que se hayan nublado esos tres ideales que quedan nada más que como un recuerdo en el solar de nuestra política?, ¿quién ha sido?, preguntádselo a la Historia, que ella os contestará de acuerdo con la Geografía: Inglaterra.»

Mella veía el mundo agitado de nuestro tiempo: «Mirad esa Rusia, inmensa fábrica de anarquía, donde los zares rojos han llevado ya a la cumbre la enorme tiranía que se va extendiendo sobre el mundo. En un charco inmenso de cadáveres levantan sus tronos; y heraldos que van con la bolsa repleta de oro y el alma llena de ideas subversivas se extienden por el mundo a dilatar la revolución.»

Y en su discurso de Santiago, de 29 de junio de 1902, afirmaba:

«Yo tengo el presentimiento de que la hora de una catástrofe social, preparada por tres siglos de herejías y por uno de ateísmo está próximo, que una nube sombría y tormentosa va a invadir los horizontes y, avanzando sobre el suelo de esta Europa apóstata y cobarde, arrastrará entre sus aguas impuras astillas de tronos y fragmentos de altar.

»No temo a esa noche, que sé que ha de venir. Y si no consultara más que a mi deseo diría que ya tarda demasiado en oscurecer el día con el polvo de la catástrofe. ¡Que venga pronto!, para que el resplandor del relámpago, azotando como una espada celeste los rostros de los vencidos, nos permita ver en la batalla fragorosa el avance de las legiones que no han renegado de Jesucristo.»

Para el momento de esa hora presentida, Vázquez de Mella, dirigiéndose a don Antonio Maura, le dice:

«En aquella noche, acuérdesse su señoría de que estos desdeñados que están aquí solos, que han sido tratados como parias cuando estabais en los esplendores del poder, que todavía contienen con su amenaza el avance de la revolución, tienen un viejo baluarte inexpugnable: el baluarte de la tradición, que no ha dejado nunca abatir su bandera rematada por la Cruz, y allí os espera a todos aquellos que llevéis todavía en el alma la fe cristiana y el amor al orden social.»

Y, cuando llegó esa hora, el carlismo estuvo en su puesto de combate:

«Cualquiera que sea el día de la contienda, yo lo sé, estaremos en nuestro puesto, unidos

como un solo hombre, dispuestos a luchar y a dar nuestra sangre por Aquel que la dio por nosotros. Nosotros no somos una escolta aparatosa exclusivamente destinada a ir en grandes paradas detrás de la Custodia; nosotros somos un ejército de cruzados que tenemos la obligación de regar con nuestra sangre el suelo por donde marcha; y si llegaran días tan aciagos, si llegaran días de combates tan terribles, nosotros afirmamos que la Revolución no se apoderará de esa Custodia sin que Ella llegue a flotar sobre un lago de sangre tradicionalista; y cuando la tierra empape esa sangre, la Custodia quedará incólume, como emblema y coronamiento de una sociedad cristiana y de una monarquía restaurada.»

Comprenderéis ahora la justicia de llamar a Mella el orador de España. Comprenderéis ahora que cuando Mella hablaba, los requetés barbilampiños mirasen extasiados a sus padres y que éstos acariciaran sus viejas y heroicas cicatrices.

La voz de Vázquez Mella no fue en verdad la voz del que clama en el desierto, sino la voz que allanaba los caminos, que levantaba entusiasmo, que enfervorizaba a las multitudes, que puso en pie de guerra a los bravos combatientes de nuestra Cruzada, a los soldados de los Tercios de Lacar y de Montejurra, la que es y será indispensable para que un movimiento político como el nuestro pueda sentirse y llamarse, con plenitud de derecho, movimiento político nacional.

LA ESPAÑA IRREDENTA: GIBRALTAR

I PLANTEAMIENTO

Estoy seguro que, con éstas o parecidas palabras, la escena se habrá reproducido cien veces en miles de hogares españoles: Está anocheciendo; los niños han regresado a casa; el padre les toma las lecciones; sobre la mesa, un mapa en color, sepia para los montes, azul para los ríos, verde para el mar, y unos trazos intermitentes y negros para las regiones fronterizas. El padre pregunta: dime, hijo, ¿cuáles son los límites de España? Y el niño, despacio, para que el papá le entienda y señalando sobre el mapa, dice así: España confina al Norte, con el mar Cantábrico y con los montes Pirineos que la separan de Francia; al Oriente, con el Mediterráneo; al Oeste, con el océano Atlántico y con Portugal, y al Sur —el padre interrumpe—, al Sur, hijo mío, como dijera José Antonio, España confina con *una vergüenza*. (*Aplausos*.)

Pero no es solamente España la que confina con Gibraltar, es decir, con una vergüenza, es todo el mundo hispánico el que tiene en sus entrañas quistes semejantes; como si para hacer más patente la unidad, la solidaridad, la identidad de nuestros pueblos, lleváramos en nuestra carne los mismos infamantes estigmas: la isla de Guam y el Norte de Borneo, en Filipinas; Belice, en Honduras; las Guayanas, en Venezuela y Brasil; las islas Malvinas, llamadas Falkland por los ingleses, en la República Argentina; un trozo de la Antártida, en Chile, y en la propia Argentina; Guantánamo, en Cuba, y la zona del Canal, en la nación panameña, puesta en pie no hace mucho, con un gesto hispánico de rebeldía, para reclamar aquello que le fue arrebatado y que le corresponde con arreglo a la equidad y al derecho. Permitidme que aquí y ahora, como español, cuando me dispongo a hablar de una entrañable y permanente reivindicación española, de un trozo irredento de mi patria, rinda un homenaje de profunda admiración y de absoluto respeto a los que con un sentimiento semejante al que a los españoles nos inspira Gibraltar, han sabido luchar y morir gallardamente defendiendo la soberanía panameña sobre la zona del Canal. (*Aplausos*.)

He aquí uno de los argumentos básicos para urgir la unidad de acción de las naciones hispánicas. Nada conseguiremos en este orden —ni por supuesto en ninguno— mientras permanezcamos divididos, atomizados, comidos por querellas intestinas, a merced de los otros más inteligentes o más sagaces que nos uncen al yugo de su voluntad, de su interés o de su ideología. Para ocupar el puesto que en el mundo nos corresponde, lo primero es afirmarnos en nosotros mismos, reconocernos en nuestra historia, dar fe de nuestra conciencia nacional y trazarnos un quehacer para el futuro, un plan de acuerdo con nuestra propia idiosincrasia, con nuestra vocación y nuestro estilo.

España quiso hacer afirmación y proyecto al levantarse en armas contra todo aquello —de uno u otro signo— que la agrietaba y la carcomía. El Movimiento Nacional y el respaldo del pueblo levantado en armas fueron una prueba de que la nación no estaba muerta, como despectivamente afirmó en Inglaterra Lord Salisbury, sino luchando y desembarazándose, al fin, de la enfermedad interior que la malhumoraba y de las presiones y mediatizaciones externas que la habían puesto en trance de partición o de asfixia. Lo que hace falta es que esta España rescatada —la frase no es mía, sino de un hombre que ha jugado un papel importante en la vida política española, Alfonso García Valdecasas— «nunca se nos pueda volver a ocultar o arrebatar». Palabras aleccionadoras y de actualidad máxima, que el propio escritor completa al decirnos, y sobre todo, al asegurarnos, que «España tiene una política (y hay que) impedir que desmaye».

¡Ojalá haya terminado la España que muere y la España que bosteza!; aquella España a la que se refería Rubén Darío, precisamente hablando de Gibraltar, cuando en compañía de Paquito, un muchacho andaluz que le lleva en su barca, contempla la mole erguida del peñón, y ondeando sobre la roca un emblema extranjero. Rubén pregunta a Paquito: «¿Pero no se te mueven los reaños al contemplar ese pabellón sobre tu tierra y la tierra de tus padres?» Y Paquito, cantaor y flamenco, se encoge de hombros y sale por seguidillas.

Esta es la España resignada, perezosa y abúlica que queremos se haya terminado. A la España condescendiente y objeto de misericordia queremos haya sustituido aquella otra que sabe, como dijo Ganivet, que Gibraltar es un hecho de fuerza para Inglaterra, mientras España sea débil, porque sólo sobre los países débiles se puede ejercer impunemente la alta piratería política.

España quiere salir de una época de postración y de debilidad. Queremos la unidad de las tierras de España, que no estará hecha en tanto subsista la amputación de Gibraltar; queremos una España libre, que no existirá completa mientras un trozo de España esté subyugado por una nación extranjera.

Reivindicación inmediata de Gibraltar, exigía el punto 4º de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista; y Francisco Franco nos decía en 1936: «España reivindica hasta la última pulgada de tierra española». «Si hemos derramado la sangre de nuestros muertos para hacer una nación», en frase del propio Franco, «la nación no estará hecha del todo mientras no tengamos a Gibraltar», esa oveja arrebatada del redil, a cuya busca nos incita el patriotismo, para que así, como quería Donoso Cortés, la nación se redondee y pueda ser poderosa.

* * *

Hay algo más que el retorno a la patria de aquello que se le arrebató; hay una reivindicación del papel, mediatizado hasta ahora, que a España le corresponde con relación al inmenso continente africano y que sólo puede realizar dominando el Estrecho.

Una leyenda antigua hace del lugar el fin del mundo, amurallado por una montaña inmensa que Hércules rompe de un mazazo. Por la brecha, los dos mares, el Atlántico y el Mediterráneo, se confunden y compenentran. Una corriente superficial que del primero pasa al segundo, aminorando la salinidad de éste y asegurándole su nivel, discurre entre las dos columnas, la del Abyla en la costa africana, y la del Alube fenicio, el Calpe gregorromano, el Gebel al Tarik, de los bereberes, el Gibraltar cristiano de la costa europea, terminado en un saliente que con razón ha podido llamarse la Punta de Europa.

Aquí, señalaba Vázquez de Mella en su famoso discurso del día 31 de mayo de 1915, en el teatro de la Zarzuela, el discurso de «los tres dogmas nacionales», está escrito todo nuestro programa internacional. La Geología, la Geografía, la Topografía; las olas mismas del Estrecho, chocando en el acantilado de la costa, nos están diciendo todos los días: aquí tenéis la puerta del Mediterráneo, la llave, aquí está vuestra grandeza».

Y es que, en realidad, el Estrecho tiene no solamente esos dos cometidos que anunciaba Vázquez de Mella, sino tres. El Estrecho no es sólo puerta y llave, sino también enlace y puente, toda vez que los estrechos, como los canales, no separan, sino que más bien unen, sirviendo sus márgenes u orillas de trampolín incitante y de asiento seguro para las conexiones permanentes.

El Estrecho es puerta de comunicación entre el Atlántico y el Mediterráneo; es puente internacional, cuyas riberas sólo están separadas por algo más de 13 kilómetros, entre África y Europa; y llave que puede cerrar el paso a la flota militar o mercante, dislocando a las armadas de aquellos países, como España y Francia, que tienen costas en ambos mares.

El Peñón, para este último cometido, juega el papel de llave, como ha demostrado el diputado inglés Thomas Gibson en un meticuloso trabajo sobre el tema. El Peñón es el llavero — dice— y la llave es la Armada inglesa, los barcos que tienen allí su punto de arranque y de guarnición, para impedir el tráfico militar, estrangulando a la vez el comercio enemigo.

El Estrecho, como puente, es testigo de excepción de ir y venir de los pueblos, del flujo y reflujo demográfico de la historia; el paso, hacia el Sur, de los vándalos en el año 429, a cuyo frente marcha Genserico; el paso, hacia el Norte, de los árabes en el año 711, y después, tras ellos, de los almorávides, de los almohades y de los benimeri-nes; del paso al Sur, en última instancia y'partiendo del Peñón, en 1603, de los moros expulsados de la Península.

El Estrecho, como conexión, es objeto de estudio para atravesarlo por un túnel, un tubo o un

punto de amplísimos ojos, que acabe uniendo físicamente a Europa con África, canalizando a través del mismo los enlaces ferroviarios, los transportes por carretera y hasta las conducciones de combustible líquido o gaseoso, cuyas grandes reservas se hallan en el Continente negro.

El juego estratégico, comercial y político del Estrecho es, por lo tanto, evidente. De aquí que Inglaterra no se haya limitado a dominar el Peñón, sino a asegurarse la hegemonía completa, impidiendo la consolidación de una potencia militar importante en la orilla africana. El general Díaz de Villegas, que ha hecho un estudio a fondo de la cuestión, ha demostrado hasta la saciedad cómo las interferencias británicas en el problema de Marruecos han estado siempre encaminadas a debilitar la posición de España en aquella zona, llegando a conseguir para Tánger —al que él llama segundo Gibraltar— un *status* en que la presencia española quedó diluida.

Se comprenderá ahora toda la importancia del tema y la angustia nacional motivada por el mismo. La opinión española es unánime al respecto. Sin carácter exhaustivo y sólo como muestra, espigamos entre las innumerables voces que vienen reclamando Gibraltar para España.

Felipe V: «Marcharé con espinas en los pies mientras no recobre Gibraltar.»

Floridablanca: «Tenemos clavada la espina de Gibraltar.»

Sagasta: «Gibraltar es una espina que llevamos clavada en el corazón; no debemos continuar más tiempo con ella: el amor a la patria lo exige.»

Ganivet: «Gibraltar es una ofensa permanente.»

Marañón: «No hay español que no sueñe cada noche con Gibraltar.»

Blas Infante (fundador en 1931 del partido republicano autonomista de Andalucía): «Nuestra región tiene abierta honda herida en Gibraltar. Andalucía declara también como aspiración ideal, el anhelo de restablecer la integridad de su territorio.»

Donoso Cortés : «Inglaterra está en nuestro territorio; lo que Inglaterra está realizando es el rompimiento de nuestra unidad territorial y la unidad territorial es la primera y más esencial de todas las unidades.»

Aparisi y Guijarro: «Cuando pienso que Gibraltar es de Inglaterra, me muero de vergüenza.»

Carlos VII (en su testamento de Loredán, de 1897): «Gibraltar español.»

Ramiro Ledesma: «Si aconteciese la victoria interior, España se atrevería a todo y podría atreverse a todo (incluso) a recuperar Gibraltar.»

García Sanchiz: «Gibraltar: la maléfica peña, conjurada, exorcizada. En su dominio, por Inglaterra, hubo trampa, escamoteo, engaño, estafa, dolo, bribonada, vileza, robo y matonismo.»

Manuel Aznar: «Gibraltar, honor y deber de los españoles.»

Areilza y Castiella: «La ocupación inglesa de la ciudad es un agravio continuo, una mancha que hiere el honor de la Patria. Gibraltar —un latrocinio viejo de dos siglos— es uno de los objetivos inmediatos de la España nacional. Pedimos la restitución de la fortaleza robada alevosamente por la voracidad británica. Gibraltar es una inextinguible fuente de odio contra Inglaterra que brota de las entrañas mismas del pueblo español.»

Francisco Franco: «Gibraltar es una banderilla puesta en nuestras espaldas.»

Los extranjeros, de igual modo, han sabido, en ocasiones, reaccionar violentamente contra la injusticia. Ahí van tres protestas: la de un francés, la de un alemán y la de un hispanoamericano :

Napoleón: «España tiene una afrenta perenne e imborrable : ¡ Gibraltar!»

Gerard Hermann: «El orgullo español sigue sintiendo la pérdida de Gibraltar como algo infamante.»

Leonardo Díaz González (representante de Venezuela en las Naciones Unidas): «Gibraltar tiene... la importancia de un símbolo. Es inconcebible que en la época en que el colonialismo desaparece de la faz de la tierra, el símbolo mismo de ese fenómeno perdure aún en Europa.»

II GIBRALTAR ESPAÑOL: RECONQUISTA Y PERDIDA. BATALLA MILITAR PARA SU RESCATE

La vieja colonia Julia Calpe, después de su conquista por los árabes, en el año 711, al producirse la invasión de la Península, se transformó en Gebel-al-Tarik por un castillo que éste construyó en el lugar. De Gebel-al-Tarik deriva el nombre cristiano de Gibraltar, y Gibraltar permaneció en manos enemigas durante 751 años. La liberación de 1333 por Alonso de Guzmán no fue duradera. Perdida nuevamente la roca, se recupera en 1462 por Alonso de Arcos, al servicio del Duque de Medina Sidonia, bajo cuyo señorío queda la plaza, hasta que en 1502 es incorporado a la corona.

Gibraltar se convierte en fortaleza y santuario. Barbarroja la saquea en 1540, a pesar de las obras defensivas realizadas por mandato de Carlos, el emperador. En 1607, el almirante holandés Jacob Heemskerck fuerza la entrada en el puerto y destruye nuestra flota.

En el extremo sur, y sobre una vieja mezquita, se alzaba —no lejos del lugar que hoy ocupa el faro construido por los ingleses— el santuario de Nuestra Señora de Europa, bella y dulce advocación del más profundo significado. No había fragata, galera o navío —se nos dice— que al pasar el Estrecho no disparase salvas en honor de la Señora.

En un cuadro de Nuestra Señora de Europa que tuve la fortuna de entregar en nombre de España para el santuario de Madonna di Campiglio, en los Alpes dolomitas, aparece la Señora, con el Peñón desdibujado al fondo, sus pies apoyados sobre la punta terminal del Continente, mirando a África, con el Niño dormido en los brazos. Es una doncella rubia, de pelo largo y ligeramente despeinado por la brisa del mar. La rodean ángeles por lo alto, y su mirada se pierde en el horizonte con un gesto indefinido y mezclado de defensa y de amor. Alguna vez he dicho que España tiene tres grandes hitos de la auténtica Europa: Yuste, donde muere Carlos, el hombre que combatió hasta desfallecer por la Europa cristiana; el camino de Santiago, que siguiendo la Vía Láctea condujo en unidad y en hermandad a los hombres de Europa hasta la tumba del Apóstol, en Compostela, y Nuestra Señora de Europa, *Alma mater Europae*, aupada por España en el extremo Sur de sus tierras, como una bendición para los navegantes esperanzados que marchaban, como una caricia para los navegantes fatigados del regreso, como una sonrisa para el África que dormía y duerme aún en gran parte en el sueño del error, del paganismo y la idolatría; y como prueba de hermandad y unidad europeas que la Asociación italo-hispánica quiso que tuviera plástica representación en Campiglio, paso de Carlo-magno y de Carlos V, con las cuarenta banderas de nuestras cuarenta naciones, allí enhiestas con sus colores y sus escudos como una guardia de homenaje y de honor para la Madre de Cristo, la Virgen de Gibraltar, Nuestra Señora de Europa.

Ardía allí, en el Santuario de Punta Europa, la lámpara de plata que regalaron los almirantes españoles, y los candelabros que el Conde de Santa Gadea y don Pedro de Toledo habían ofrecido en representación de nuestros Ejércitos; las lámparas de los capitanes italianos Andrea Doria y Fabrizio Colonna, llevadas al lugar como agradecimiento de victorias difíciles, pero logradas.

Todo aquello quedó destrozado. Los historiadores narran que el Santuario fue objeto de una refinada destrucción; la imagen de la Virgen, brutalmente profanada y el Niño degollado.

Ello ocurría a principios de agosto de 1704. El antiguo deseo de Cronwell, el lord protector de Inglaterra, formulado en 1656, apoderarse de Gibraltar y hacer a España, desde la Roca, una guerra de corsarios, se iba a convertir para nosotros, ahora, en desventurada realidad.

La ocasión propicia era, nada menos, que la Guerra de Sucesión al trono de España, que provocó la muerte sin descendencia de Carlos II, *el Hechizado*. A Inglaterra, sin embargo, en el fondo, no le interesaba la sucesión en sí, lo que le interesaba era parar en seco la hegemonía creciente de Francia, que iba a incrementarse si la corona de España era ceñida por uno de los Borbones. Si Inglaterra se opone a Felipe V y presta su ayuda militar al pretendiente austríaco, es sólo y en tanto que aspira a mantener el equilibrio europeo, y a ir afianzando su propia voluntad de dominio, que tiene ya proyectos imperiales para un próximo futuro.

Carlos III, el pretendiente austríaco, carecía de flota, y la flota inglesa se puso a su servicio, ayudada, claro es, por buques holandeses. Gibraltar fue un acontecimiento que no estaba del todo previsto. Gibraltar fue la consecuencia de un fracaso repetido en Barcelona y en Cádiz. No podía la Armada regresar con esa sensación de estúpida ineficacia, y fue entonces cuando se decidió la toma de Gibraltar.

La escuadra se hallaba a las órdenes del almirante inglés George Rooke, y el ejército todo al del generalísimo austríaco, el Landgrave Jorge, Príncipe de Hesse-Darmstadt. El mando español correspondía a don Francisco de Castillo, marqués de Villadarias, el soldado victorioso de Cádiz, y la fortaleza estaba servida por 80 soldados, algunos cientos de milicianos, con escasa o ninguna instrucción militar, y 120 cañones, bastantes de ellos, por desgracia, inservibles, a las órdenes del sargento mayor don Diego de Salinas.

La fuerza enemiga instó a la rendición, haciendo llegar a los defensores la carta del Archiduque de Austria, Carlos III de España, fechada en Lisboa el 5 de mayo de 1704. En esa carta se promete a cuantos quieran quedarse en la ciudad los mismos privilegios que tenían en . tiempo de Carlos II, permaneciendo intactos la religión y los tribunales. La guarnición de Gibraltar contestó que seguía a Felipe V. Reiterada y desobedecida de nuevo la orden de rendición de la plaza, a las cinco de la mañana del 3 de agosto comenzó el bombardeo naval. Duró cinco horas, y 900 cañones hicieron 3.600 disparos. Las mujeres y los niños se refugiaron en el Santuario de Nuestra Señora de Europa. El día 4 se negoció la capitulación, y la plaza fue ocupada en nombre de Carlos III, Rey de España.

Después vino lo peor. Rooke tomó la bandera inglesa, arrancó de cuajo la que antes había izado el Landgrave y colocó la suya, haciéndola tremolar tres veces y tomando posesión de la ciudad en nombre de Ana, Reina de Inglaterra. Luego comenzó la destrucción de las iglesias por los anglicanos, enemigos del catolicismo, la violación de las mujeres y el éxodo de los nuestros, que en masa se trasladaron a la ermita de San Roque, fundando en su contorno una ciudad en la que reside la muy noble y más leal ciudad de Gibraltar, donde se conservan y guardan —en una espera que ya se torna impaciente— la llave de la fortaleza y el pendón bordado en Tordesillas por doña Juana *la Loca*. ¡Prefirieron abandonar la ciudad en que habían nacido a someterse a una dominación extranjera!

Era necesario lavar la afrenta. Desde aquel mismo día surge la voluntad de rescate. Estamos en noviembre de 1704. Dirige las operaciones el mismo marqués de Villadarias. La operación es como de cine. Hay quinientos españoles voluntarios. Su nombre: «Huestes sagradas». Han jurado la toma de Gibraltar o la muerte. Va a conducirles, de noche, entre las sombras, en silencio, Simón Susarta, un cabrero que conoce como nadie las trochas, las hendiduras de las piedras, el peldaño angosto donde apenas los animales aciertan a mantenerse. Van reptando, pegados a la roca, conteniendo la respiración, evitando una caída, un ruido, un desmoronamiento que pueda alertar al enemigo. Había que verlos; el corazón enardecido, los ojos brillantes. Sobre la empinada, el mar al fondo, las nubes ocultando la luna y el silbo del aire en el ventisquero. Los monos les mirarían asustados. Entre los dientes, cuchillos con puntas afiladas. Pistolones ;al cinto. Cuerdas y escalas de mano para sostenerse, para auparse, para subir por aquella inmensa, resbaladiza e inhóspita cucaña. El primer grupo está arriba, a 426 metros de altura. Un momento de aguante. El puesto de .guardia británico está ahí. Se ven los enemigos. ¡Ahora! Es el privilegio de la sorpresa y de la habilidad y de la audacia. El golpe de mano ha tenido éxito. Hay que pernoctar. Una cueva, la de San Miguel, en la cumbre, les sirve de guarida. Cuando se inicia el ataque, desde la cima, tres mil españoles atacarán por el valle. Será algo sorprendente. El cielo y la tierra escupiendo fuego, quemando y purificando la humillación. En el momento fijado, los de arriba se descuelgan. Van iluminados por el amor a la patria, por un afán de justicia, por una plena seguridad en el triunfo. Los ingleses miran con terror al monte, cuajado de españoles, que subieron hasta allí por obra de un milagro inexplicable y que bajan con sus gritos de guerra infundiendo pavor. Pero fue inútil el esfuerzo y el sacrificio. Los españoles del valle no llegaron a iniciar la operación combinada. Se lo impide una escuadra inglesa que acaba de llegar, y los nuestros, para ahorro de la fatiga en el ascenso, iban con un puñado de municiones. Luchan cuerpo a cuerpo, hombre a hombre, diente a diente, piel a piel. Nos hacen doscientos prisioneros. Pueden escapar unos pocos, muy pocos. La mayoría han caído en el campo del honor, o han sido despeñados, precipitados al mar desde las rocas abruptas. (*Aplausos.*)

La paz de Utrecht —13 de julio de 1713— termina con aquello. En 1727 España rompe con Inglaterra, y Gibraltar sufre un breve sitio de cinco meses, que acaba con el Tratado de Sevilla.

Cincuenta años de paz en torno al Peñón. Ha comenzado la guerra de la independencia norteamericana. Reina en España el Borbón Carlos III y España y Francia ayudan a los que habían de ser los Estados Unidos en su lucha contra Inglaterra. El sitio de Gibraltar dura tres años, siete meses y doce días.

El duque de Crillon, que ha reconquistado Menorca para España, dirige las operaciones militares. Se había tenido en cuenta la indicación del marqués de Pozobueno: «Con una buena armada de navios, con buenos oficiales y correspondiente tripulación, se vería en breves años reducida la soberbia inglesa.» Se han tomado en esta oportunidad todas las precauciones. Cortada la comunicación por tierra (tropas de Alvarez de Sotomayor), el Peñón no tiene más salida que el mar, y en el mar se hallan las escuadras francesa y española al mando de Barceló, y con ellas unas baterías flotantes, refrigeradas, insumergibles e incombustibles, el último grito del arte militar, debido al ingeniero D'Arión. Todo está dispuesto para el ataque. Incluso hay príncipes extranjeros que han acudido llevados de la curiosidad, entre los espectadores. Nuevamente todo fracasa. Las baterías se hunden, se incendian, estallan y llevan por doquier el desastre y el desánimo. Mueren miles de los nuestros. Las aguas enrojecen y hay que levantar el sitio. Mientras, del otro lado del Peñón, en la tierra firme, cae malherido, por una granada, uno de los más grandes poetas y prosistas del siglo XVIII, el autor de *Cartas marruecas*, de *Los eruditos a la violeta* y de *Canción a un patriota retirado a su aldea*, don José Cadalso y Vázquez.

Siempre las letras y las armas unidas, como en Cervantes, autor del *Quijote* y manco glorioso de Lepanto; como en Garcilaso de la Vega, el de los sonetos, églogas, elegías y canciones, herido de muerte ante la fortaleza de Frejus. (*Aplausos.*)

* * *

Inglaterra nunca ayudó a España; se sirvió de España para ayudarse a sí misma. Así ocurrió cuando la guerra contra Napoleón. A los españoles que se replegaban a Gibraltar les abre sus puertas, pero nos obligan a destruir las fortificaciones por si acaso eran ocupadas por los franceses. Fuimos nosotros mismos —ingenuos españoles, siempre embaucados, engañados por el enemigo avieso de la sonrisa por fuera y el látigo por dentro— los que derruimos nuestras defensas, las que habíamos construido con nuestro dinero, con nuestro trabajo y con nuestro sudor.

Cuando regresa Fernando VII y ese peligro ya no existe, intentamos reconstruir lo nuestro. ¡Ah! ya no nos era posible hacer en nuestra casa lo que queríamos. Eramos una nación mediatizada, colonizada —como en parte lo somos también ahora cuando nos imponen películas, anuncios y programas de televisión, donde ya ni siquiera reconocemos nuestro idioma y nuestras costumbres. «Si empiezan ustedes a reconstruir, dice el comandante inglés, dispararé un cañonazo; si continúan, dispararé otro, y si no cesan, lanzaré una andanada.»

La historia, la pequeña historia posterior, es bien triste. Por decisión unilateral de Inglaterra, aparece, en territorio que nos es arrebatado, el *neutral Ground* de 1826; el puerto de Gibraltar se extiende a las aguas españolas que bañan la parte Oeste del istmo; en 1899, el embajador inglés exige que garanticemos la no fortificación o el desmantelamiento de las fortificaciones de Sierra Carbonera y de las colinas dominantes; en 1901, Inglaterra, también por su propia y exclusiva voluntad, construye una verja de hierro.

Durante la última guerra mundial, todo incitaba a España para adueñarse del Peñón. Unas potencias europeas, coaligadas y triunfantes; un movimiento de exaltación nacionalista en el país, ofendido por la ayuda prestada por las naciones liberales a los marxistas; un antiguo y ahora renovado sentimiento de reivindicación y de integración de la patria. A ello podíamos añadir las promesas claras y contundentes de los vencedores del primer momento y la necesidad estratégica de arrancar el Peñón de manos enemigas, para evitar, de un lado, que la llave del Mediterráneo continuara interrumpiendo el tráfico militar y mercantil, y de otro, que el Peñón fuera refugio,

primero, y base, después, de una armada poderosa de desembarco en cualquier lugar de África o de Europa, dominada por el Eje o inmediata a sus posiciones fundamentales.

La operación «Félix» estuvo seria y totalmente preparada. España dijo que no. España había aprendido aquello de Ganivet: «el rescate de Gibraltar debe ser una obra esencial y exclusivamente española; no puede buscar el amparo de éste o aquel grupo político de Europa, porque este servicio costaría demasiado caro y haría patente nuestra debilidad».

Y que conste, que gracias a la benevolencia y neutralidad española fue posible el desembarco en el Norte de África, como han reconocido militares y dirigentes políticos aliados; y que conste, que España había recibido promesas, como aquella, luego desmentida por los hechos, firmada por Roosevelt, que empezaba así: «Mi querido general Franco»; o como aquella otra del Foreign Office: «el gobierno inglés está dispuesto a considerar más adelante el problema de Gibraltar»; y que conste, que España pudo ser invadida por el ejército poderoso que estaba en los Pirineos; y que si fuera cierto, como escribió en 1901 el inglés Thomas Gibson, que «el gran peligro para Gibraltar no es España, sino otras potencias que actúan ostensiblemente sin contar con España y hasta desafiándola si a sus intereses conviniera, porque en tal caso, los españoles no podrán hacer respetar su neutralidad», más cierto es, señores, que lo que no pudo hacer ningún país de la Europa continental, ocupada por Hitler, ni siquiera la pacífica y fría Suecia, que voluntariamente accedió al paso de las tropas alemanas, lo hizo España y lo consiguió Franco a base de serenidad, de habilidad, de nervios de acero y de patriotismo sin reserva y sin tacha. (*Ovación prolongada.*)

III LA BATALLA DIPLOMÁTICA POR GIBRALTAR

Cuando a Inglaterra dejó de convenirle, la guerra de sucesión al trono de España tuvo su término. Ello sucedió cuando el archiduque Carlos, por la muerte prematura de su hermano, se convirtió en Carlos de Alemania. Inglaterra, en 1711, reconoció a Felipe V, y el 13 de julio de 1713 se firmaba el Tratado de Utrecht, a cuyas negociaciones no fueron admitidos los representantes españoles. Todo se hizo a nuestras espaldas. Luis XIV asumió allí y de forma bien peregrina y lacerante los intereses de España, y cuando nuestros diplomáticos quisieron intervenir, todo estaba resuelto.

El artículo X del Tratado dice así, en cuanto ahora nos interesa: «El Rey católico, por sí y por sus herederos, cede por este Tratado a la Corona de la Gran Bretaña, la plena y entera propiedad de la ciudad y castillo de Gibraltar, juntamente con su puerto, defensa y fortalezas, que le pertenecen ... y ... se ha de entender que la dicha propiedad se cede a la Gran Bretaña sin jurisdicción alguna territorial y sin comunicación alguna abierta con el país circunvecino por parte de tierra.»

Es decir, que no hubo más, como dicen Castiella y Areilza, recogiendo el estudio de Raúl Genet, que una atribución inmobiliaria referente a construcciones superficiales, pero jamás del suelo que la sustenta; hubo cesión del *tus utendi et fruendi*, de un usufructo temporal, pero nunca cesión de la soberanía.

Sin duda por ello y por las anómalas circunstancias de la ocupación inglesa, la batalla diplomática, paralela a la militar, comenzó en seguida con el propósito reiteradamente frustrado de recuperar el Peñón.

Ordenados, cronológica y sistemáticamente, los episodios de esta labor diplomática tenacísima, pueden sintetizarse así:

Felipe V, desde 1721 a 1728, mantiene como embajador en Londres a don Jacinto de Pozobueno y Belver, marqués de Pozobueno. Sus instrucciones son muy concretas : recuperación de Gibraltar, negociando la entrega a cambio de los privilegios comerciales que necesitaba Inglaterra, a saber: confirmación del privilegio del asiento, que le facultaba para importar negros a

América, y navío anual de permiso, que le autorizaba un comercio limitado, pero bastante, para facilitar y en cierto modo camuflar bajo apariencias legales, su inmenso contrabando. Era mejor así para Inglaterra y para su famosa compañía del Mar del Sur, que el recurso permanente, peligroso e inseguro del filibusterismo; aunque la piratería organizada tuviera bases de protección en Jamaica, conquistada hacía años por Cronwell, y otras islas más pequeñas del archipiélago antillano.

Standhope, el que luego habría de llamarse Lord Harrington, embajador de Inglaterra en Madrid, ayudaba desde aquí al torpedeo de las negociaciones. Cuando se firma el Tratado de Madrid, de 1721 (13 de junio), ya habíamos entregado lo que pedían los ingleses. Nosotros, a cambio de la no recuperación de Gibraltar, nos contentamos con una carta —y ya hemos sabido lo que valen las cartas de los sajones— de Jorge I, en la cual se decía : «No vacilo en asegurar a V. M. que estoy pronto a complacer en lo relativo a la restitución de Gibraltar.» La promesa concretaba que la devolución se haría dentro del año 1721.

Al romperse las hostilidades entre España e Inglaterra, en 1727, el marqués de Pozobueno regresa a Madrid, y Standhope abandona España y vuelve a Londres. La promesa austríaca de ayudarnos a la guerra tampoco se cumple y en 1728 firmamos, en El Pardo, el Acta de Confirmación y declaración de preliminares, por la que devolvemos a Inglaterra, incluso con una indemnización por daños, la nave *Príncipe Federico*, manifestando tan sólo el representante de la Gran Bretaña que su país trataría del asunto del Peñón en un Congreso internacional que se celebraría en Soissons. El Congreso tuvo lugar, efectivamente, en junio del propio año 1728. A él acudieron, por España, el marqués de Santa Cruz y don Joaquín Ignacio de Barrenechea, pidiendo a los ingleses el cumplimiento de la promesa de 1721. Pero de lo dicho, como siempre, nada. Standhope y Walpole, dijeron, simplemente, que no.

La paz quedó al fin asegurada por el Tratado de Sevilla, de 1729. Vientos no favorables soplaban entonces para Inglaterra. Standhope vuelve a España, y en una Convención secreta a la que hay alusiones claras en la documentación de nuestro archivo de Simancas, como dice la doctora Gómez Molleda, se asegura a España la devolución de Gibraltar en un plazo de seis años. Claro es que, a cambio, como era de esperar, confirmamos y restablecimos los privilegios comerciales de los ingleses en América, dándoles una patente de corso para continuar su enriquecimiento y su contrabando.

Pasaron los seis años y muchos más. Don Melchor de Macanaz, en 1747, marcha al Congreso de Aquisgran, en Aix Chapelle. A pesar de las instrucciones recibidas, son tantas las presiones que actúan sobre Madrid que como nos cuenta José Carlos de Luna, Fernando VI ordena a su representante que abandone el Congreso y marche «para la ciudad libre que de su voluntad fuere, no en los dominios de España, y con un viático para alimentos de ocho mil ducados anuales».

Han seguido después, con machacona insistencia, las frustradas negociaciones o propuestas de rescate.

En 1756, simultáneamente con Francia y con Inglaterra, a cambio de la neutralidad española.

En 1783, al firmarse la paz de Versalles, luego de concluir la guerra de independencia americana, negándose a España Gibraltar, aunque recuperamos Menorca y La Florida.

En 1786, Floridablanca, al negociarse los límites de Honduras, tratando de canjear el peñón por Caracas y Puerto Rico.

En 1795-96, intentando Godoy, de una parte, sublevar la plaza y, de otra, entregar a Francia La Luisiana, si Francia nos ayudaba al rescate de Gibraltar.

En 1870, por Prim.

En 1914-18, por Dato, que ofrece nuestra neutralidad a cambio de la Roca y de Tánger.

En 1925-29, por don Miguel Primo de Rivera, que desea un cambio de Gibraltar por Ceuta.

¡Qué rosario de ruegos y de imprecaciones no escuchadas o, a lo sumo, acogidos con sorna y con desprecio!

¡Basta! Areilza y Castiella lo dijeron: «pedimos limpia y terminantemente la restitución de lo

robado en 1704, sin pactos, componendas ni compensaciones». (*Aplausos.*)

IV EL PROBLEMA EN EL MOMENTO ACTUAL

Desde que estas palabras se escribieron han pasado muchas cosas, muchísimas cosas por el mundo, y estas cosas han influido en el planteamiento de los problemas, matizándolos, colocándolos sobre una plataforma distinta o arrojando sobre ellos una luz nueva y diferente que los perfila de un modo distinto.

Hoy está claro que Gibraltar ha perdido, para Inglaterra, dos valores fundamentales. Comercial y militarmente, Gibraltar significa muy poco. En efecto, si Gibraltar era una de las posiciones básicas de Inglaterra en su camino hacia Oriente, jalonado por Malta, Chipre, Alejandría y Port Said, es lógico que, desaparecido el Imperio y convertidos en países independientes la India, el Pakistán y Egipto, nación en cuyas manos y bajo cuya soberanía plena se halla el canal de Suez, Gibraltar ya no es el vigía de la ruta comercial inglesa.

De otro lado, y a pesar de que la roca está horadada y perforada por obras de defensa, y de que como aseguraba *The Sunday Express*, de Londres, correspondiente al 15 de diciembre de 1963, en un túnel de 22 millas se almacenan toda clase de armamento pesado e incluso aviones dispuestos para emplear la bomba H, es evidente que dado el progreso balístico, la artillería moderna puede alcanzar al Peñón desde la Sierra Carbonera y desde las plazas españolas del Norte de África y que dada la capacidad incrementada de bombardeo por parte de la aviación, Gibraltar puede ser inutilizado con rapidez. Aun suponiendo que no pusiera el pie la infantería, su misión como base aeronaval y como plaza fuerte quedaría inutilizada por completo. Más aún, desde la guerra de 1914 a 1918, está demostrado que en las mejores circunstancias para Inglaterra, el estrecho, como llave del Mediterráneo, funciona sólo con respecto a la superficie, pero nunca o con tremendas dificultades para la navegación submarina. Por si aún fuera poco, el Peñón es una roca de caliza jurásica y pizarra silúrica que se haría pedazos al estallar las bombas explosivas.

Si tal es el nuevo planteamiento del tema de Gibraltar, desde el punto de vista mercantil y desde el punto de vista estratégico, facetas cada vez más nítidas presenta al contemplarlo no ya como usurpación del territorio nacional, como una ofensa permanente a nuestro pueblo y como una afrenta a la soberanía española, sino, además, como un cáncer para la economía del país, como un centro de corrupción moral, como un foco de agitaciones políticas y de propaganda heterodoxa.

Poco importan nuestro plan de desarrollo, nuestros polos de crecimiento y nuestra reforma fiscal, si en el extremo Sur del país, una especie de succión, protegida de un lado y tolerada de otro, absorbe una parte de nuestra riqueza, canalizándola hacia los bolsillos y las cuentas corrientes, no de los modestos y humildes contrabandistas, que salen y entran en la plaza por tierra o por mar, llevando pequeñas cantidades de mercancías, sino de los grandes logreros que utilizan a esa manada de hombres, y que desde Gibraltar, y al amparo de una bandera extraña, han instalado uno de los más pingües y de los más grandes negocios ilícitos que nunca jamás haya conocido la Historia.

Desde este ángulo económico, Gibraltar, en manos no españolas, puerto franco donde todo se vende y almacena, es una fístula que detrae y desangra al Tesoro, que destruye el comercio honrado, que dificulta el desarrollo industrial. La guerra al contrabando, a través del Peñón, debía ser una consigna nacional, difundida y alentada con espíritu patriótico, servida por un cuerpo especial de represión numeroso, eficaz en la vigilancia y rápido en la persecución, expeditivo y enérgico en las sanciones y aún, por qué no, estimulado de alguna manera con cargo a los propios alijos. Es incomprensible y vergonzoso, como la Prensa ponía de relieve, a fines del año 1963, que mientras Alemania Occidental, con 55 millones de habitantes, importaba de los Estados Unidos 2.580.000 dólares de cigarrillos, Gibraltar, con sólo 26.000 habitantes, los importó por valor de

5.048.000 dólares; y como no es posible que población tan escasa fume de esta manera incansable, de noche y de día o convierta el tabaco en combustible, no puede pensarse sino que esa importación de cigarrillos se transfiere a España por la vía ilegal del contrabando. Por eso decía con harta razón el madrileño *A B C*: «Gibraltar vive de la defraudación fiscal al Estado español,»

Ahora bien, si como afirmaba, quizá con alguna razón, Mr. Geoffrey Adam, del *Foreign Office*: «si los españoles se resienten por prácticas ilegales de comercio que puedan perjudicar a sus intereses, es asunto de ellos el impedirlo», sigamos su consejo. Más aún, si se sanciona a quienes dentro del territorio nacional no cumplen con las leyes fiscales, ¿no será un incentivo para evadirse de tales sanciones y vivir en la más alegre impunidad, una política transigente para el contrabando que realizan quienes han montado su ilícito negocio al amparo del pabellón que cubre la vergüenza de Gibraltar?

En el orden moral, la roca es un centro de corrupción.

El nacimiento de La Línea y su impresionante crecimiento demográfico se debe a Gibraltar, a los medios de vida inconfesables que el Peñón proporciona. Depravación para la juventud que ignora el sentimiento y la disciplina del trabajo; tentaciones incitantes para las muchachas humildes que llenan los prostíbulos y donde se refocilan los que llegando a Gibraltar saben que en la Roca están prohibidas las casas de lenocinio. Así se ha convertido un trozo de tierra española en lupanar, patio de monipodio, mercado oscuro y alcahuete de truhanes y celestinas, donde todo es posible y donde todo se compra y se vende. Nos recuerda ello la Cuba feliz de la época anterior a Fidel Castro, a la que llegaban en turismo fácil los puritanos del Norte, y donde los taxistas, agentes aleccionados del cabaret y de las casas no santas, ofrecían a los recién llegados mercancía humana de calidad en excelentes fotografías en colores. Que éste es, en parte, el destino que aguarda a los pueblos débiles que aman tanto la paz, que acaban siendo víctimas y juguete de los que mandan.

Por si aún fuera poco, aunque ahora parece que el asunto va, en ciertos medios, perdiendo su importancia, Gibraltar, como escribía Menéndez Pelayo, fue «la primera tierra íbera en que libremente imperó la herejía, ofreciendo fácil refugio a todos los disidentes de la Península en los siglos xvm y xix, convirtiéndose en el centro estratégico de todas las operaciones de la propaganda anglo-protestante. De Gibraltar, en efecto, salían durante el siglo pasado las Biblias clandestinas que inundaron nuestros pueblos y ciudades. Esto quizá no tenga ya importancia, porque difundir la herejía parece que no es cosa grave; hasta tal punto que en *Informations Catholiques Internationales* se nos comunica con alborozo ecuménico la siguiente noticia: «La sociedad bíblica inglesa... ha inaugurado el 9 de diciembre sus nuevos locales en Madrid, en el popular barrio de Cuatro Caminos. En noviembre último entraron en España, con autorización gubernamental, 2.000 ejemplares de la Biblia y 4.000 del Nuevo Testamento, en una traducción española del siglo XVI.»

Finalmente, desde el punto de vista político, ocioso sería narrar en qué forma y con qué eficacia Gibraltar ha sido cabeza de organización y puesto de mando de las fuerzas ocultas que han actuado eficazmente en el país, supeditando los intereses nacionales a aquellos otros, extraños a España, a cuyo servicio tales fuerzas se organizaron.

Gibraltar es, por lo tanto, un cáncer para nuestra economía, un centro de corrupción moral y la sede de campañas políticas y religiosas que tratan de romper la unidad y fomentar la desunión de los españoles.

Con ello, todavía, el problema de Gibraltar no se perfila del todo en la nueva situación. A ello puede añadirse otro dato, y éste de suma importancia. La cuestión de Gibraltar se ha internacionalizado. Y se ha internacionalizado porque, de conformidad con lo dispuesto en la Resolución 1.514, punto 6.^o, aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas: «Todo intento conducente a la desintegración total o parcial de la Unidad Nacional o de la integridad territorial de un país es incompatible con los objetivos y principios de la Carta de las Naciones Unidas.»

Como decía un editorial de *A B C*, «la bandera británica izada en el extremo meridional de la Península, ya no es tanto una provocación a nuestra soberanía, cuanto un atentado a los principios de la Carta y al espíritu descolonizador que tan impetuosamente anima a la comunidad internacional».

Alberto Martín Artajo, al que alguien llamó con acierto el canciller de la resistencia, es decir, el canciller del tiempo duro y difícil, en 1952, apuntaba ya, en este orden de ideas y tratando de hacer viable la discusión amistosa con Inglaterra: «Hemos distinguido sabiamente entre la soberanía del territorio y el uso de sus instalaciones marítimas. Lo que nos interesa a los españoles es la reintegración de la Plaza a la soberanía nacional, que ondee sobre ella la bandera bicolor y que sea regida por su legítimo Ayuntamiento. Lo demás, es decir, las instalaciones marítimas, son bienes cuya explotación acaso conjunta o bien arrendada por un tiempo puede ser negociado con Inglaterra.»

En 1957, ya en la O. N. U., Martín Artajo decía en su discurso ante la Asamblea General: «La punta Sur de la Península ofrece ejemplo de una de esas anacrónicas supervivencias a la que nuestro país presta dolorida atención. El gobierno español, celoso tanto de su derecho imprescriptible como de la paz y el equilibrio universales, confía en el sentido jurídico de la otra parte, que ha de facilitar la solución por vía bilateral de este permanente conflicto, sin verse obligada a acudir ante las Naciones Unidas para buscar en ellas el apoyo moral y jurídico que le ofrecen las disposiciones de la Carta.»

Desgraciadamente, esta instancia a las Naciones Unidas se ha producido ya, y ello como consecuencia del planteamiento *ex officio* del problema ante la famosa Comisión de los 24, que se ocupa de los asuntos referentes a territorios no autónomos.

Fernando María Castiella, en su discurso ante la XVIII Asamblea General, de 24 de septiembre de 1963, decía: «Tenemos un problema colonial limitado, pero grave... (un) cáncer que perturba la economía de nuestra región Sur y se nutre exclusivamente a su costa.»

Por su parte, Jaime de Piniés, en su informe ante la mencionada Comisión, afirmaba que la misma incluyó en su agenda de trabajo el tema de Gibraltar, no porque España lo reivindicara, sino porque la Roca es un territorio colonial, reconocido expresamente por Inglaterra, que ha venido enviando a la Secretaría General de las Naciones Unidas la documentación pertinente que se exige a los Estados miembros cuando de tal clase de territorios se trata.

Piniés, en su brillante informe, ponía de relieve cómo Gibraltar no puede vivir sin su Campo, compuesto por los municipios de La Línea, Tarifa, Algeciras, Los Barrios y San Roque, de los cuales se lleva hasta el agua que los 26.000 habitantes del Peñón necesitan y ni que decir tiene, su población obrera. En Gibraltar no hay prácticamente industria, ni pesca, ni agricultura, no hay más que la nómina de la Administración militar inglesa, el tráfico ilegal de divisas y el negocio ilícito a través de las ciudades vecinas. En Gibraltar la vida es imposible; la claustrofobia asfixia a los que allí moran y necesitan biológicamente salir a la zona circundante para desentumecer las piernas.

El Jefe del Estado español se ha ocupado de Gibraltar en diversas ocasiones. Veamos las más importantes y significativas:

En 1950 (al periódico *Arriba*, mes de diciembre): «Ni la retención de Gibraltar es un timbre de honor para la Gran Bretaña, dada la forma insólita en que se ocupó, ni su menguada eficacia para las conflagraciones modernas puede compararse al valor de la amistad española para el futuro... Hoy es toda España el territorio de verdadero valor... respaldado por una nación en orden.»

En 1951 (al *Daily Mail*, mes de mayo): «Lo que en Gibraltar puede mirarse por los ingleses como una curiosidad histórica es, sin embargo, para los españoles un hecho siempre vivo, que para ellos no prescribe.» (Y al *Sunday Chronicle*): «que los ingleses se imaginen lo que pasaría si (un) puerto o territorio inglés estuviera ocupado por una base española.»

En 1956 (28 de enero): «Creo que se pueden encontrar fórmulas que permitan armonizar las necesidades que Inglaterra todavía puede sentir en el orden naval con la restitución de la soberanía de Gibraltar a la nación española.»

En 1959 (30 de abril): «La vuelta al seno de la Patria de aquel trozo de nuestra nación no sólo no será causa de daño para los naturales, sino que garantizará los intereses legítimos de su población.»

Creo que la postura española podría sintetizarse así: Devolución de Gibraltar a la soberanía española; declaración de puerto franco y arrendamiento a Inglaterra por un plazo a convenir de las

instalaciones navales.

Para un diálogo en cuestión tan espinosa no puede pedirse mejor postura de arranque. Pero, ¿cuál ha sido la actitud de los otros, de la otra nación interesada en el problema ?

Yo os lo diré: con alguna excepción, silencio o sorna. Con alguna excepción, como la de Cobden que clamaba: «Inglaterra tomó posesión del peñón sin hallarse efectivamente en guerra con España, y lo retiene actualmente contra todos los principios de la moral.» Pero con éstas y otras, muy pocas, excepciones, el silencio o la negativa.

Para el pueblo inglés, ha escrito Thomas Gibson, fuera de las islas británicas no existe territorio alguno en todo el planeta que tenga más importancia ni sea tan valioso como Gibraltar (pues) representa a la vez que la gloria del pasado, su fuerza del presente y la seguridad del porvenir.

Su pérdida, dice Ablot (en *Introduction to the documents relating to the international status of Gibraltar*, Nueva York, 1934), representaría un golpe tal para la moral y el prestigio de la nación que pocos o ningún gobierno podrían resistirlo.

En idéntico sentido, pero ahora con tono oficial, las propuestas españolas han merecido estas sencillas y categóricas contestaciones: En 1959 (17 de abril) ante una interpelación hecha en el Parlamento, sobre Gibraltar, replica el Subsecretario de Colonias, Julián Amery: «No se trata de que consideremos ninguna modificación en el Estatuto de Gibraltar»; en 1961, en el curso de otro debate, el diputado laborista Wyatt se expresó así: «Creo que el general Franco tiene pleno derecho a Gibraltar, pero tengo confianza en nuestra fuerza para oponernos a su pretensión».

Con más desparpajo lo había dicho ya Sir Alexandre Godley: «De España no tiene Gibraltar nada que temer.»

Ya lo sabéis, españoles. Mientras, Inglaterra no ha dejado de moverse en el interior de Gibraltar, modificando ligeramente su *status* jurídico-administrativo. Sin dejar nunca de ser *Crown Colony*, se la dotó de Ayuntamiento en 1921, y en 1950, ascendiéndola un grado en la rigurosa jerarquía colonial, y equiparando el Peñón a Tanganika, se estableció un Comité Ejecutivo y otro legislativo. Más recientemente, y con ocasión del debate en las Naciones Unidas, se ha solicitado por los ingleses un plebiscito, olvidando que el tema del Peñón no puede sustraerse a su Campo, que los que pernoctan en Gibraltar, salvo las fuerzas armadas, son ingleses de pasaporte y de última categoría a los ojos de la propia Inglaterra, y que de admitirse la petición se incitaría, para ganar las votaciones, a expulsar a los naturales —como se hizo con los linajes del Gibraltar auténtico, refugiados en San Roque— para poblar la zona con extraños. ¡Bonita manera de cosechar votos e inhumar la vida!

* * *

Pero, ¿qué hacer ante el silencio, la sorna o la negativa ? Castiella, que en 1941 escribía: «quizá no haya a estas alturas solución pacífica viable para el problema de Gibraltar», vislumbra esa posible solución pacífica, cuando ya investido canciller ha proclamado ante la O. N. U. que para resolver la cuestión «solamente nos hemos cerrado un camino: el de la violencia», sin duda, porque como ya había dicho el Jefe del Estado, «Gibraltar no vale una guerra».

Ahora bien, si Gibraltar, ciertamente, no vale una guerra, es decir, la violencia armada para recuperar lo que es nuestro, lo que nos pertenece y nos fue arrebatado, no hay razón alguna que nos impida tolerar la situación de colonijaje en que vive, en cierto modo, la zona del Campo de Gibraltar y la nación entera.

Si en aras de la buena voluntad —decía Piniés en su informe— el gobierno español ha tratado de poner sordina a la justa irritación de nuestro pueblo, la verdad es que este acogotamiento de la indignación nacional no ha conducido ni ha servido para nada, como no sea que se intente aguar nuestra rebeldía y nuestro patriotismo.

Yo recuerdo aquella manifestación universitaria de proporciones gigantescas en Madrid,

Recoletos y Castellana arriba, pidiendo y exigiendo la devolución de Gibraltar, y recuerdo también a la policía armada disolviendo a los manifestantes ante la embajada inglesa. Aquello no ha vuelto a producirse. Había demasiado temor y demasiados intereses en juego. Pero os aseguro que la juventud universitaria española, que estaba dispuesta y que había sido predispuesta, sufrió una decepción muy amarga; y es que hay sentimientos sagrados con los cuales no se puede jugar con infantil alegría.

La situación, ha dicho Piniés —fijaros que utilizo textos oficiales— no puede continuar. El Sindicato de trabajadores españoles de Gibraltar, la posibilidad de instalar un puerto franco en Algeciras, la acción de nuestra juventud necesitada como nunca de horizontes e ideales, la restitución del famoso día de Gibraltar, que celebraron nuestras Organizaciones Juveniles, la represión del contrabando a que antes hicimos referencia ¿no serían armas que sin llegar a la guerra y que respaldando la acción diplomática de nuestro gobierno, obligarían al usurpador a devolver lo que hace tiempo nos debe? (*Aplausos.*)

Esta es nuestra política, nuestra gran política, a la que tendríamos que supeditar muchas cosas accidentales y superfluas.

Nuestra Reina católica, ante el Notario don Gaspar de Gricio y los siete testigos que entonces exigía la Ley para otorgar testamento abierto o nuncupativo y que, simbólicamente, como dice mi ilustre compañero Francisco Gómez Mercado, representaban al pueblo español de todos los tiempos, expresó su voluntad decidida y solemne : «mando a ... mi hija ... e al ... Príncipe ... e a los Reyes que después de ella sucederán en estos mis reinos, que siempre tengan en la Corona e Patrimonio real dellos, a la ... ciudad de Gibraltar, con todo lo que le pertenece y no lo den ni enajenen, ni consientan dar ni enajenar, ni cosa alguna della».

Si el hecho de que poseyera esa Plaza un grande de España —agrega Gómez Mercado— era ya un menoscabo de la nacionalidad, ¿cómo consentir que se halle en poder de un pueblo extraño?

Tal ha sido la línea del pensamiento tradicional y revolucionario que hoy recoge el Movimiento político nacional.

Vázquez de Mella afirmaba: «Nuestra soberanía está limitada y enfeudada. No se trata sólo de la plaza de Gibraltar, se trata de la soberanía sobre el Estrecho de Gibraltar. Hoy los Estados no son nómadas... tienen un territorio fijo y todo Estado completo que lo sea de veras tiene derecho a que ningún otro Estado lo sojuzgue en todo o en parte, a que ningún otro Estado haga actos de soberanía y de jurisdicción en aquello que es el patrimonio territorial suyo. (Pues bien) Inglaterra ha negado, ha mutilado, ha sometido, ha sojuzgado a mi Patria, ha deshecho su historia y ha roto sus ideales.» «Yo aspiro, decía el gran orador, a la soberanía del Estrecho y a la integridad territorial que nos niega Inglaterra; la norma en mí, no es el odio; son los intereses geográficos y la integridad de mi Patria.»

Y José Antonio, en el debate celebrado en el Parlamento de la II República, el 2 de octubre de 1935, sobre política internacional, decía: «España... debe considerar si hay de por medio un interés español; y no hay ninguno en defender al imperio inglés, al que no debemos nada. ¿Tendré que hacer pasar por vuestro espíritu el recuerdo de Gibraltar?»

Francisco Franco, recogiendo esta triple incitación histórica, la de Isabel, la de Vázquez Mella y la de José Antonio, se pregunta: «¿Cuál fue el primer acto político de los Reyes fundadores de nuestra nacionalidad? El de preparar la unidad de España; y hasta en los últimos momentos, cuando aquella santa reina pone su firma en su Testamento, su gran testamento político, nos da un mandato : el mandato de Gibraltar.»

Esta es la gran verdad, nuestra gran verdad, viril, incallable, que ninguna sordina puede asfixiar. Ya sé que hay muchos prudentes que preferirían que el tema se guardase en el armario. Ya sé que habrá quienes ahoguen su indignación con el pretexto de la paz, de los intereses comerciales, de la buena armonía entre los pueblos. Pero si todo ello ha de producirse con mengua de la justicia, con quebranto grave de la dignidad, entonces no merecemos otra cosa que la sonrisa benévola o el desprecio.

Bien lo decía nuestro Vázquez de Mella con palabras duras pero inolvidables. «Cuando un

tirano pone su planta sobre la cerviz de su víctima, y ésta no forcejea y no se revuelve para combatir y libertarse del opresor, sino que le besa la planta que le oprime, entonces tened por seguro que allí ha muerto un cuerpo y. antes ha muerto un honor.» (*Ovación.*)

Tal es nuestra historia, nuestra pequeña y a la vez grande historia de Gibraltar. Os la he contado apasionadamente porque este tipo de historias sólo pueden contarse así. La única historia fría, aseguraban Areilza y Castiella, no hace mucho, al ocuparse del Peñón, es la historia natural; y aquí hablamos no de historia natural, sino de la historia de España.

Yo os he hablado en español, sintiendo hasta la médula los versos de Rubén:

«Yo siempre fui por obra y por cabeza
español de conciencia, obra y deseo
y yo, nada concibo, ni nada veo,
sino español por mi naturaleza.
Con la España que acaba y con la que empieza
canto y auguro, profetizo y creo.»

Por otro lado, creo que es llegada la hora de romper la sordina y de que pongamos en práctica y en acción aquello de nuestro ilustre polígrafo don Francisco de Quevedo:

«No he de callar por más que con el dedo
ya tocando la boca o ya la frente,
silencio avises o amenazas miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?»

Son doscientos cincuenta años de espera. La paciencia ha sido larga. Ha llegado el momento de la decisión. Castiella decía en la O. N. U.: «Solamente nos hemos cerrado a nosotros mismos un camino: el de la violencia. Pero nadie entienda por ello que ni en la reivindicación de Gibraltar ni en ninguna otra cuestión que como ésta afecte a los intereses nacionales, vamos a tener debilidad.»

La aclaración era obligada y urgente. Ya el marqués de Pozobueno, el encargado por Felipe V de gestionar en Londres la devolución de la plaza, advertía: «No les usemos un trato tan obligante y halagüeño como hasta ahora, pues siempre lo interpretarían como un obsequio y sumisión», (por ello) sin deponer la afabilidad de buenos amigos, la acompañaremos siempre con un estilo y con los modos de lo que puede llamarse gravedad española.»

Si Gibraltar, la roca, el peñón, sigue siendo, como decía Manuel Aznar, honor y deber de los españoles. España, en frase de Fernando María Castiella, silenciosa, compacta, firme, erguida, espera liquidar esta vieja cuenta que tiene pendiente con el Reino Unido.

Nunca se les deparará a dos hombres la posibilidad de poner en ejercicio, desde los altos puestos que hoy ocupan, embajador de España en las Naciones Unidas, y ministro español de Asuntos Exteriores, lo que predicaron y exigieron como simples españoles.

¡Que vuestra voluntad no flaquee y que Dios os bendiga! ¡Arriba España! (*Prolongada ovación del público puesto en pie.*)

MÍSTICA Y POLÍTICA DE LA HISPANIDAD

Excelentísimos e ilustrísimos señores, señoras y señores :

La Hispanidad es un vocablo de uso corriente entre nosotros, y hasta se atisban o vislumbran de un modo confuso, al pronunciarlo, algunas de las ideas que en el vocablo se esconden y contienen. Hoy, la Hispanidad circula como una moneda de valor y cuño conocidos. Pero a nosotros, ahora y en este momento, nos incumbe algo más que recibir la moneda, examinarla superficialmente y dejarla correr en el mercado. Desaprovecharíamos con estúpida frivolidad esta ocasión que la Providencia nos depara si no intentáramos —con la impresión de riesgo que la aventura implica— retirarnos con esa moneda a nuestro estudio a fin de considerarla con atención y minuciosa simpatía, de repasar, despacio y con amor, las honduras y el perfil de sus relieves, de recitar con pausa sus orlas y leyendas y de entrañarnos en su hechura para conocer con detalle su ingrediente y la ley que norma y preside su íntima aleación.

¿Cómo y cuándo se ha elaborado y construido la *doctrina* de la Hispanidad? ¿Cuáles son sus *principios* ideológicos? ¿Cuál es la empresa, el programa, el quehacer de la Hispanidad?

Porque, ciertamente, nosotros no hemos inventado la Hispanidad. Nos hemos limitado a bautizarla, a darle un nombre. Monseñor Zacarías de Vizcarra, Obispo Consiliario general de la Acción Católica Española, fue el feliz descubridor de la palabra. Y Ramiro de Maeztu, uno de sus teóricos y expositores, el que la propaga y vulgariza. Pero la Hispanidad estaba ahí. Nosotros no la hemos edificado ni constituido. Nos hemos limitado a declararla, a proclamarla, a quitar los velos que la cubrían. Nos ha sucedido con la Hispanidad aquello que acontece con los astros y con los dogmas. No son nuevos, no nacen de la noche a la mañana. No se crean, ni se inventan cada día.

El astro está en su sitio, girando en su órbita desconocida para nosotros, hasta que llega un instante en que la triple concurrencia de un observador agudo, de un tiempo bonancible y de un instrumento hábil señalan, con precisión y exactitud, la diáfana presencia de la antes ignorada criatura sideral.

El dogma, igualmente, está embebido, navegando en el tesoro de la Revelación tradicional y escrita, vagamente percibido, expuesto a los choques de la discusión y la disputa, hasta que, agudizada la perspectiva histórica y asistido por la infalibilidad prometida cuando se trata de los graves asuntos que atañen a la fe, el Romano Pontífice declara la verdad que, sopeña de herejía, deben aceptar y creer los hijos de la Iglesia.

Los mismos contradictores de la Hispanidad, los de dentro y los de fuera de nuestra dimensión geográfica, han contribuido, sin saberlo, a aclarar sus contornos. La reciedumbre y agresividad de sus ataques nos revelaba que había algo de peso que atacar, y como reacción y contraste, aquello que insultaban, menospreciaban y zaherían atrajo la curiosidad de muchos; al principio con las precauciones y cautelas de algo que se reputa vergonzante y prohibido y, al fin, con el ímpetu, el entusiasmo y la generosidad de una causa que se estima grande y bella a la vez.

Fue así cómo una generación, luego conocida como la generación de la esperanza, pudo tener la sensación, espiritual y física, de que una entera y prolija comunidad humana había vivido en la plenitud de la Hispanidad. La Hispanidad comenzó a percibirse cuando, por paradoja, empezó a retirarse, cuando dejó de vitalizar el conjunto, y ello por la sencilla razón de que, al igual que el hombre, las colectividades tienen un sistema nervioso que acusa la incomodidad y la falta de salud.

Estamos en el camino de retorno, enfermos, sí, pero con la ilusión rejuvenecida y alimentada por el tesoro de la experiencia. Esa experiencia, necesaria siempre, que curte a los hombres y a las sociedades, que les da un cierto sentido para discernir y ponderar, nos ha revelado ahora, de un modo clarividente, que nuestro error, el error grave y colectivo, no fue otro que asociar la quiebra del Imperio a la quiebra de la Hispanidad, es decir, de los principios ideológicos que la habían estructurado en el curso de tres siglos de amorosa convivencia. No fuimos capaces de percibir que el Imperio —aquel Imperio sin imperialismo, como alguien ha estampado con letras de

molde— era tan sólo una fórmula política, un expediente pasajero, contingente, susceptible de mudanza y de cambio, sin que por ello padeciera la Hispanidad.

La Hispanidad era lo permanente, el espíritu con fuerza y energía creadora y fecundante, capaz de corporeizarse, de hacerse visible y operar a través de esquemas distintos. Estimamos que al devenir insuficiente e inservible la fórmula; también lo sustantivo se encontraba en liquidación, y con infantil alegría emprendimos la subasta.

De otro lado, no supimos tampoco caracterizar y calificar el hecho doloroso de la separación. Creímos que las Providencias emancipadas hacían, con el gesto independiente, una manifestación tajante, definitiva y pública de repudio a la España materna y progenitura que, cubierta de luto, lloraba la incompreensión de sus hijas, cuando la realidad era que la España de comienzos del xix era la hija mayor que había desfigurado su rostro, la «vieja y tahúr, zaragatera y triste» que dibujara Antonio Machado y que repelía a la más noble juventud de América. Las provincias españolas de América y de Asia, Hispanoamérica y Filipinas, repudiaron a esa España en metamorfosis que se había traicionado a sí misma, pero no repudiaron a la Hispanidad. Más aún, por ser fieles a la Hispanidad, por entender que la España de su tiempo no respondía a las exigencias ideológicas del mayorazgo, se hicieron independientes y soberanas. No fue la Enciclopedia, ni un afán de mimetismo —aunque todo ello tuviera su influjo—, lo que produjo el parto de veinte naciones en la configuración política del universo. Fue un proceso desintegrador, incubado y desarrollado exclusivamente de puertas para adentro, la lucha entre el absolutismo centralizador de la monarquía borbónica de signo francés y el régimen tradicional criollo de los Cabildos abiertos y de los Congresos generales; y aunque después el alejamiento de la Hispanidad se generalizara —que no fue vano el grito suicida de «¡Libertémonos de nuestros libertadores!»—, lo cierto es que la Independencia fue desgajamiento de España y afirmación de Hispanidad.

La España oficial, el equipo dirigente de la Nación, había renegado de los valores que nos engendraron a la existencia histórica. Ya el 30 de marzo de 1751, el Marqués de la Ensenada escribía al embajador Figueroa: «Hemos sido unos piojosos llenos de vanidad y de ignorancia.»

De aquí al análisis exacerbado y punzante de los hombres del XIX no había más que un paso. Como escriben Areilza y Castiella en su magnífica obra *Reivindicaciones de España*, la postración nacional, subsiguiente a la Independencia y emancipación americana, se halla atravesada por un río caudaloso de hipercrítica afrancesada y liberal que se suma satisfecha a la tesis de la «leyenda negra», que comparte, saboreándolos, los puntos de vista de nuestros enemigos y que asienta y consolida la tesis de la decadencia española como algo fatal e inherente a la nación.

Cuando llega el año del desastre, cuando es preciso, ante la pérdida de Cuba y Filipinas, recoger la bandera y apretar los dientes, exclamando con versos del poeta Ramos Carrión:

«Hoy desmayada y triste
con humildad se pliega:
amarilla de rabia
y roja de vergüenza»,

España se hunde en una atmósfera de hastío y de fatiga. Hay como un dolor amargo, como una temperatura alocada y febril que hace, en su delirio, bancarrota de valores. Todo se ha vuelto triste y feo. Se diagnostica, con náusea, de nuestra Historia y de nuestro presente. Para Unamuno, «los pueblos de habla española están carcomidos de pereza y de superficialidad». Baroja asegura que América y el catolicismo son las dos trabas que habían entorpecido la grandeza de España. Costa propone que se cierre con dos llaves el sepulcro del Cid, y Cánovas, el restaurador, comentando, a su modo, la Constitución de 1876, afirma con sarcasmo y con burla que «son españoles... los que no pueden ser otra cosa».

¿Cómo sorprendernos, pues, ante esta condenación brutal de nuestro pasado histórico, de aquellas generaciones hispanóforas y positivistas que subsiguen a los libertadores de América? ¿Cómo admirarnos de los insultos de Sarmiento y de la frase terrible del ecuatoriano Francisco

Eugenio de Santa Cruz y Espejo: «Vivimos en la ignorancia y en la miseria» ? ¿Cómo extrañarnos de aquel grito : « ¡Despañolización!», que formula el chileno Francisco Bilbao, o del ímpetu soñador de Luis Alberto Sánchez, que quiere «hacerlo todo de nuevo, y todo sin España» ?

Hoy, el transcurso del tiempo, la serenidad y la pausa de la investigación y el acontecer histórico nos permiten asignar a ese conjunto histórico y dramático de vejaciones y denuestos su alcance limitado.

Si en un principio los hombres que presentían la Hispanidad podían sentirse irritados e increpar a los enemigos como se increpa a Calibán, el monstruo shakesperiano: «te doy el don de la palabra y con ella me maldices», en la hora presente os habéis dado cuenta, vosotros los hispanoamericanos, de que «hablar mal de los conquistadores —como ha dicho el uruguayo José Enrique Rodó— es hablar mal de vuestros abuelos, porque más tenéis vosotros de tales conquistadores que aquellos que permanecemos en la Península»; y nos hemos dado cuenta, nosotros los españoles —como escribe Ramiro de Maeztu—, que al fin y al cabo es preferible que nos insulte un hombre de Hispanoamérica a que nos adule Mr. Taft, porque cuando alguno de vosotros nos insulta, nos insulta porque nos quiere, porque, a despecho de sus palabras, le hierve la sangre española, le duele España y quisiera transfundirla y rehacerla a imagen y semejanza de su ideal.

¡Bien venido sea el dolor si es causa de arrepentimiento! Porque hay un dolor que naufraga en la angustia y que termina en la tragedia suicida del nihilismo. Pero hay también un enfoque cristiano del dolor que nos refugia en la eternidad, que nos hace humildes, que nos purifica y eleva, que nos devuelve y retorna la voluntad de vencer, con un firme y definitivo propósito de la enmienda.

Nosotros no detestamos el dolor de los hombres que vivieron la amargura del desastre. Lo que repudiamos en algunos es el derrotero espiritual y político de su dolor, el ver tan sólo «una España que muere y otra España que bosteza», el no descubrir, como Rodó, la España niña, la España núbil que aguarda la hora propicia de enviar al mundo el mensaje nuevo de su eterna y vigorosa juventud.

Por eso, porque en mi Patria hubo una alegre y heroica juventud que creía en la España núbil, porque alguien dijo, frente al sarcasmo de Cánovas, que «ser español era una de las pocas cosas serias que se podía ser en el mundo», porque no creímos en la decadencia que es fruto de una enfermedad interna, sino en la derrota por imperios rivales; porque entendimos que es estúpido dar la razón a los vencedores por el hecho simple de su victoria; porque hay una diferencia clara entre los vencidos después de la lucha y los cobardes que de la lucha desertan, nos pusimos en pie dispuestos a romper para siempre las dos grandes losas que angustiaban la vida de la nación : por abajo, la losa de la injusticia social, y por arriba, la falta de un sano y auténtico patriotismo. Aspiramos a empalmar el ayer con el mañana, a fundir lo social y lo nacional bajo las exigencias religiosas, y a aupar a España buscando su esencia y su quehacer histórico, porque, como reza un himno: «del fondo del pasado nace mi revolución».

Mas no creáis que aquella etapa de la amargura y del cansancio se presenta tan oscura y sombría. Un instinto casi irracional pugnaba por abrirse paso en una atmósfera saturada de reservas. A su conjuro, las naciones de nuestra común stirpe se sabían hermanas, compañeras de un destino unánime, personajes de igual categoría en una empresa universal y humana.

En la vía próxima de la auscultación, acercando el oído al aliento popular, estaba claro que una misma lengua permitía comunicarse y entenderse a los hombres que vivían del norte al sur y del este al oeste de aquella dilatada vastedad. Andrés Bello, el insigne venezolano, entiende que frente a todo separatismo lingüístico, «esta unidad de lengua hay que conservarla celosamente, como el vínculo inmortal de España con las naciones de América que de España descienden, como un medio providencial de comunicación y un vínculo fraterno entre las naciones de origen hispano». Por esta razón, Andrés Bello, al escribir su *Gramática castellana para americanos*, emula la misión de Antonio de Nebrija y, siguiendo su pauta, el argentino Amado Alonso, el venezolano Rafael María Baralt y los colombianos José Eusebio Caro, Rufino José Cuervo y Mario Fidel Suárez, con plenitud de facultad y de derechos, legislan acerca de nuestro idioma. José Martí, artífice de la independencia cubana, escribe sin ambages: «Buena lengua nos dio España»,

agregando : «Quien quiera oír Tirsos y Argensolas ni en Valladolid mismo los busque..., búsquelos entre las mozas apuestas y los mancebos humildes de la América del Centro, donde aún se llama galán a un hombre hermoso, o en Caracas, donde a las contribuciones dicen pechos, o en Méjico altivo, donde al trabajar llaman, como Moreto, hacer la lucha». Y es que, de una parte, mientras más se estudia el habla crioll, tanto más se convence uno de que muchas voces y giros que en América se estiman de origen guaraní, quechua o araucano, son genuinamente españoles, y, de otra, que siendo patrimonio común el castellano, un giro que nace en Castilla no tiene más razones para prevalecer e imponerse que otro nacido en Lima o en Tegucigalpa.

Se produce así un fenómeno de intercambio y osmosis. Rubén Darío y Valle Inclán popularizan entre nosotros los llamados americanismos. Se fundan, en pleno siglo XIX, las Academias americanas de la Lengua correspondientes de la Española, y en el II Congreso de las mismas, celebrado en Madrid en el año 1956, se reafirma la unidad del lenguaje y, como una prueba de tolerancia y de abertura, se reconoce, admite y legitima el «seseo».

Ese examen de lo auténticamente popular, por encima de la extravagancia y desentrañamiento de las clases más cultas, pone de relieve el origen peninsular del folklore de Hispanoamérica. Como dice Joaquín Rodrigo, la primera música que llega al nuevo mundo es la música popular española: los sones de guitarra, las coplas y los bailes del pueblo; y es esta música la que, al entrar en colisión con la música aborígen, la desaloja en parte de los oídos y de la memoria y en parte se mezcla y se funde con ella. De este modo, la ranchera de Méjico, el merengue de Santo Domingo, el son-chapín de Guatemala, el punto guanasteco de Costa Rica, el joropo de Venezuela, el bambuco de Colombia, la marinera del Perú, la cuenca de Chile, la samba argentina, el yaraví de Bolivia y la guarania del Paraguay, responden a una temática común de ritmo y de armonía y denuncian el aire familiar hispánico. No hay en ellos, como escribe Barreda Laos, ni estridencias ni saltos acrobáticos; hay suavidad y dulzura de abandono. Hispanoamérica, cuando se aparta del snobismo de la moda y baila con su propio sentido, busca la gracia leve del arte y no el automatismo mecánico de los pies; se entrega a la melodía del alma y huye del ruidoso estrépito del «jazz».

En uno y otro lado se conservan, al través del tiempo, las mismas canciones populares. Pedro Massa, argentino, escucha emocionado, a la altura de Baeza, una seguidilla familiar en su patria :

«Me enamoré —jugando—
de una María;
cuando quise olvidarla
ya no podía.»

Y en Santiago del Estero aún se escuchan coplas del cancionero medieval de España:

«Las estrellas del cielo
son ciento doce;
con las dos de tu cara,
ciento catorce.»

¡Cómo admirarnos, pues, de la influencia de Albéniz en los músicos criollos y de la acogida fraterna en la península de vuestras canciones, que repiten sin cansancio de los oyentes las orquestas y los tríos musicales, y que se ponen de moda y se escuchan desde Madrid y Barcelona hasta los cortijos andaluces y los caseríos de Navarra! Es que existe un fondo lírico y musical común adentrado en la conciencia de los hombres hispánicos, los cuales, ante un ritmo concreto, levantan el espíritu, se contagian de alegría o de tristeza, esbozan una sonrisa de humor o empañan los ojos con lágrimas leves y furtivas.

En esa vida diaria y popular, lejos de las urbes abigarradas y cosmopolitas, se conserva profundo y enraizado el sentimiento hispánico de las nacientes soberanías. En los campos

abiertos, en la pampa, en la sabana y en el llano, sobre los corceles que arrancan su linaje de los caballos andaluces que sirvieron de cabaldagura a los hombres de la conquista, los vaqueros de Méjico, los guasos de Chile, los gauchos del Río de la Plata, los llaneros de Venezuela y los *cowboys* de los Estados Unidos, contribuyen, con su anónimo cabalgar, a la extensión de las fronteras.

La estampa airosa del caballo sirve de trampolín para el recuerdo de la conquista. «Después de Dios, debemos la victoria a los caballos», había escrito Bernal Díaz. «A la jineta —asegura el Inca Garcilaso— se ganó mi patria».

Sin duda por ello, Santos Chocano canta la epopeya de los corceles andaluces:

«¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!
Sus pescuezos eran finos y sus ancas
relucientes y sus cascos musicales.
¡No! No han sido los guerreros solamente
de corazas y penachos y tizonas y estandartes
los que hicieron la conquista
de las selvas y los Andes.
Los caballos andaluces, cuyos nervios
tienen chispas de la raza voladora de los árabes,
estamparon sus gloriosas herraduras
en los secos pedregales,
en los húmedos pantanos,
en los ríos resonantes,
en las nieves silenciosas,
en las pampas, en las sierras y en los bosques y en los valles.
¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!»

Todo aquello que sirve de talismán y de piedra de toque para que el alma del pueblo, sin engaño y sin artificio, se manifieste y se desborde, trasluce de inmediato una misma conformación espiritual. Y así, el cine, ese espectáculo de masas, a pesar de la técnica y del respaldo económico de los que han convenido en llamarse países adelantados, no tiene eco y resonancia de taquilla, no desborda las salas de espectáculos, hasta que *Cantinelas*, Sandrini o José Luis Ozores no reproducen la comicidad de nuestros ambientes, hasta que Pedro Armendáriz o Pablito Calvo no representan en la pantalla todo el tramado de pasión y de ingenuidad de nuestros hombres, hasta que María Félix o Carmen Sevilla no dibujan, con su donaire y con su garbo, un modo especial de entender la belleza.

Este transfundo de unidad se palpa cuando lo «nuestro», lo de «todos», tiene que luchar y que enfrentarse con una circunstancia hostil o indiferente. Así, en Nueva York, todos los años se celebra el desfile de los «hispanicos», cuyo contingente más numeroso, los emigrados de Puerto Rico, han hecho del castellano un idioma familiar en la urbe y obligatorio en las escuelas; y en Los Angeles, donde los nietos de mejicanos continúan hablando su lengua de origen, y donde los «espaldas mojadas», al rellenar los cuestionarios oficiales, ponen orgullosamente en la casilla señalada para el país de procedencia, *spanish*, es decir, «hispanico».

Hombres de nuestros países luchan y trabajan en los países ajenos como en el propio. Los reveses de la fortuna o de la política no impelen ni constriñen a una radical expatriación, porque, sobre unas fronteras artificiales, se repite y reproduce el ambiente de familia.

Hay fenómenos que, no obstante afectar de un modo directo e inmediato a una de las naciones que integran nuestro mundo, dan origen en todas ellas a una tensión unánime, profunda y general. La guerra de España, el justicialismo de Perón, el A. P. R. A. del Perú, los movimientos políticos de Belice y el fidelismo cubano son hechos palpables y suficientes que explican, sin aclaraciones ni comentarios, la realidad operante de esta conciencia colectiva de los pueblos

hispanicos.

Esa conciencia colectiva está como traspasada e impregnada de una profunda religiosidad. Los avatares de la Independencia, la ausencia de clero y su falta de ejemplaridad en muchos casos, la instigación y la propaganda de las sectas, el Estado agnóstico o beligerante en la persecución y la escuela laica, no han sido capaces de arrancar el sentido católico romano de nuestros pueblos. Aunque es verdad, como alguien ha dicho, que son muchos los hispanicos que no acuden a las iglesias, la realidad es que, en su inmensa mayoría, en su unidad moral, viven en la Iglesia y se saben miembros de su mística corporeidad.

Por mucho que se haya intentado identificar a la Iglesia con la antigua Monarquía española, dando a entender que era patriótico luchar contra ambas, lo cierto es, como demuestra Richard Patte, que la Independencia de las naciones hispanoamericanas nada tuvo que ver con la Iglesia como tal; no hubo entonces, durante las jornadas difíciles y turbulentas de la emancipación, ni un sólo caso de anticlericalismo ni de hostilidad a la Iglesia, y el mismo Bolívar, en sus consejos, tantas veces, por cierto, desatendidos, dice textualmente: «Me permitiréis que mi último acto sea el recomendaros que protejáis la santa religión que profesamos y que es el manantial abundante de las bendiciones del cielo.»

Entre esas bendiciones, aquella que ha servido para mantener esa confirmación católica del Continente americano de origen español, ha sido, sin temor a dudas, la devoción a la Virgen. Bajo el signo de María se descubre América. La jornada memorable del descubrimiento estaba ya bajo el dulce y amoroso patrocinio de la Señora; y como si ello no fuera bastante la misma Señora alzó en aquella mañana todo un mundo nuevo, arrancado de las tinieblas de lo desconocido, para elevarlo aún más alto en el trono de su reinado maternal.

Bajo el signo de María se fundan las ciudades como La Paz, La Asunción o Nuestra Señora del Buen Aire, se bautizan ríos y ensenadas, se erigen escuelas y universidades, y en la roca del Tepeyac se aparece nuestra Madre al indio Juan Diego, se dibuja y reproduce en su tilma y, como queriendo refrendar desde la altura la Hispanidad naciente, le habla al indio en castellano e inunda su mantón, cuando el Obispo Zumárraga le exige las pruebas del prodigio, con un manojo fragante de rosas de Castilla.

María deviene así la *Regina Hispaniarum Gentium*. El Gobierno independiente de Caracas jura defender, como lo habían hecho tantos municipios españoles, el privilegio de la Concepción Inmaculada de la Señora, y la Señora, bajo las bellas y emotivas advocaciones de Lujan, del Carmen y la Aparecida, de la Caridad del Cobre, de la Alta Gracia, de Caacupé, de Copacabana, de Chiquinquirá, de Coromoto, de Suyapa, del Carmen, de la Merced, es proclamada Patrona Celestial de los países soberanos e independientes de Hispanoamérica.

Este fenómeno de la unidad, lleno de vida y palpitación, no podía por menos de conmover y subyugar a quienes en América, España y Filipinas advenían a la cultura libres de prejuicios y con lealtad, valor e intrepidez bastantes para hacer tabla rasa de los mismos. Ellos son los que integran esa generación de la esperanza a que antes aludíamos, una generación cuya perenne fidelidad nos asegura, para un futuro quizá próximo e inmediato, un trueque de rótulo y bandera. Porque la esperanza, como la fe, en frase de San Pablo, son virtudes para la dureza, la austeridad, la zozobra y la incertidumbre del camino, y siendo la caridad la virtud que permanece a la llegada, cuando la unión y la entrega se consuman, nos es lícito entender que a muchos de estos esforzados caballeros de la Hispanidad, entrevistados por la mirada soñadora de Maeztu, cabrá en suerte la providencial tarea de tejer y edificar, con su amor y su talento, la comunidad de los pueblos hispanicos.

En esta línea de pensamiento, al proyectar sin celajes la mirada sobre el tremendo episodio de la conquista y del trasvase subsiguiente por España a los pueblos de América del tesoro envidiable de la cultura cristiana y occidental, que otros países europeos, por contraste, guardaron con celo para sí, se multiplican las frases, los párrafos, las estrofas, los libros de admiración, de agradecimiento y de sorpresa.

En Ecuador, Montalvo no vacila en decir: « ¡España! Lo que hay de puro en nuestra sangre y de noble en nuestro corazón, de claro en nuestro entendimiento, de ti lo tenemos, a ti lo debemos. Yo, que adoro a Jesucristo y que hablo la lengua de Castilla, ¿cómo habría de aborrecerla?» Y

Benjamín Carrión estampa sin miedo esta frase tan bella: «España, que nos hizo la visita de las carabelas, nos dejó la herencia de la cruz y la lengua, la lealtad, el honor y la aventura.» Y José Rumazo, el poeta de hoy, escribe: «Recordada en la sangre, España mía.»

«Renegar de España, el punto de partida —escribe el argentino Manuel Ugarte—, es edificar en el viento.» «España —dice el también argentino Julio Soler Mira-lies— nos ha dado la concepción del hombre cabal. Por ello y porque nos ha dado aquello que vale más que la vida, que es el estilo y la fe, que Dios la bendiga.» Y hasta el propio Juan Domingo Perón, hubo de afirmar: «Si la América española olvidara la tradición que enriquece su alma... y negara a España, quedaría instantáneamente baldía.»

«Si hemos de mantener alguna personalidad colectiva —argumenta el uruguayo José Enrique Rodó— necesitamos conocernos en el pasado, divisarlo por encima de nuestro suelto velamen y confesar la vinculación con el núcleo primero. Sólo así —concluye— tendremos conciencia de continuidad histórica, abolengo, solar y linaje en las tradiciones de la humanidad civilizada.»

«Hemos sido educados en la leyenda negra —grita con ademán airado el chileno Augusto Fontaine Alduna-te— cuando nos son precisas y con urgencia lecciones de hispanidad, es decir, de un modo noble y señorial de ser y de comportarse como hombre.»

«¿Por qué se oculta en las historias oficiales de mi país —nos dice el mejicano Alberto Escalona Ramos— que durante los siglos virreinales Méjico era la capital de un mundo que se alargaba desde Honduras al Canadá?» «¿Es que acaso se quiere —como protesta Vasconcelos con su indignación justificada— que reneguemos de un pasado grandioso, que liquidemos nuestra médula cristiana y española y nos transformemos y convirtamos en parias del espíritu?» «¿Es que se olvida que tan sólo España es —como afirma don Alfonso Reyes— el camino de nuestra América?» «¿Es que acaso España no es la Madre y —como asegura Porfirio Díaz— sigue siéndolo, porque las maternidades no prescriben?»

«Nosotros somos, amigos europeos —dice como en una arenga el nicaragüense José Coronel Urtecho—, la España americana.» «España está en nosotros» —escribe su compatriota Ycaza Tijerino—. «Y nosotros —agrega el colombiano Eduardo Caballero Calderón— salvaremos la levadura española en los pueblos de Hispanoamérica, porque España es como una levadura sin la que el pan puede, desde luego, fabricarse, mas con el castigo casi bíblico de que ni la masa crece ni el pan se degusta.»

España está así como metida en el alma de Hispanoamérica, y son los versos, la expresión más alta y encendida de la belleza, los que se desbordan en rimas subyugantes.

En *Méjico*, Amado Nervo, en su poema «Águilas y leones», escribe:

¡Oh España...!
Los pueblos hermanos que en ti fijos
tienen los grandes ojos, negros, soñadores,
te brindan sus estrellas, sus manos enlazadas,
sus vivos gorros frigos.
¡Somos de raza de águilas y de leones!
Tengamos esperanza.

Y en *Guatemala*, Manuel José Arce y Valladares, en «Los argonautas vuelven», dice:

Y una raza —india, núbil— desgarrada
en la violencia del primer encuentro;
y el abrazo de sangre del mestizo
como tierno maíz al sol granado.

La cruz proliferó las selvas vírgenes,
de sol de fe de España jamás puesto,
y mi sol tropical hinchó de zumos,
de oro y de glorias huevas toda España.

Y en *Panamá*, Enrique Grenzier, grita:

¡Mentira! Tú no estás en decadencia,
noble, gloriosa, bendecida España.
No estás en decadencia como dicen,
estás en gestación cual la crisálida.

Y en *Venezuela*, Andrés Eloy Blanco, en su «Canto a España», casi reza :

Yo me hundí hasta los hombros en el mar de Occidente.
Yo me hundí hasta los hombros en el mar de Colón,
frente al sol, las pupilas, contra el viento la frente,
y en la arena sin mancha, sepultado el talón.
Halla en España mimos y en América arrullos,
¡el mismo vuelo tiendan al porvenir las dos!
y el mundo estupendo verá las maravillas
de una raza que tiene por pedestal tres quillas
y crece como un árbol hacia el cielo, hacia Dios.

Y en *Colombia*, José Joaquín Ortiz, se expresa de este modo:

El recuerdo de España
seguíanos doquiera.
Todo nos es común: su Dios, el nuestro,
la sangre que circula por sus venas
y el hermoso lenguaje;
sus artes, nuestras artes, la armonía
de sus cantos, la nuestra;
sus reveses,
nuestros también, y nuestras
las glorias de Bailen y de Pavía.

Y en *Chile*, Gabriela Mistral, en «Salutación», amonesta :

Y he dicho al descartado que destiñe lo nuestro
que en español es más profundo el Padrenuestro.
Soy vuestra y ardo dentro la España apasionada
como el diente en el rojo millón de la granada.
Os fue dada por Dios una virtud tremenda:
el ganar el botín y abandonar la tienda;
perder supieron sólo España y Jesucristo,
y el mundo todavía no aprende lo que ha visto.

Y en *Argentina*, Ignacio B. Anzoátegui, en «Distancia y presencia de España», proclama:

Presencia

del cielo de España
que puso una cruz en el cielo,
para que la ausencia
tuviera un poco de España y de anhelo.

Y en *Paraguay*, José Antonio Bilbao, en «Soneto a España», se emociona:

Tú, madre España, patria antigua, gozas
tu piel de mar a mar bien extendida
—camino de tu sangre y de tus rosas—
estás con sangre a nuestra piel cosida.

En *Filipinas*, Manuel Bernabé, canta:

Filipinas, la Virgen marinera
salta de una ribera a otra ribera
montante en trampolín de ñipa y caña,
y os trae, como regalos del Oriente,
los dos soles que bailan en su frente:
la fe de Cristo y el amor a España.

Y Claro Mayo Recto, en «Elogio del castellano», nos arenga:

No en vano por tres siglos tus ejércitos
han levantado en mi solar sus tiendas,
y vieron el prodigio de mis lagos
y de mis bellas noches el poema;
no en vano en nuestras almas imprimiste
de tus virtudes la radiosa estela
y gallardos enjoyan tus rosales
plenos de aroma las nativas sendas.
No morirás en este suelo
que ilumina tuz luz; quien lo pretenda
ignora que el castillo de mi raza
es de bloques que dieron tus canteras.

Pero no basta con este cambio de mente. Era preciso que un soplo de primavera llegara hasta nosotros e hiciera florecer en nuestro invierno helado las flores fraternales de una misma esperanza. Fue Rubén, el poeta de los cisnes, las princesas y las crisálidas el que nos trajo el mensaje de las ínclitas razas ubérrimas, el que infundió, al brindarnos la estupenda y melodiosa «Salutación del optimista», energías nuevas para deshacer la farándula deambulante y perezosa de la vida nacional y convertirla en una empresa dinámica, tensa y contagiosa :

«¿Quién será el pusilámine
que al vigor español niegue músculo
o que al alma española
juzgase áptera, ciega y tullida?
Únanse, brillen, secúndense tantos vigores dispersos,
formen todos un solo haz de energía ecuménica.
Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente.
Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros

y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora.
¡Y así sea Esperanza la visión permanente en nosotros.
¡Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!»

Ganivet, en su *Ideario español*, ya había escrito : «*Noli joras ire: in interiori Hispaniae habitat ventas.*» Pero es Ramiro de Maeztu, el convertido, el que había anhelado ir «hacia la otra España», el que escribe, sembrando la fe : «La obra de España, lejos de ser ruina y polvo, es una fábrica a medio hacer, como la Sagrada Familia de Barcelona o la Almudena de Madrid o, si se quiere, una flecha caída a mitad del camino que espera el brazo que la recoja y lance al blanco, o una sinfonía interrumpida que está pidiendo los músicos que sepan continuarla.»

«El ideal hispánico está en pie y, por mucho que se haga por olvidarlo, mientras lleven nombres españoles la mitad de las tierras del globo, la idea nuestra seguirá saltando de los libros de la mística a las páginas graves y solemnes de la historia universal.»

Este bagaje ideológico y emotivo movilizó a los nuevos alarifes, a los músicos noveles, a los guerreros barbilampiños a continuar la obra interrumpida, la sinfonía inacabada, a encorvarse hasta el suelo, a tomar la flecha y acerarla con precisión para abrirse camino en la fronda y en la maraña de los errores, de las calumnias y las desidias.

Ahí estaban las más recientes interpretaciones de la América española, que era preciso examinar con agudeza y desenmascarar con denuedo.

En primer lugar, la que estima el paso de España como algo advenedizo y extraño que se yuxtapone a la población autóctona y que es preciso sacudir y expulsar con objeto de que aquellas espléndidas civilizaciones vernáculas recobren su vigor y su grandeza primitivos. La América española es una creación artificial, lo que cuenta es Indoamérica, e indigenismo se llama la doctrina redentora que es necesario predicar frente a la opresión de la conquista.

Se utilizan los tópicos conocidos, se montan leyendas con hecatombes de indios pacíficos e inocentes y de tal modo se exagera la nota de brutalidad de los españoles, que Clemente Orozco, uno de los más grandes pintores mejicanos, no ha podido por menos, criticando el indigenismo, que escribir estas páginas humorísticas: «La Conquista no debió haber sido como fue. En lugar de capitanes crueles y ambiciosos, España debió mandar una delegación numerosa de etnólogos, antropólogos, arqueólogos, ingenieros civiles, cirujanos, dentistas, veterinarios, médicos, maestros rurales, agrónomos, enfermeras de la Cruz Roja, filósofos, filólogos, biólogos, críticos de arte, pintores murales y eruditos en Historia. Al llegar a Veracruz, desembarcar de las carabelas carros alegóricos enflorados y en uno de ellos Hernán Cortés y sus capitanes, llevando sendas canastillas de azucenas y gran cantidad de flores, confetis y serpentinas para el camino de Tlas-cala. Y después de rendir pleito homenaje al poderoso Moctezuma, establecer laboratorios de bacteriología, eurológia, rayos X, luz ultravioleta, un departamento de asistencia pública, universidades, *kindergartens*, bibliotecas y bancos refaccionarios... Poner a Al varado, a Ordaz, a Sandoval y demás varones fuertes de gendarmes, a cuidar las ruinas... Aprender ellos mismos los 782 idiomas diferentes que se hablaban. Respetar la religión indígena... Impulsar los sacrificios humanos, con departamento de engorde y maquinaria moderna para refrigerar y enlatar y sugerirle, muy respetuosamente, al gran Moctezuma que estableciera la democracia en el pueblo, pero conservando los privilegios de la aristocracia.»

Pero es que la construcción ideológica de Indoamérica es radicalmente falsa en su base y deletérea además, si de la misma se deducen sus naturales consecuencias.

Es falsa en su base porque, sin perjuicio de los abusos inherentes a toda empresa humana, la médula del quehacer español en América no fue otra que la expansión del Evangelio. La Conquista no fue encomendada a empresas comerciales, provistas de concesiones y privilegios, que asegurasen, en todo caso, rentas ajustadas a la Corona, ni fue tampoco el resultado de una huida de grupos disidentes que buscaban cobijo a su preciosa libertad. La empresa española fue una empresa del pueblo y del Estado, fieles, absolutamente fieles, a la convicción ortodoxa que pliega y subordina los intereses temporales al más alto servicio de Dios y de las almas.

Por esto —y vuelvo a repetir que sin ocultar la existencia de pecados y pecadores—, cuando

Alonso de Ojeda desembarca en las Antillas en 1509, no les dice a los indios que los descubridores pertenecen a una raza superior y distinta, sino que, animándoles, les enseña que «Dios Nuestro Señor, que es único y eterno, creó el cielo y la tierra y un hombre y una mujer de los cuales vosotros y yo, y todos los hombres que han sido y serán en el mundo, descendemos». «Nuestros amigos los indios», repetirán los Reyes de España, y para ellos, para que fueran respetados y amados como iguales, se dicta ese monumento de las Leyes de Indias, que ahí está para gloria de los hispanos y vergüenza de los fariseos que han querido ocultar sus lacras vergonzantes lanzando manotadas de cieno sobre la estampa limpia de la verdad.

Pero la construcción ideológica de Indoamérica no sólo es falsa en su base, sino que es absurda en sus resultados, sobre todo si entre ellos se aspira a buscar estímulos y resortes a la unidad de nuestros pueblos. En primer lugar, países como Argentina, Uruguay y Costa Rica, donde apenas si existen vestigios de la población autóctona, quedarían automáticamente separados del movimiento. Por otro lado, habría que detener el mestizaje, que los auténticos indigenistas han de considerar como producto híbrido, como una yerba malsana que es necesario expulsar o destruir con tanto o con más ahínco que aquellos cuyo color y contextura siguen representando la conquista. Finalmente, conseguidas las metas deseadas y repuesta la situación en el punto de partida, en el instante mismo en que las culturas aborígenes quedaron paralizadas, nos encontraríamos con el espectáculo desesperante de miles de tribus, ligadas tan sólo por el vínculo lugareño, separadas por abismos de incomprensión y de idioma, sin conciencia histórica nacional, entregadas a prácticas y costumbres primitivas y, en muchos casos, despóticas y sanguinarias.

La construcción ideológica de Indoamérica es inadmisibles. Si hay algo en el indigenismo que merece beligerancia y que ha de recogerse con cariño y con amor es aquello que tiene de inquietud por mejorar el nivel de vida de los indios, en demasiadas ocasiones bajo, desolador e infrahumano; lo que tiene de afán por ir agregando a la cultura a las tribus en estado salvaje; lo que tiene de ambición por ofrecerles la posibilidad de ser, como ha escrito Laín, lo que fue en su época y con respecto a los hombres de su raza, el Inca Garcilaso.

Pero esto no es otra cosa que Cristianismo a secas, continuación de esa sinfonía inacabada que hemos llamado la Hispanidad. La que prolongan, ensanchan y continúan los misioneros en las duras avanzadas de los infieles; la que hace de lo español, como escribe el chileno Jaime Eyzaguirre, no un elemento más en el conglomerado étnico, sino el factor decisivo y aglutinante, con fuerza y genio capaz de atarlos a todos, de armonizar las lenguas dispares de Méjico y hacer de Chile, no ya el nombre de un valle, sino la denominación de una vasta y plena unidad territorial.

Si alguna vez hubo desprecio hacia los indios, no fue realmente durante la Colonia, sino en los años inmediatos y subsiguientes a la emancipación. Jamás fueron escuchados de labios peninsulares sentencias tan duras como esta de Sarmiento: «Los araucanos son indios asquerosos a quienes habríamos hecho colgar y mandaríamos colgar ahora»; y jamás, durante la época colonial, se produjo la situación de Guatemala en 1870, cuando el Presidente Barrios anuló e incluso ordenó destruir los títulos de propiedad otorgados a los indios quiche por la Corona de España, aboliendo una situación legal avalada por siglos de existencia y deshaciendo, con daño del país, un orden económico que había traído la paz y la ventura a los indígenas.

Lo que hay de auténtico y de valioso en el indigenismo es patrimonio de la Hispanidad, en cuanto que la Hispanidad tiene un núcleo medular cristiano.

Ramiro de Maeztu, al enfrentarse con el problema «nativista», como se llama en Brasil la doctrina que mantiene la postura indoamericana, ha escrito de modo admirable: «Cuando el azteca culto compare un día la gran promesa que significa la catedral de Méjico, con la miseria, la ignorancia y las supersticiones de muchos de sus hermanos, es muy posible que se le ocurra renegar de la promesa y declararse enemigo de la Iglesia católica. Pero también es muy posible que vislumbre que la obra de la Hispanidad no está sino iniciada, que consiste precisamente en sacar a los indios y a todos los pueblos de la miseria y de la crueldad, de la ignorancia y de las supersticiones. Y acaso entonces se le entre por el alma un relámpago de luz que le haga ver que su destino personal consiste en continuar la obra en la medida de sus fuerzas. Al reflejo de esa chispa de luz, habrá surgido un caballero de la Hispanidad, que también podrá ser un duque castellano, o un estudiante de Salamanca, o un cura de nuestras aldeas, o un hacendado brasileño, un estanciero argentino, un negro de Cuba, un indio de Méjico o Perú, un tagalo de

Luzón o un mestizo de cualquier país de América, así como una monja o una mujer intrépida, porque si un ideal produce caballeros, también han de nacerle damas que le sirvan.»

Pues bien, si la construcción doctrinal de Indoamérica es inadmisibles, no lo es menos la que, volviendo los ojos hacia el norte, defiende la postura panamericana y hace santo y seña de lo que Rodó ha llamado la «nordomanía» y que se conoce con el nombre de panamericanismo. El panamericanismo cuenta con una declaración pública, oficial y solemne en la doctrina de Monroe y con una formulación literaria, hecha desde un campo opuesto, en el mensaje a la América hispana, de Waldo Frank.

El atento examen de las fuentes mencionadas, pone de manifiesto que el panamericanismo parte de dos principios que considera incontrovertibles: que la concepción católica e hispánica es una concepción medieval fracasada y superada en la historia, que la concepción sajona y protestante constituye el nervio del porvenir. Por ello, el panamericanismo pretende la aglutinación de América y la unificación política y cultural del Continente, con arreglo a las normas e instituciones del pueblo norteamericano.

Con dicho fin, y con carácter sucesivo, se han aplicado los sistemas del *big stick* y de la ayuda económica y técnica, y se ha pasado del terreno puramente especulativo al terreno institucional, mediante la creación y perfeccionamiento de la Organización de los Estados Americanos.

En virtud de la política del *big stick*, el balance para las naciones de origen español en América ha sido tan satisfactorio como el siguiente: Los Tratados de Guadalupe y de Gadsden arrancan a Méjico e incorporan a la Unión los estados de Texas, Nuevo México, Arizona y California, es decir, la mitad del territorio patrio; Nicaragua y Costa Rica ven hollados sus puertos y aldeas, en 1853, por las tropas de Guillermo Walker, derrotadas, al fin, en Santa Marta. Cuba y Santo Domingo son ocupadas por el ejército yanqui, quedando intervenida la aduana; Panamá se transforma en república independiente, y los Estados Unidos adquieren la zona del Canal como una concesión perpetua, que viene a ser algo así como el precio que la joven nación americana tiene que abonar para obtener su anhelada soberanía.

De la política del *big stick*, el panamericanismo pasa a la ayuda económica y técnica, que va poniendo en manos de las grandes empresas de los Estados Unidos la «norme riqueza potencial de los países de Hispanoamérica: los bananos, el azúcar, el petróleo, las industrias extractivas, los nudos y sistemas de comunicación y de transporte. No se trata de préstamos a largo plazo para crear riqueza nacional, sino de inversiones absorbentes del patrimonio que monopolizan fuerzas económicas tan hábiles y potentes que, a despecho de las fórmulas, tienen en sus manos la orientación social y política de los partidos y de los gobiernos. La fijación de los precios topes a las materias primas y la libertad de precio para los artículos manufacturados, hace deficitaria la balanza de pagos de muchos países de Hispanoamérica, clientes únicos en el doble juego de la importación y de la exportación de los Estados Unidos.

Pero, como antes apuntábamos, el panamericanismo no se ha limitado a una formulación doctrinal y a un aprovechamiento de las distintas coyunturas para adentrarse en Hispanoamérica. El panamericanismo ha cuajado, además, institucionalmente, en la Organización de los Estados Americanos, cuyo punto de partida corresponde al año 1890, en Washington, y cuya culminación se produce al firmarse, en abril de 1948, la Carta de Bogotá. Durante este lapso relativamente corto de tiempo, el panamericanismo ha dado sus frutos y las naciones americanas de origen español han visto mediatizada, manejada y dirigida desde fuera su política internacional, puesta al servicio de intereses distintos y a veces opuestos a los suyos.

En efecto, como escribe Mario Amadeo, en ningún caso el mecanismo de seguridad colectiva o de coordinación que prevén los acuerdos suscritos por los estados integrantes de la Organización, se ha puesto en marcha para defender puntos de vista que no sean precisamente los de los Estados Unidos. Cuando los Estados Unidos eran neutrales en la segunda guerra mundial, la reunión de consulta de Panamá proclamó la neutralidad más estricta. Cuando los Estados Unidos comenzaron a aproximarse a la guerra, la reunión de consulta de La Habana declaró la solidaridad ante la amenaza exterior. Cuando los Estados Unidos entraron en la guerra, la reunión de Río de Janeiro recomendó declarar la guerra. Cuando los Estados Unidos empezaron a tener dificultades con Rusia, la Conferencia de Bogotá señaló el peligro de la infiltración

comunista.

El panamericanismo ha despertado así una atmósfera de recelo y de resentimiento cada día más agudizado, estimándose, como dice Ycaza Tijerino, que Norteamérica no puede imponer, ni siquiera con el pretexto de la amenaza comunista, a la Organización de los Estados Americanos, al Continente y a las Repúblicas hispanoamericanas, su propio estilo de vida, sus preocupaciones políticas y sus concepciones para la realización planológica de su destino.

La hora del momento es lo suficientemente trágica y desiva para que soslayemos el problema bajo la excusa de la amistad. Precisamente porque nos damos cuenta del papel protagonista que los Estados Unidos desempeñan en la historia del momento y de la responsabilidad cósmica que la Providencia ha querido encomendarle, tenemos la obligación de apuntar los errores que, a la larga o a la corta, pueden redundar en su perjuicio y en perjuicio de la Humanidad.

Tarea de amigos, de amigos sinceros, es la de señalar los fallos, no para recrearse cuando los mismos se cometen, sino para avivar el punto de mira y evitarlos y prevenirlos en el futuro.

Pues bien, constituye un error tremendo y lamentable identificar con los intereses de los Estados Unidos la lucha contra el sistema comunista, de tal manera que cualquier movimiento político, cualquier reivindicación social, cualquier orientación de las corrientes comerciales que se opongá a sus programas deba estimarse que favorece al comunismo.

En primer lugar, los Estados Unidos no han sido siempre los campeones de la lucha anticomunista, ni son, desde luego, los más ejemplares. Durante la segunda guerra mundial, los Estados Unidos fueron aliados de la U. R. S. S., y a la U. R. S. S. entregaron una gran parte de Europa. En Asia cometieron la terrible torpeza de abandonar al ejército nacionalista chino, dejando a merced de la «democracia popular» una inmensa área de territorio y más de seiscientos millones de almas. Y hoy en día, los Estados Unidos protegen y ayudan, militar y económicamente, a Yugoslavia, que vive bajo la dictadura del mariscal Tito, en régimen comunista, aunque este régimen, por circunstancias más bien de tipo personal, no se halle de acuerdo con Moscú.

Yo no voy a entrar en las razones de peso que justifican este proceder de los Estados Unidos; pero quiero afirmar, de un modo rotundo, que pueden existir otras líneas de conducta de signo anticomunista mucho más tajantes y enérgicas, como lo es, a no dudarlo, la que ha seguido y viene manteniendo la política española.

Frente a un anticomunismo de coyuntura, puede existir y de hecho existe un anticomunismo sustancial, fruto de una postura radical y esencialmente hispánica.

Realizar en los países hispánicos una política que menoscabe su personalidad, tolerar o admitir que los pastores protestantes disuelvan nuestra fe, anular el ímpetu y el coraje de los movimientos nacionalistas que pretenden la consolidación política y la superación económica de nuestros pueblos, equivale a seguir una política miope, dando a entender como, sin duda, lo entienden los grupos comunistas, ortodoxos o disidentes —y ahí está el libro de Jorge Abelardo Ramos como prueba—, que determinadas exigencias de justicia, irrefutables o inexorables, pueden conseguirse solamente, únicamente, adoptando una postura opuesta y refractaria a los Estados Unidos.

El panamericanismo es, por consiguiente, rechazable. Implica una desviación de nuestro sentido histórico que desconoce y ahoga la personalidad cultural y política de Hispanoamérica.

No quiere decir ello, claro es, que no sea posible aunar los esfuerzos y establecer, en el esquema mismo de la Organización de Estados Americanos, una atmósfera de convivencia fraterna. Mas para ello es preciso que, de buena gana, lealmente, con hidalga caballerosidad se reconozcan y rectifiquen los errores cometidos, se tracen las coordenadas de una actuación sincera y, sobre todo, exista un equilibrio de poder, de tal modo que no haya, como al presente —y según apunta Humberto Pasquini Usandívaras— algo así como unas acciones preferentes y de voto plural, privilegiadas y de soberanía, en la caja fuerte de los Estados Unidos y otras acciones vulgares, ordinarias, que aseguran un puesto en la Asamblea para hacer bulto y contribuir a la farsa y que están en manos de las naciones de Hispanoamérica.

Pero si son falsas e inadmisibles, como acabamos de demostrar, las construcciones doctrinales del indigenismo y del panamericanismo, no lo es menos la tesis, más hábil, enguantada y sutil que, partiendo de una supuesta filiación espiritual, minoriza la aportación española a la creación de las naciones de Hispanoamérica y habla con desenvoltura y desparpajo de América Latina.

No sólo se ha intentado, por toda clase de medios, arrancar a España la gloria del Descubrimiento de América, acotando y aislando la figura del Almirante para centrar las ofrendas y las conmemoraciones en torno al llamado «Día de Colón», sino que, además, y por añadidura, quiere desconocerse el esfuerzo, el tesón y la energía de más de trescientos años de entrega y sacrificio. Con tal fin, se inventó la frase, hoy vulgar y generalizada, de la América Latina, que muchos de vosotros y de nosotros repetimos haciendo el juego a quienes con interés y con falacia la han puesto en circulación, la han impuesto en las organizaciones oficiales y la han vulgarizado a través de sus medios poderosos de difusión y propaganda.

De acuerdo con su tesis, la noción de Hispanoamérica es incomprensible, porque en la constitución espiritual de las naciones oriundas de España, han intervenido tanto o más que los valores españoles, los italianos y los franceses.

No es posible negar que los valores franceses e italianos, como los alemanes, los ingleses o los eslavos, han producido un acrecentamiento del panorama cultural de los países de Hispanoamérica, pero negamos de una manera categórica que tales valores hayan influido en la constitución de aquellas naciones.

Si éstas —escribe el chileno Oswaldo Lira— son cada una de ellas, las mismas esencialmente que en los momentos de la Independencia —cosa que ningún patriota puede poner en duda sin renegar de sí mismo—, es necesario admitir que la afluencia de valores extranjeros no pudo tener otro alcance que el de un prodigioso enriquecimiento adjetivo del espíritu nacional.

Los valores europeos llegaron a la hora undécima y sus posibilidades de influjo y asimilación se debieron a que, como afirma el peruano Alberto Wagner de Reina, las naciones americanas de origen español habían recibido la cultura de España. Fue esta cultura, forjada al amparo de la cruz y de las cinco declinaciones latinas la que, al convertirse en columna medular de dichas naciones, las hizo capaces de entender y asimilar las otras culturas occidentales.

El argumento de la América Latina se vuelve así en contra de sus defensores. Si en ella hay algo que no sea estrictamente peninsular, algo del espíritu francés, del italiano, del inglés o del germánico, se debe a España, que no dudó en transferir sin reservas el tesoro de su idioma y de su bagaje intelectual.

Hoy, esta verdad, clara y tajante, empieza a ser reconocida por hombres ajenos a nuestro ambiente, y así Jacques de Lauwe, en su obra *L'Amérique Ibérique*, escribe que la misma «constituye un mundo aparte y que es mentiroso el calificativo de Latina que se le atribuye», y Waldo Frank, al que antes hacíamos referencia, escribe que «España está más próxima a América que las corrientes complejas de París».

Por tanto, si los términos Latino-América y América Latina sólo pretenden con torpeza diluir el nombre español en fórmulas amplias y genéricas que den cabida y preponderancia —como apunta Jaime Eyzaguirre— a otras naciones, muy ilustres, pero que estuvieron ausentes en las etapas culminantes de la Conquista y de la Colonia, si dicha terminología supone, como escribe Lohman, una aberración conceptual, debemos con justicia exigir, en nombre de la historia, como pide Oswaldo Lira, y de los principios más elementales de la filosofía de la cultura, que tales denominaciones sean eliminadas y abolidas.

En los ambientes populares, incontaminados por los juegos del idioma, se palpa de inmediato lo artificioso de estas construcciones. «Vista desde Europa —dice Rodó—, toda la América nuestra es una sola entidad que procede históricamente de España y que se expresa en idioma español.» Y apreciada desde dentro está claro, como señala el argentino Enrique V. Corominas, que, no obstante la presión artificiosa de indigenistas, panamericanistas y latinoamericanistas, hay como una fuerza emocional y telúrica que vincula y ata a los pueblos de América en lo español y que los convierte en comunidades de ciudadanos hispanoamericanos.

Toda la argumentación desemboca, pues, en el lógico e indiscutible corolario de que la única denominación ajustada y, a la vez, comprensiva de las naciones americanas que se emanciparon de la Península, es precisamente la de Hispanoamérica o Iberoamérica, bajo la cual se comprende a la América española y a la portuguesa.

Ahora bien, si lo ibérico es algo así como la infraestructura, lo espontáneo, lo étnico y temperamental subyacente en lo español y portugués, y lo hispánico, en cambio, es la alta estructura, la determinación cultural y la forma histórica de lo español y de lo luso, resulta congruente que el vocablo más preciso es Hispanoamérica.

Almeida Garret confirma esta tesis al decir, con harta razón: «Somos hispanos e devemos chamar hispanos a quantos habitamos a península hispánica». En el mismo sentido, Ricardo Jorge dice: «Chámesse Hispana a península, hispano, ao seu habitante onde quer que demore, hispánico ao que lhez diez respeito». Y Miguel Torga, el poeta portugués de nuestro siglo, no vacila en decir que su patria «termina en los Pirineos».

Por su parte, el escritor brasileño Gilberto Freiré escribe que «Brasil es una nación doblemente hispánica, la nación más hispánica del mundo por el hecho feliz de haber tenido, a la vez, una formación española y portuguesa».

Y es que hay algo entrañable que enlaza y complementa a los dos pueblos de la Península, cantados por Camoens en la época de su máxima extensión territorial, con los versos hermosos:

«Del Tajo al Amazonas el portugués impera, de un polo al otro el castellano voga, y ambos extremos de la terrestre esfera dependen de Sevilla y de Lisboa.»

La tradición hispánica pertenece por igual a las dos. naciones peninsulares, como pertenece y forma parte del patrimonio cultural de Hispanoamérica. El secreto consiste en rendir culto a la continuidad, en contribuir con un esfuerzo colectivo a mantener y desarrollar este sentimiento de tradición, en darnos cuenta del fraterno quehacer que se nos brinda, en comprender a fondo aquellas palabras de Menéndez y Pelayo, según las cuales los pueblos no pueden renunciar a la cultura que les es propia, sin mengua de la parte más noble de su ser, sin comenzar una segunda infancia muy próxima a la imbecilidad senil.

Tal es la tarea de nuestra generación y de nuestro -tiempo: dar plenitud de vigencia al ser histórico de las naciones hispánicas. Ciertamente que son muchos los impacientes a los que ahoga y desespera la lentitud, que son muchos los que ambicionan una superación inmediata del estadio floral, pero también es cierto que, con independencia y aún a pesar de las disquisiciones líricas y de las evocaciones sentimentales, nuestra obra está en marcha.

En un mundo industrial y mecanizado como el mundo moderno, la enorme empresa hispánica parece caminar con lentitud, con una engañosa impresión de retraso, mas ello se debe, como apunta Coronel Urtecho, a que la misma no opera, en primer lugar, sobre la superficie de la tierra, modificando los aspectos aparentes de la civilización, sino que trabaja secretamente, como un fermento en las profundidades oscuras de la vida del hombre, en la entraña insondable de las naciones, en el subsuelo de la cultura y en el *humus* fecundante del sentido católico de nuestros pueblos.

En este operar callado, hemos visto aparecer, limpia y recortada, la figura de Hispanoamérica, es decir, de un conjunto de naciones que, por encima y por debajo de su lozana diversidad, tienen el común apellido de hispánicas. Más al occidente de América, el archipiélago filipino, que los españoles descubrieron y civilizaron, constituye una nación de la misma raíz y estirpe. Por último, en Europa, Portugal y España, los dos países ibéricos, peninsulares y fundadores, son también, y por las razones señaladas, sustantivamente hispánicos.

Es decir, que al lado de los hispanoamericanos, existen los hispanofilipinos y los hispanopeninsulares. Todos ellos gozan de la hispanofiliación e integran, por consiguiente, la Hispanidad.

Pero la Hispanidad no es sólo el conjunto de hombres que gozan de la hispanofiliación, ni el marco geográfico y político en que los mismos habitan. Hispanidad es, sobre todo, como apunta Laín Entralgo, un modo de ser o, como nosotros indicábamos al comienzo, el conjunto de

principios vitales que un día cuajaron en un cuerpo político y que hoy, por tener como nunca el más alto grado de vigencia histórica, pueden y deben operar y manifestarse de nuevo.

La diferencia en el *modus operandi* radica, con respecto al pasado, en que en la oportunidad presente, no es España (y Portugal con ella) la nación portadora de tales principios. Si las naciones peninsulares fueron entonces las que infundieron Hispanidad, ahora es el conjunto de pueblos en que la Hispanidad quedó trascendida, los que, de un modo solidario, han de incorporarse a la tarea. No es, por consiguiente, que Hispanoamérica, como han dicho Pablo Antonio Cuadra y Alfredo Sánchez Bella, comience en los Pirineos; es que la unidad de Hispanoamérica procede de España y luego la comprende con el nombre de Hispanidad. Lo hispánico no es, por consiguiente, lo español; la Hispanidad no fluye, en consecuencia, de la España del momento, sino que, partiendo de la España de entonces, mana a través de los pueblos hispánicos y nutre o debe nutrir la corriente del gran Amazonas de nuestro espíritu. La Hispanidad es como una llama que, encendida con la leña ancestral de los olmos, los robles y las encinas de la Península, prende y a la vez se nutre, vigoriza y alimenta —como con bella metáfora ha dicho el uruguayo Alejandro Gallinal— con las maderas y los troncos de vuestros montes y vuestras cordilleras vírgenes.

La España actual es una entre los pueblos hispánicos, tan hija de la España progenitora, como pueden serlo Ecuador o Venezuela. La Madre Patria de que hablan con tanto amor como respeto hispanoamericanos y filipinos, es también la madre de nuestra España, a la que sólo corresponde, por razón de su mayorazgo, la custodia y no la propiedad de los viejos papeles de familia. El centro de gravedad de los pueblos hispánicos, su nivel, no está aquí ni allá, en Europa, en América o en Oceanía, está en aquel grupo de hombres que representen, en cada instante, de un modo más fiel, exacto y preciso, los ideales de la Hispanidad.

Por eso ha podido escribirse desde América que si España dejara de existir, tragada por el mar, o hiciera traición a sus propias esencias hispánicas, la Hispanidad realizaría su propia misión sin España, esforzándose como un primer objetivo en reconstituirla y en rehacerla.

Si la Hispanidad es, por consiguiente, un fluir de vida y exigencias, se equivocan aquellos que la reducen, empequeñecen y esterilizan, confundiéndola con una mera contemplación embobada y narcisista de España en los estratos históricos superados.

La Hispanidad, sin desentenderse del pasado, aspira a trascenderlo con una dinámica permanente, pensando en la España actual y concreta, con sus virtudes y defectos; en la nación filipina, enfrentada en una lucha heroica contra valores extraños a su plasma vital; en las naciones, grandes o chicas de América, pero orgullosas de su destino.

Bajo este punto de vista, la Hispanidad supone una auténtica revolución histórica. Es más que recuerdo, empresa; más que sentimiento, voluntad de fundación. En la Hispanidad ya estamos —escribe Mariano Picón Salas—; lo que nos hace falta es su actuación eficiente; crear —como arguye Sandro Tacconi— un orden hispánico nuevo; dar forma jurídica —como quiere Martín Artajo— al conjunto de naciones hispánicas.

Había, hasta la fecha, como una cierta timidez al llegar a este punto de las conclusiones. Expuesta la doctrina, se estancaba aquí, como temiendo que alguien se escandalizara ante el anuncio de un posible encuadramiento formal de la stirpe hispánica.

¿Acaso HO sería todo ello una argucia, hábilmente tejida, por la España del momento para recobrar su pasada hegemonía? Más aún, ¿acaso no sería la Hispanidad, si se llegaba a tales consecuencias, un artilugio para exportar de contrabando cierta mercancía política que puede no gustar o no ser apta para ciertos ambientes?

Pero hoy, tales reservas, han sido, afortunadamente, superadas. El esquema jurídico en que la Hispanidad cristalice no se encuentra *a priori* al servicio de ninguna hegemonía, sino al servicio perfecto y completo de la Comunidad.

De aquí que hoy se propugne, sin rebozos, dar contenido plástico a la unión de nuestros pueblos y realizar de algún modo —como sea, dice Alfonso Junco— su unidad política. Aunque la Hispanidad postula una actitud frente a la vida y una forma de catolicismo y de cultura, pretende, como señala Ycaza Tijerino, una finalidad política. Por eso, el que no tiene conciencia política no entiende del todo la Hispanidad.

Esta exigencia política de la Hispanidad ha sido y es irrenunciable y permanente. La idea de una comunidad de naciones hispánicas —escribe el uruguayo Carlos La-calle— no ha surgido de pronto ni la han discurrido en torno de una mesa un grupo de doctrinarios, sino que ha sido elaborada desde el día siguiente a la emancipación.

El examen de los años subsiguientes a la Independencia pone de manifiesto dos cosas: de un lado, la nostalgia de la unidad perdida, y, de otro, el anhelo, siempre reiterado, de lograrla.

Sarmiento no vacila en exclamar: «hace veinte años, un habitante de las pampas de Colombia se abrazaba en medio del Continente con otro de las pampas de Buenos Aires, y ya no ha quedado ni un solo vínculo entre los Estados vecinos», y Ugarte escribe «que no es posible regocijarse completamente de una emancipación que, multiplicando el desmigajamiento de los antiguos virreinos en Repúblicas a menudo minúsculas e indefensas, ha venido a sembrar el porvenir de responsabilidades históricas».

La profunda miseria moral de las medianías que hostigaban al genio de América —dice el ecuatoriano Ulpiano Navarro—, el caudillismo montaraz de algunos jefes de Venezuela, la intriga del subsuelo, roedora y terrible, de los libertarios de Bogotá, la ingratitud de los antiguos áulicos del virreinato de los Reyes, la envidia de los estadistas del Plata... fueron parte a que nuestra América, después de la guerra de la Independencia, no se constituyese con la integridad de los territorios patrimoniales.

La Independencia ha significado la disgregación —subraya Mariano Picón Salas— por haber sido realizada traicionando el ideal de los auténticos libertadores. Por ello, si la enfermedad, como asegura D'Ors, se llama nacionalismo, la salud debe llamarse anfictionía.

Y fue, efectivamente, una confederación, una anfictionía, lo que hoy, con términos más exactos, conocemos con el nombre de Comunidad, lo que se buscó incluso antes de que aparecieran los primeros conatos libertadores.

En esta línea, el célebre Francisco de Miranda imaginó, por los años 1785 y 1790, formar, una vez terminada la Independencia, un Imperio Americano que se extendiera desde el Mississipi hasta la Patagonia, con un monarca incaico y sistema parlamentario a la inglesa, que evitara la anarquía en el orden político y la desmembración en el orden geográfico; la Infanta Carlota-Joaquina, hermana de Fernando VII y esposa de Juan VI de Portugal, ofreció desde el Brasil, a los diferentes virreyes y a las diversas Juntas de Defensa hispanoamericanas, una serie de ideas políticas renovadoras que tendían a salvar la unidad supranacional, amenazada peligrosamente por la invasión napoleónica de la Península. José Gregorio Argomedo propuso en Chile, el 18 de septiembre de 1810, un Congreso de todas las provincias de América que habría de celebrarse en el caso de ser derrotada España por los franceses; y el mejicano Lucas Alamán pidió en las Cortes de Cádiz una relativa independencia de las Colonias y una confederación de las mismas con España.

De los libertadores, sabido es cómo José de San Martín sacrificó su presencia en América al logro de la Unidad; O'Higgins, después de Maipú, abogó por ella, y en favor de ella se pronunciaron las Constituciones de la Independencia; e Itúrbide suscribió el Tratado de Córdoba con el último virrey de Méjico, tratando de establecer una interdependencia jurídica entre la Nueva España y la Corona.

Por su parte, Simón Bolívar, antes y después de Boyacá y de Carabobo, levantó la bandera confederal, y el 6 de septiembre de 1815 escribía: «Puesto que estas naciones tienen un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, deben tener igualmente un solo Gobierno que confedere los diferentes Estados que hayan de formarse.»

Con absoluta fidelidad a esta idea, el Libertador, como presidente de Colombia, y don Pedro Gual, como ministro de Asuntos Exteriores, facultaron a don Jaime Mosquera para la suscripción de tratados con los países fraternos, y así, después de penosas negociaciones, se firmaron, en 1822 con Perú, en 1823 con Méjico y en 1825 con Centroamérica. En el espíritu y en la letra de estos acuerdos aparece el deseo de constituir «una sociedad de naciones hermanas», «un cuerpo anfictionico o Asamblea de plenipotenciarios que dé impulso a los intereses comunes y dirima las discordias que puedan suscitarse entre pueblos que tienen unas mismas costumbres».

Los acuerdos mencionados fueron el punto de partida del Congreso de Panamá y de Tacubaya de 1826. Bolívar, al convocarlo en 7 de diciembre de 1824, insiste en la necesidad de una «asamblea de plenipotenciarios que nos sirva de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel interpretación de los tratados, y de conciliación, en fin, de nuestras diferencias».

El Congreso de Panamá, que terminó suscribiendo el 15 de junio de 1826 un «Tratado de unión, liga y confederación perpetuas entre las Repúblicas de Perú, Colombia, Centroamérica y Estados Unidos mejicanos», vino a resultar inoperante no sólo porque dicho acuerdo fue ratificado sólo por Colombia, sino porque en 1830, la Gran Colombia, que había nacido en diciembre de 1819, se dividió en tres Estados independientes: la actual Colombia, Ecuador y Venezuela, y el 30 de mayo de 1838, el Congreso Federal de las Provincias Unidas de Centroamérica, que había surgido el 1 de julio de 1821, dejó en libertad a las mismas para constituirse como gustaren, naciendo los Estados de Honduras, Guatemala, El Salvador, Costa Rica y Nicaragua.

Pero los esfuerzos comunitarios han proseguido sin desaliento, tratando de suturar las piezas desatadas. Y así, Ecuador, Colombia y Venezuela firmaron, el 29 de octubre de 1948, la Carta de Quito, en la que, reconociendo la existencia de los «vínculos especiales que unen entre sí a los Estados hispanoamericanos por su comunidad de origen y cultura», dan nacimiento a la Organización Económica Grancolombiana. Honduras, Guatemala, El Salvador, Costa Rica y Nicaragua, con la conciencia de sentirse y saberse «partes disgregadas de una misma nación», suscriben, el 14 de octubre de 1951, en San Salvador, la Carta fundacional de la Organización de Estados Centroamericanos. Y Chile y Argentina, el 8 de julio de 1953, firman un tratado por el que constituyen su Unión Económica.

A su vez, los países hispánicos de la Península, al calor de los embates de la última contienda universal, constituyen el llamado «Bloque Ibérico», confirmado después con las entrevistas de sus gobernantes y ampliado a colaboraciones y entendimientos que rebasan la esfera militar, como han puesto de relieve las conversaciones de Ciudad Rodrigo.

Es decir, que lenta y gradualmente, salvando prejuicios y distancias, se abre paso la empresa de comunidad iniciada en áreas regionales económica y geográficamente definidas, como un paso firme y seguro hacia la estructura más amplia, completa y general.

En este aspecto, estimamos un error de enfoque el considerar, como lo han hecho algunos escritores hispanoamericanos y la declaración de Salta —obsesos por sus graves problemas de vecindad con los Estados Unidos—, que lo más importante y urgente es conseguir la integridad de Hispanoamérica y luego ofrecer un *status* especial a los países peninsulares, toda vez que la ubicación europea de los mismos les desplazan de aquella órbita continental.

Y decimos que esta, corriente de opinión es equivocada porque la urgencia por atender y cubrir frentes determinados no puede oscurecer el enfoque del movimiento y la vastedad de la estructura.

La Hispanidad, modo de ser, conjunto de principios vitales, anima y federa una comunidad, a un puñado de pueblos que de ella se alimentan con el fin de realizar, a través de los instrumentos de ayuda y de trabajo que constituyan, su quehacer histórico.

Si en la hora prima de la fundación de la Comunidad estuviera ausente alguno de nuestros pueblos, se apreciaría al instante, en ese Amazonas del espíritu a que antes hicimos referencia, no sólo una falta de caudal, sino también la especia o ingrediente propio de una forma específica de vivir la Hispanidad por el ausente.

Por otro lado, el destino de la Hispanidad es ecuménico y necesita realizarse en todas las latitudes. Habrá, pues, una Hispanidad operante en Europa, en América y en Asia que adoptará, acomodándose a las necesidades del clima y a las coyunturas del momento, las formas de actuación que estime prudentes y acertadas.

Cada una de nuestras naciones, aislada o desconfiante, devendría estéril y acabaría siendo anulada o absorbida. El ejemplo que nos ofrece la nación filipina, combatiendo a solas en un mar de indiferencia, que ahora tan sólo comienza a transformarse en simpatía, pero que aún no ha llegado a cuajar en ayudas prácticas y concretas, es espectáculo y escándalo para todos y ejemplo

bastante para no reducir y acotar nuestros puntos de mira.

El enfoque del movimiento hispánico y el conjunto de la estructura formal y jurídica en que el mismo se manifiesta, ha de reconocer como efectivo y operante el hecho de que en América constituimos, desde Méjico hasta la extremidad patagónica, como dice Federico García Godoy, «un gran todo sólidamente cohesionado», y que en Europa los dos países hispánicos peninsulares, y en el Oriente Lejano la nación filipina están unidos por vínculos que nada ni nadie puede desconocer o ignorar.

Estos vínculos hacen que la anhelada comunidad de naciones hispánicas sea mucho más hacedera de aquello que nosotros —encima de la menudencia y prolijidad de los hechos— nos figuramos.

Vivimos en la era de los grandes sujetos supranacionales. La Comunidad Británica, la Liga Árabe, las Organizaciones de cooperación en Europa, la Agrupación Regional Soviética, la SEATO, la misma Organización de Estados Americanos nos indican con claridad meridiana que ha llegado el momento de hacer efectiva esa homogeneidad de que hacemos gala, y superar las disputas entre naciones pequeñas que sólo redundan en beneficio de las grandes; de consumir la unidad antes de que otros la consoliden y antes, incluso, de que nos sea impuesta con un signo ideológico distinto.

Porque el problema no está en si esa unión de nuestros pueblos, esa comunidad que armonice lo diverso y variado ha de consumarse o no, sino en si tal fenómeno ha de producirse como señala Mario Amadeo bajo el lema «Cristianismo y libertad» o bajo el lema de «Comunismo y tiranía».

Vamos, pues, como dice el Padre Juan Ramón Sepich, a construir nuestro mundo según nuestro ser, a aunar a la «gran familia», como añoraba el poeta uruguayo Magariños Cervantes, fundador de la *Revista española de ambos mundos*, y a llevar a término su doble tarea, una que mira hacia dentro de la comunidad y otra que mira hacia fuera.

Desde el punto de vista interno, la Comunidad tiene que partir de un hecho evidente, a saber: que bajo su rúbrica no sólo se federan los Estados, sino que se aglutinan también los hombres de la Hispanidad. Fojo Colmeiro observa con exactitud que «los hispánicos no llegan entre sí a considerarse extranjeros». Mariano Picón Salas dice que «aun cuando empleen pabellones distintos, un chileno está emocionalmente más cerca de un mejicano que un habitante de Australia de otro del Canadá», y Calor Lacalle, avanzando aún más, estima «que es necesario fomentar la conciencia íntima de que el ser ciudadano de un país hispánico supone —con los derechos y deberes consiguientes— la afiliación a la Hispanidad».

No es —como dijera Menéndez Pelayo, todavía perplejo por la incertidumbre de su época— que «gentes con un mismo origen, un mismo culto y un mismo idioma, pueden ser de distintas naciones, pero ante Dios forman* una sola familia»; no se trata de crear simplemente una pura nacionalidad literaria común que haga ciudadanos de nuestro mundo, sin vinculaciones provinciales, a Agustín de Foxá, a Enrique Larreta, a Gabriel Mistral y a Juana de Ibarbourou; no se trata, en fin, de una imprecación unamunesca: «la sangre de mi espíritu es mi lengua y mi patria está allí donde resuene». Lo que se busca es la declaración y reconocimiento de la «común nacionalidad» que pide Barreda Laos; del hecho traslúcido de que «somos parte de una misma nación», como dice Gustavo Kosling; de abolir entre hispánicos las fronteras, que el escritor salvadoreño Viera Altamirano considera malditas, y proclamar la existencia de la unidad su-pranacional hispánica que propugna Ycaza Tijerino, y que Menéndez Pelayo, en la orilla europea de la Hispanidad, conoce por «Hispania Maior», y José Enrique Rodó, desde la orilla opuesta, denomina, con entusiasmo y con orgullo, «Magna Patria».

En esta línea, el Congreso Hispano-Luso-Americano y Filipino de Derecho Internacional, celebrado en Madrid en el año 1951, estudió la ponencia de Federico Castro Bravo sobre «El problema de la doble nacionalidad», recomendando la formación de un proyecto de ley uniforme y la concesión, por cada país, a los hispánicos de las otras naciones, de una condición jurídica especial que les separe de la rúbrica de extranjeros y les vaya gradualmente equiparando a los nacionales.

En España, la nueva Ley de 15 de julio de 1954, que ha derogado los artículos correspondientes del Código civil, admite la doble nacionalidad y, recogiendo las disposiciones especiales que se habían venido dictando, facilita la adquisición de la ciudadanía española a hispanoamericanos y filipinos.

Mas no basta, en el frente interior, con llegar, como sin duda llegaremos, a ser ciudadanos de la Hispanidad. Hace falta constituirnos en bloque cultural, económico y castrense.

El bloque cultural postula un libre intercambio y una circulación sin trabas aduaneras de libros y revistas; una depuración de nuestros textos escolares, arrancando de los mismos todo resabio de hostilidad y planteando en ellos el acontecer hispánico en un clima fraterno y de conjunto; un intercambio recíproco de profesores entre las facultades universitarias; un encuentro periódico de estudiantes, graduados, profesionales y artistas, como pretenden nuestros Colegios Mayores «Nuestra Señora de Guadalupe», «Hernán Cortés» y «Junípero Serra», y el propio Instituto de Cultura Hispánica, nacido en aquellas reuniones históricas celebradas en San. Lorenzo de El Escorial en el verano de 1946; un especial interés por la pureza del idioma, apasionando en la tarea a periodistas y hombres de la radio; una validez universal de nuestros títulos académicos; una creciente unificación legislativa, que tiene su punto de arranque en un derecho histórico común y en una forma análoga de vivirlo y de aplicarlo; una sincera y eficaz colaboración en la esfera cinematográfica, y una agencia, en fin, de noticias, como aquella que propugna Fernando Mora, subdirector de *Novedades*, de Méjico, que transmita con fidelidad el latido diario de nuestro vivir, que evite el silencio de la noticia importante o su difusión con falta de espíritu constructivo de lo que, refiriéndose a otras agencias extrañas al mundo hispánico, se quejaba el colombiano Alberto Lleras, siendo secretario de la Organización de Estados Americanos.

En este orden, los esfuerzos de la Oficina de Educación Iberoamericana, cuyo III Congreso acaba de celebrarse en Santo Domingo, y los de la joven Asociación Iberoamericana de Periodistas, son un trampolín brindado y abierto a las más anchas e ilusionadas ambiciones.

Y junto al bloque cultural, el bloque económico, cuyos postulados fundamentales han de ser los siguientes: la Hispanidad constituye un área económica y un mercado común. Sobre esta base, es preciso superar el estadio presente de coloniaje económico, salir del monocultivo (estaño en Bolivia, cobre y nitrato en Chile, petróleo en Venezuela, café en Colombia y Brasil, azúcar en Cuba y Santo Domingo, carne y lana en la Argentina y Uruguay), diversificando la producción; crear corrientes comerciales nuevas que eviten la tiranía de los monopolios; especializar la mano de obra; industrializar, de acuerdo con las necesidades generales, evitando los planes inorgánicos y haciendo posible que una fábrica de botones en Costa Rica, con una población de 800.000 habitantes, pueda construirse a sabiendas de que está destinada no sólo a saturar el reducido mercado del país, sino a suministrar el producto a una población adecuada de consumidores y de usuarios.

Las reuniones de la C. E. P. A. L. y las conferencias económicas celebradas al amparo de la Organización de Estados Americanos, han puesto de relieve la urgencia de la llamada emancipación económica. Mientras el ingreso anual *per capita* en los Estados Unidos excede de los 1.900 dólares, en los países iberoamericanos dicho ingreso alcanza solamente a 211,45, y ello a pesar de que Iberoamérica es hoy el mercado más grande para las exportaciones norteamericanas, la fuente principal de importaciones y el campo de mayor inversión privada en el extranjero.

Aunque las cifras son engorrosas, tienen valor edificante y es necesario reproducirlas. Así, en el año 1953, Iberoamérica provee a los Estados Unidos del 100 por 100 del quebracho que importa; del 100 por 100 del asbesto; del 98 por 100 del cuarzo en cristales; del 65 por 100 de la bauxita; del 62 por 100 del antimonio; del 42 por 100 del berilo; del 43 por 100 del sisal; del 37 por 100 del cadmio; del 29 por 100 del cobre; del 25 por 100 del espatoflúor; del 23 por 100 del manganeso; del 20 por 100 del vanadio; del 18 por 100 del estaño, y del 17 por 100 del wolframio.

En el mismo año, Iberoamérica importó de los Estados Unidos el 27 por 100 de su producción de maquinaria industrial; el 33 por 100 de la maquinaria eléctrica; el 52 por 100 de autobuses y camiones; el 43 por 100 de automóviles, y el 35 por 100 de grasas, leche, carne y otros productos alimenticios.

El desequilibrio de la balanza de pagos se debe, en gran parte, a que cuando el dólar norteamericano va a Hispanoamérica, en pago de materias primas, materiales estratégicos o productos agrícolas, ese dólar sirve para pagar el salario de un hombre en un día; en cambio, cuando ese dólar retorna a los Estados Unidos sólo alcanza a pagar el salario de un hombre en media hora.

El sistema actual, que se reduce, en suma, a vender barato y a precios determinados por el comprador, y a comprar cada vez más caro, sólo puede romperse estimulando el comercio entre las naciones hispánicas, viendo la forma de autoabastecerse dentro de la Comunidad, reduciendo las tarifas aduaneras, dándose el trato recíproco de nación más favorecida, utilizando los servicios de la Organización Iberoamericana de Cooperación Económica y creando la Unión Iberoamericana de Pagos que, al facilitar la compensación múltiple, evite el movimiento impropio de divisas y engrase y haga más fluido el engranaje total de la economía.

Dentro de esta consideración económica, no puede olvidarse el aspecto demográfico. Hoy tiene Iberoamérica más de 160 millones de habitantes, es decir, una población absoluta superior a la de los Estados Unidos; y decimos absoluta porque la relativa es de 6,7 por kilómetro cuadrado para Iberoamérica y de 274 para la Unión. El aumento entre los años 1920 y 1940 ha sido del 41 por 100 para la primera y del 26 por 100 para los Estados Unidos. Pues bien, si el ritmo actual persiste, en 1970 las naciones americanas de origen peninsular tendrán una población de 225 millones que, unidos a los de los países fundadores y a los de Filipinas, hacen un total de 300 millones de habitantes.

Esta población no ha de verse obligada a buscar puestos de trabajo fuera de la órbita comunitaria. El caso de los «espaldas mojadas» de Méjico, que atraviesan a nado y clandestinamente el río Bravo, y cuya situación ilegal aprovechan los granjeros norteamericanos haciéndoles efectivos salarios inferiores a los normales, es un motivo de sonrojo para la Hispanidad, como lo es, igualmente, la política de exterminio a base de prácticas neomalthusianas que oficialmente se divulgan en Puerto Rico por las entidades oficiales y por la Organización Mundial de la Salud, para evitar el incremento de la población puertorriqueña y cortar de raíz su inmigración a los Estados Unidos. Con una economía más fuerte y con un nivel de vida más alto, la Comunidad de naciones hispánicas, con tantas y tan fabulosas posibilidades, las ofrecerá sin duda y sin reservas a sus hermanos de Méjico y Puerto Rico.

En este orden de cosas, las corrientes migratorias debieran ser organizadas evitando que el ingreso masivo de grupos étnicos y espiritualmente distintos ahoguen y desfiguren la fisonomía del país. No se trata de adoptar una absurda política migratoria de puerta cerrada. Se trata de buscar una fórmula prudente que equilibre y armonice el legítimo derecho a desplazarse para encontrar un puesto de trabajo desde sitios o lugares donde dichos puestos no existen, y el derecho también legítimo a mantener la continuidad histórica de la nación.

De aquí que haya de buscarse preferentemente la cantera para las nuevas aportaciones demográficas en los países que integran la Comunidad de naciones hispánicas, o en aquellos otros que presenten con los mismos el mayor número de afinidades, pues la realidad demuestra que los grupos emigratorios muy diferenciados, se enquistan y endurecen dentro del país, hacen dentro del mismo su pequeño mundo y tardan en incorporarse plenamente al quehacer nacional. Por el contrario, la inmigración española o portuguesa a las naciones de su lengua, ha puesto de relieve que, a la primera generación, se funde y entraña con el país al que estima y considera como su patria.

Todo el esfuerzo que en esta dirección se realice ha de ser coordinado y con una visión muy amplia y de gran alcance de la política migratoria. Así, nos parece equivocada, en principio, la emigración española al Canadá y a Bélgica, como nos pareció desafortunada la emigración masiva que hace unos años se produjo con dirección a Argelia y al entonces Marruecos francés. El balance ha sido una contribución humana de calidad insuperable al desarrollo de la riqueza de estos últimos países, y una deshispanización progresiva de los emigrantes.

Todo este potencial de riqueza y de hombres debe pensar en su defensa armada frente al agresor. No está el mundo, desgraciadamente, en un lecho de rosas, sino en el carácter amenazador de un volcán que, de vez en cuando, manifiesta, con sus esporádicas erupciones, la

temperatura del subsuelo.

En este trance, el bloque económico y cultural del mundo hispánico necesita completarse con un bloque militar. La unificación de táctica, armamento, enseñanza y altos mandos; el encuentro periódico de los Estados Mayores; la recepción por las Academias Militares de las distintas Armas y Cuerpos de alumnos procedentes de países donde tales Academias no existan y que hoy cursan sus estudios en naciones extrañas a la Comunidad; la coordinación de los ejércitos terrestres, marítimos y aéreos y de sus programas de construcción y de compras en el futuro; el montaje de una industria con fines militares, cuyo secreto, como el de toda industria, no es otro que capital bastante, aprovisionamiento seguro, técnica competente y capacidad de absorción en el mercado, circunstancias todas ellas que si no concurren en cada uno de nuestros países, concurren, desde luego, en la comunidad que los integra; y, sobre todo, la necesidad imperiosa de fortalecer en el soldado —el que combate con las armas y el que dirige la operación— la conciencia de que sirve, no sólo a su Patria —Argentina, Méjico o España—, sino a la Hispanidad entera, a la «Hispania Maior» o a la «Magna Patria», a que antes hicimos referencia, son tareas y objetivos a través de los cuales puede y debe constituirse el bloque militar hispánico.

Pero de nada nos serviría este triple bloque cultural, económico y castrense, si los Estados que integran la Comunidad Hispánica no se proponen el servicio del bien común, si no hacen suyo un programa de justicia social, de lucha y de combate contra la miseria, de aumento del nivel de vida de nuestras clases menesterosas.

Y ello por fidelidad a nuestro propio ideario, no por copia y mimetismo de proclamas sociales de signo diverso.

Toda esta atmósfera de resentimiento social y de lucha de clases que nos rodea y existe en el mundo, no puede imputarse a quienes, como nosotros, hemos permanecido ausentes del mismo. Lo que no es lícito es afirmar que somos países subdesarrollados, económica y culturalmente inferiores, y luego sumarnos a la vorágine de las ideas creadas por una civilización industrial, inhumana y desaprensiva que ha nacido a nuestras espaldas.

Esa civilización y esos países que se dejaron arrastrar por el ansia de riqueza y por la filosofía de la acción, que dieron origen al proletariado de las urbes y a la alta burguesía de las grandes empresas, que asuman la responsabilidad absoluta de su obra y que nos dejen libres para edificar nuestro mundo con un ansia de justicia social que no pretende mantener con alguna concesión determinadas prebendas, sino hacer efectiva la hermandad entre los hombres que nos predica el Evangelio.

Si vuestra justicia social —podernos decirles— es la justicia del miedo, la nuestra es y ha de ser la política del amor.

Y porque en el amor se cifra y resume todo el secreto de la convivencia fraterna y no en un amor filantrópico y vocinglero que se desmadeja y evapora al primer incidente, sino en aquél que fluye incesante de Dios, a la vez Creador, Redentor y Santificador, la Comunidad de los pueblos hispánicos tiene que vertebrarse religiosamente, ahondar en su espíritu católico romano, tradicional y verdadero, y vivirlo y practicarlo a fondo.

La época agnóstica y laica es ya, para nosotros, anacrónica. La humanidad, de vuelta de los errores del pasado, retorna la mirada a Jesucristo y entiende de nuevo que sólo en la Cruz y en el Sagrario están las palabras hermosas y los silencios humildes de la salvación y de la paz.

En este aspecto se abre todo un amplio horizonte de actuación: emprender una campaña por el denso tejido de nuestra sociedad que afiance la fibra y el sentimiento religiosos; cubrir los baches de vocación con ayudas y envíos de sacerdotes como quiere el Papa y como hace la Obra Hispanoamericana de Cooperación Sacerdotal; luchar contra quienes, con espíritu suicida, abren las fronteras a determinadas propagandas que pretenden romper el don inestimable de la unidad católica del mundo hispánico; y entrañar, aún más si cabe, la devoción a la Señora, viva en nuestros pueblos, seguros de que Ella, la Madre, la *Regina Hispaniarum Gentūwi*, arrancará del Señor todas las gracias que nos fueran precisas para el logro de tan nobles y elevados fines.

En este marco, viviremos en la «pax hispánica». Las diferencias que tienen que existir como inherentes a la contextura humana de la tarea serán dirimidas por la conversación y el arbitraje.

Por ello, uno de los objetivos inmediatos de la comunidad tiene que ser el arreglo de los litigios que hoy día nos preocupan: estado permanente de ruptura de relaciones, litigios de fronteras, salidas al mar de los pueblos mediterráneos..., seguros de que la solución será fácil porque previamente, al crear el bloque cultural y económico, habrá quedado resuelta la inquietud y la desazón que provocan los mencionados conflictos.

Tal es, apresurada y casi esquemáticamente expuesta, la cara interior de la Comunidad de naciones hispánicas. Pero, al lado de la misma, existe una cara exterior, un frente orientado hacia fuera que es necesario considerar.

En primer lugar, el mundo hispánico tiene que actuar, como lo viene haciendo afortunadamente, como un solo bloque, como una unidad granítica en la esfera internacional. Sólo así será estimado y tenido en cuenta. Para el futuro, es decir, para el tiempo que subsiga a la creación de la Comunidad, las directrices de la política externa de nuestros pueblos debe ser decidida en reuniones periódicas de Cancilleres, y en aquellas otras de urgencia que los acontecimientos históricos hagan necesario. En todos los supuestos, cuando un miembro de la organización hable o se presente a las elecciones mediante las cuales ha de ser provisto un cargo, quien habla o quien arriesga su nombre en la urna no es una nación concreta, sino el conjunto todo de la Hispanidad.

La unánime comparecencia del bloque hispánico reforzará su potencia para exigir la plena satisfacción de las reivindicaciones territoriales y aún culturales de la Hispanidad.

Son muchas las situaciones de coloniaje que persisten en nuestra amplia geografía y contra las cuales han sido infructuosas las reclamaciones aisladas y aun las formuladas colectivamente en la X Conferencia Interamericana de Caracas de marzo de 1954.

En el sur de la Península Ibérica, Gibraltar, que el *New English Dictionary on Historical Principles*, publicado por la Universidad de Oxford, define como territorio español y posesión británica y que la misma Enciclopedia de este nombre tiene que reconocer, haciendo historia de su adquisición por los ingleses durante la guerra de sucesión, que en esa coyuntura el Gobierno de la Gran Bretaña procedió con falta absoluta de principios.

En Oceanía, la isla de Guam, en el archipiélago de las Marianas, que como indica y prueba Pastor y Santos, sigue siendo *de iure* tierra filipina.

En América, yendo de Norte a Sur, Belice, en manos de Inglaterra, que la sigue usurpando a Guatemala, cuya Constitución de 1945 reconoce a dicha zona como territorio nacional, considerando nacionales a aquéllos que nacen en la misma.

La zona del Canal, cuya concesión a los Estados Unidos por la joven república panameña, no supone, como de hecho sucede, abandono de la soberanía.

Las Guayanas, que se acuestan sobre la ancha y extensa joroba de la América del Sur y sobre las cuales tres países europeos mantienen un sistema de explotación colonial que hasta en las zonas más atrasadas ha entrado en fase de completa liquidación. Las Guayanas, que descubriera Yáñez Pinzón y que recorrieran y colonizaran Diego de Ordaz, Jerónimo de Altar y los Gobernadores de Venezuela, pertenecen al mundo hispánico. Por ello, Venezuela ha protestado siempre contra aquel arbitraje leonino de 1889, dictado por un tribunal internacional reunido en París, que le arrebató, para la Guayana inglesa, un área de 200.000 kilómetros cuadrados, y ha hecho saber, pública y oficialmente, que continuará reclamando contra el despojo de una zona que con legítimo derecho le pertenece.

Las Islas Nuevas, Magallánicas o Malvinas, al pie de la América del Sur, ocupadas también, como un sino trágico, por Inglaterra, que las llama con el nombre extraño de Falkland. Al apoderarse de tales islas, Inglaterra no se hizo cargo de un archipiélago que mereciera la consideración de *res nullius*, sino de un territorio que en 1816 la Argentina soberana había heredado de la monarquía española, y que había sido parte del antiguo Virreinato del Río de la Plata.

Y más abajo, en la Antártida, de nuevo frente a la pretensión inglesa de adueñarse de su enorme extensión, Chile y Argentina reivindican los sectores vecinos, y esta última, desde el año 1904 mantiene como prueba incontestable de sus legítimos derechos, servicios públicos adecuados en la zona demarcada a su propia soberanía.

Pues bien, todo este conjunto de tierras, hoy en manos foráneas, deben reintegrarse a los países de la Comunidad hispánica. Un objetivo primordial de la misma es patrocinar y hacer suyo el irredentismo con la voz incallable de la verdad y la doctrina del *uti possidetis*, que sirve de fundamento a una gran parte de las reivindicaciones apuntadas, y oponerse a todo intento de consagración definitiva del estado actual o de evolución hacia fórmulas ambiguas como los Estados Unidos de Guayana o la Federación Británica del Caribe.

Pero el bloque hispánico no tiene ante sí únicamente reivindicaciones de carácter territorial. Hay otras, tan importantes como éstas, que es preciso defender con ahínco. En efecto, si un país de estirpe hispánica puede haber sufrido ciertas amputaciones materiales e incluso haberlas confirmado con su explícito asentimiento en el orden de la cultura, la Comunidad de naciones hispánicas no puede aceptar ni refrendar el desgaje y la separación. Así, la extensa faja que corre al norte del río Bravo y que integran California, Arizona, Nuevo México y Texas, actuales Estados de la Unión; la amplia zona que incluye a la Luisiana y a la Florida y que bordea el golfo de Méjico, y los archipiélagos de Carolinas, Marianas y Palaos, cedidos por España el 30 de junio de 1899 al imperio alemán, pertenecen, sin perjuicio de su actual encuadramiento político, al ámbito cultural del mundo hispánico.

La comunidad de nuestros pueblos no puede tolerar ni consentir el progresivo desalojo de su cultura por el simple hecho de un cambio de soberanía. Ahí están los vestigios históricos de una época gloriosa, la subsistencia de un pueblo autóctono, la conveniencia de mantener con el respeto íntegro hacia esa cultura, los principios de democracia y libertad que se predicán, como argumentos innegables para defender la tesis por nosotros mantenida.

Por si ello fuera poco, en este aspecto de la reivindicación cultural podría presentarse, desde un ángulo de vista distinto al acostumbrado, la misma historia de los Estados Unidos. Bastaría con seguir cronológicamente los establecimientos europeos en el territorio de la Unión y partir, no de las colonias fundadas por los peregrinos del *Muyflower*, sino del pueblo de San Agustín, el primero y más antiguo de Norteamérica, fundado por españoles.

Para llevar a término este ambicioso programa, la comunidad de nuestros pueblos necesita de hombres con carisma hispánico, sabedores de que en esta empresa son portadores de un mensaje henchido de valores éticos.

Porque la Hispanidad representa, como ha dicho García Morente, una concepción de la vida basada en el predominio de la realidad sobre la abstracción, en el hombre, portador de valores eternos, diferenciado y libre, frente a un mundo de enanos que pasan con el rostro hacia el suelo, ocultos entre la masa del rebaño.

Para ello, los portadores del mensaje habrán de vivir con el espíritu de entrega y desprendimiento que, como apunta el argentino Eduardo Mallea, existe siempre en el genio hispánico en olor de heroísmo; con impaciencia de eternidad, pero sin olvido ni abandono de las realidades terrenas.

Porque quizá uno de nuestros fallos haya sido la interpretación literal de algunos preceptos, con olvido de que la letra mata y el espíritu vivifica y de que, junto a la invitación que el Maestro nos hace a no poner el corazón allí donde el ladrón y la polilla actúan, otro mandamiento del *Génesis* nos dice: «Creced, multiplicaos y sujetad la tierra».

Por ello, cuando hemos visto a una civilización racionalista olvidar el primer mandamiento y conseguir éxitos deslumbrantes y aparentes con la práctica exclusiva del segundo, la reacción hispánica no puede consistir en un complejo de inferioridad para las ciencias aplicadas y experimentales o en la cuchufleta simpática pero inútil de Miguel de Unamuno. «¡Que inventen ellos!, porque, como dijo don Quijote a Sancho: "Nadie es más que otro si no hace más que otro", y porque aun cuando es verdad que la civilización no consiste en conservar limpias las fachadas y hacer graciosa la alineación de la ciudad, lo cierto es que la civilización y la cultura, la virtud y el reino del espíritu, necesitan, en este valle de lágrimas, el logro de un cierto y moderado bienestar.»

El secreto del mensaje hispánico radica en hacer de la riqueza, no fin, sino instrumento; en ordenar la economía, como quiere Nimio de Anquim, *sub specie communitatis* y en supeditar ese bien común *sub specie hierarchie*, a los intereses más altos de la Cristiandad.

El hombre, investido del carisma hispánico, será así, en un mundo lleno de tinieblas, el español quijotizado que vislumbrara Miguel de Unamuno, el caballero de la Hispanidad o el caballero cristiano que soñaran Ramiro de Maeztu y García Morente, el que «habrá atravesado a la fuerza por el Renacimiento, la Reforma y la Revolución, aprendiendo, sí, de ellas, pero sin dejarse tocar el alma, conservando la herencia espiritual de aquellos tiempos que llaman caliginosos».

El hombre quijotizado, dice Laín anudando palabras de Unamuno, empeñará su existencia en dos quehaceres, uno tocante a la vida y atañadero el otro a la muerte. En el primero luchará a favor de la justicia y de la verdad. ¿Tropezáis con uno que miente ? Gritadle a la cara: ¡Mentira! y ¡adelante! ¿Tropezáis con uno que roba?

Gritadle: ¡Ladrón! y ¡adelante! ¿Tropezáis con uno que dice tonterías, a quien oye toda una muchedumbre con la boca abierta? Gritadles: ¡Estúpidos! y ¡adelante!

¡ Adelante siempre! Pero no tendría sentido alguno esta empresa terrenal del hombre quijotizado si él no sintiera como hondo imperativo lo que atañe a la muerte, y a la inmortalidad. Por su propia inmortalidad lucha el hombre quijotizado: «para que Dios le salve, para que no le deje morir del todo». Y también para edificar una civilización inédita en que la pasión por la inmortalidad encienda dentro del pecho de los hombres.

Si para ser nación hace falta el aplauso universal a un pasado histórico, como quiere Renán, o un programa de hacer colectivo, como exige Ortega y Gasset, o una adhesión plebiscitaria a un estilo de vida, como asegura García Morente, no vacilemos en abrir paso a la comunidad de nuestros pueblos, porque ese hombre quijotizado, ese caballero de la Hispanidad, ese caballero de Cristo, pasado y futuro, modo de ser y estilo de vida, bulle y sueña en cada uno de nosotros, hombres de la estirpe hispánica.

Dios quiera que algún día próximo, en el istmo de Panamá, como soñara Bolívar, y en la ciudad de Colón, que lleva el nombre del Almirante, reunidas las banderas de nuestros 23 países, veamos alzarse lentamente, majestuosamente, la bandera de la Hispanidad del uruguayo Ángel Cambor, mientras las bandas de mil regimientos entonan el Himno de la Estirpe, del ecuatoriano Antonio Parra Velasco, y los poetas y los niños, con lágrimas en los ojos, recitan los versos de Rubén.

Al día siguiente, cuando aún permanezca en el alma y en el aire la emoción, yo tengo por seguro que algún hispano de los que tengan la dicha de asistir a la escena, repetirá modificada, al ver nacida la Comunidad de nuestros pueblos, la estrofa nostálgica y suave de José María Pemán:

«Ramiro de Maeztu,
señor y Capitán de la Cruzada:
¿Dónde estabas ayer, mi dulce amigo,
que no pude encontrarte? ¿Dónde estabas?
¡Para haberte traído de la mano,
a las doce del día, bajo el cielo
de viento y nubes altas,
a ver, para reposo de tu eterna
inquietud tu Verdad hecha ya Vida
en la Plaza Mayor de las Españas!»

ELOGIO Y DEFENSA DE LA VOCACIÓN MILITAR

Mi Teniente General, General Director, Generales, Jefes, Oficiales, Caballeros cadetes, señoras, señores, amigos:

Uno de vuestros clásicos, Francisco Villamartín, en sus *Nociones de arte militar*, dice que la oratoria castrense «ha de ser clara, lacónica, vehemente desde la primera palabra. En ella, añade, se debe usar el idioma de las pasiones, no el de la fría razón; se debe conmover y no aspirar a convencer; ser más poeta que filósofo, pero con metáforas brillantes, que despierten el orgullo, el amor patrio y la sed de gloria».

Pero este no es un acto en el que yo tenga que seguir con precisión las líneas trazadas por Villamartín cuando definía la oratoria castrense, porque mi discurso de esta tarde no es, ni puede ser, una arenga militar, puesto que yo soy un hombre civil, que viene a pronunciar un discurso civil sobre un tema militar, ante la juventud militar española.

Y que conste que he tenido ante mis ojos las antologías que se os ofrecen como ejemplo y estimulante a vuestra imaginación y a vuestra palabra; que conste que no han dejado de seducirme y de entusiasmarme para acudir hasta vosotros, frases lapidarias y párrafos vehementes cargados de elocuencia, como los de:

Larrochejaquelin a sus vandeanos: «Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengarme»; o las de

Gonzalo de Córdoba, *el Gran Capitán*, a sus soldados, al contemplar en Ceriñola la voladura del polvorín:

« ¡Animo, muchachos, esas son las luminarias de la victoria!»; o las de el Alcalde de Móstoles: «La Patria está en peligro. Madrid parece víctima de la perfidia francesa : españoles, acudid a salvarla»; o las de

El Duque de Wellington, después de la batalla de San Marcial durante la guerra de la Independencia, el 13 de agosto de 1813 : «Guerreros del mundo civilizado: aprended a serlo del cuarto ejército español que tengo la dicha de mandar. Cada soldado de él merece con más justo motivo que yo el bastón que empuño; el terror, la arrogancia, la serenidad y la muerte misma, de todo disponen a su arbitrio. Franceses: huid, pues, o pedid que os dictemos leyes, porque el cuarto ejército español va detrás de vosotros y de vuestros caudillos, a enseñarles a ser soldados»; o las de Zumalacárregui, el 27 de diciembre de 1833: «¡Navarros ! : hoy es preciso que reverdezcan los laureles que en tantas victorias habéis recogido. Vale más no existir que existir llevando en la frente el baldón de la cobardía. Todos los navarros han preferido la muerte a la ignominia. Nuestra Patria, madre de tantos valientes, espera la libertad de vuestras bayonetas»; o las de Prim al regimiento de Córdoba, en la batalla de los Castillejos, el 1 de enero de 1860: «¡Soldados!: vosotros podéis abandonar esas mochilas, porque son vuestras; pero no podéis abandonar esta bandera, porque es de la Patria; yo voy a meterme con ella en las filas enemigas. ¿Permitiréis que el estandarte de España caiga en poder de los moros? ¿Dejaréis morir solo a vuestro General? ¡Soldados!, ¡viva la Reina!»

Os repito que mi discurso no será un discurso militar, sino un discurso civil. Pero será el discurso de un hombre civil que está empapado desde su nacimiento, como os decía el General Iniesta, del perfume castrense. Este será, pues, un discurso apasionadamente civil para una juventud apasionadamente militar; de un hombre civil, enamorado de España, a una juventud que se ha entregado de por vida a su servicio.

Y aquí estoy ante vosotros con una emoción profunda, porque quizá sea esta la primera oportunidad en que me pongo en contacto con nuestra juventud castrense; y desde lo íntimo de mi corazón y de mi niñez, hace tantos años ida, brotan los recuerdos de la infancia, esos recuerdos a que aludía el General Iniesta : el de mi padre, Teniente, y después Capitán de Infantería, profesor de la Academia de Toledo, en la que formaba y forjaba promociones de oficiales.

Era yo muy niño cuando subía a verle, de noche. Estaba él de Capitán de guardia. En Toledo, de noche, en invierno, hace frío y suele haber niebla. Aún recuerdo, de la mano de mi madre, subir la cuesta del Alcázar, acercarnos a los torreones gloriosos, aproximarnos al cadete que montaba la guardia y paseaba firme, erguido, con el mosquetón al hombro y el vaho como una nubecilla exhalándole de la boca. Atravesábamos el portalón y luego, en la sala de banderas, veíamos orgullosos los colores de la enseña patria.

Recuerdo las conversaciones con los oficiales y cadetes, y las revistas militares, y el examen de la munición. Recuerdo la Jefatura de estudios y a los compañeros y a los jefes de mi padre. Ese ambiente militar en el que se formaron vuestros mayores, en el que se formaron muchos de los que hoy son vuestros profesores, lo he vivido yo en mi niñez y ha dejado una señal imborrable en mi alma.

Recuerdo sobre todo la entrega de los reales despachos. Estábamos en la época de don Miguel Primo de Rivera, es decir, en una etapa de paz y de grandeza, que luego se frustró para España. Era un día solemne. A los uniformes grises, con gorra de plato, sustituía el uniforme de gala, con pelliza, ros acharolado y plumero rojo. Estaban firmes las Compañías. El General hablaba a los cadetes al pie de la breve escalinata que precede a la figura de Carlos V, empuñando el estandarte, con la leyenda que dice: «Entraré vencedor en Túnez o pereceré en la demanda». Yo estaba en la galería superior, asomado entre los barrotes, borracho de luz y de patriotismo.

Aún me repito las estrofas virilmente cantadas del himno de la Infantería española:

«Porque aún te queda la fiel Infantería,
que por saber morir sabrá vencer».

Se suceden, después los recuerdos de la guerra de África : Larache, Tetuán, Alhucemas, El Gurugú, Tiziaza, el Llano Amarillo, Ketama, Xauen...

Yo era un niño con el padre ausente, luchando en la guerra de África por defender el honor de nuestro pueblo.

Hasta vestí el uniforme militar. Fui teniente abanderado en el Colegio. Comenzaba la función con la original idea de constituirmos los alumnos en ejército infantil. Aún conservo la carta a mi padre que comenzaba así: «Queridísimo papá: Ayer hicimos la función. Nos aplaudieron mucho. Primero salimos con el mandil, y después con el traje de teniente. Muchos llevaron la medalla del homenaje y yo me la puse también».

En el segundo acto yo recitaba unos versos que todavía me sé de memoria:

«¡Salve!, bandera gloriosa.
¡Salve!, emblema de la Patria,
paraíso de recuerdos,
horizonte de esperanza.
A tu abrigo, siempre amable,
a tu sombra, siempre amada,
los pensamientos se elevan,
los corazones se ensanchan.

* * *

Eres luz, luz de colores
que los cerebros inflama,
y tienes, porque Dios quiere,
en las calles y en las plazas,
entre un reguero de flores
que brotan cuando tú pasas,

por solio, el azul del cielo;
por pedestal, nuestras almas.»

A mi padre le destinaron a Alicante. Tuvimos pabellón y vivimos en el Cuartel, entre oficiales y soldados.

Era la época triste de la Monarquía liberal y de la República : alpargatas, trajes raídos llenos de manchas, sombreros desvencijados de explorador o boinas sin apresto. Hubo instantes de alegría y de dolor: de dolor cuando en casa del Coronel oímos la proclamación de «L'Estat cántala» y se llenaron de rabia mis pupilas adolescentes; de alegría, cuando en el patio del cuartel, al terminar la misa, los reclutas cantaban con brío:

«Alerta, soldados, las armas tomad,
la Patria pelagra y os llama a luchar.
Valientes soldados, valientes partid,
la Patria pelagra y es gloria morir.

* * *

Los veteranos de la Princesa
nunca supieron, nunca supieron retroceder;
siempre adelante fue su divisa,
para morir, para morir, para vencer.»

De nuevo en la Academia, como profesor, mi padre asciende a Comandante. En el Alcázar queda herido de gravedad. Al liberarse la fortaleza, como Teniente Coronel habilitado, marchó al frente de Guadalajara. Organiza, luego, la Academia Militar de Tahuima y entra en Madrid con el Ejército Nacional.

Los restos de mi padre, forjador de promociones castrenses, yacen en la cripta del Alcázar. Me decía —fue su único caudal, el de sus restos mortales—: «cuando muera, al Alcázar». Allí espera la resurrección de la carne. Fue modesto. Estuvo siempre en la primera línea, pero, por los azares de la fortuna, no hizo carrera. Ni siquiera llegó a General, y eso que quedó a la cabeza de su promoción. El me ha dado las lecciones supremas del silencio, del aguante, de la disciplina, del patriotismo, frente a toda su ilusión militar. A los ocho años, él, que había nacido, como yo, en un hogar castrense, huérfano, le dijo a su abuela: «O soy militar o nada».

Yo quiero ser fidelísimo a su memoria. Un ilustre escritor y dramaturgo, que incendiaba nuestros años mozos con la representación escénica de las divinas impaciencias de Javier, escribía, aún no hace demasiados meses, que había que olvidar la guerra, recordar lo malo que en la guerra hicieron los buenos y lo bueno que en la guerra hicieron los malos y olvidar también el sitio en el que nuestros padres estuvieron en la guerra.

Pues bien : yo, que no comparto la tesis de tan insigne escritor, no he olvidado ni olvidaré la guerra, ni he olvidado ni olvidaré donde estuvo en vida y donde se hallan los restos mortales de mi padre. Y mientras quede el recuerdo del Alcázar, yo estaré con las ideas y con los hombres que las simbolizan, yo estaré con vosotros, Generales, Oficiales, Caballeros cadetes, que por una ley de patriotismo y de continuidad histórica, ante los algodonomientos y blandenguerías del momento, que tratan de convertirnos en arlequines sin corazón y sin memoria, os sabéis compañeros y herederos legítimos de aquella casta de hidalgos que supo, como dijera José Antonio, dar la existencia por la esencia, y combatir hasta la muerte por la unidad, la grandeza y la libertad de la Patria. (*Aplausos.*)

Ese mismo escritor y dramaturgo, al que antes me refería, en 1937, dirigiéndose a los niños de España, les decía : «Combatimos a la Revolución francesa y después nos hicieron afrancesados. Ganamos la guerra y, sin embargo, perdimos en la lucha de las ideas. Acabamos olvidando que el 2 de mayo era la fiesta de la patria, para conmemorar el 1 de mayo que era la fiesta

de la antipatria. Pero esto, añadía, no se repetirá jamás». Pues, amigos militares, cadetes y juventud militar de España, esto se repetirá, si volvemos a europeizarnos, si volvemos a olvidar la guerra, si rompemos la continuidad histórica de nuestro ser nacional.

No espere, pues, nadie, un discurso frío sobre la vocación militar, ni un discurso abstracto, que enfoque el tema por las nubes o que se halle distanciado de la circunstancia universal y española que vivimos. Será un discurso, quiere ser un discurso, encendido, enamorado, caliente, hispánico, que hundirá sus garras en los problemas vivos de la hora, que tratará de ser prudente, pero no escamoteará nada, ni envolverá en humo y en palabras dulzonas lo que conviene que alguien diga con altivez y claridad, con respeto y con valentía, con patriotismo y con amor.

Yo quiero ser uno de esos españoles entrevistados por Anzcátegui, el gran argentino; un español que sabe que «España vive militarmente en sus cuarteles... y su vida es una milicia». Yo quiero ser un español de la «España eternamente niña y moribunda, que dice y hace las cosas maravillosas que sólo saben decir y hacer los moribundos y los niños». Yo quiero ser un español de la «España de Santa Teresa, que en momento de la muerte, llama al cura para confesar sus pecados y dar consejos a. su confesor», de la «España de Don Quijote, que llama al cura para confesar sus sueños y deja a su confesor enloquecido de sueños». Yo quiero ser un español de aquellos que saben que en la hora difícil y confusa, la prudencia es una virtud demasiado desacreditada por los hombres prudentes, y que prefiere el heroísmo de la imprudencia..., incluso de la imprudencia en el pecado, a la imprudencia en la virtud, porque sabe que Dios perdona todos los pecados cuándo el pecador se porta como un héroe y se arrepiente como un miserable, que son las dos formas más altas del heroísmo».

Este será, pues, un discurso civil, de un español de nuestro tiempo, sobre la vocación militar, de un español como decía Unamuno: «de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión y oficio», o como quería Rubén Darío, el nicaragüense mestizo de español e indio chorotega, y bardo de la Hispanidad :

«Yo siempre fui por alma y por cabeza
español de conciencia, obra y deseo,
y yo nada concibo y nada veo
sino español por mi naturaleza.
Con la España que acaba y la que empieza
canto y auguro, profetizo y neo...»

(Grandes aplausos.)

Hablaros de la vocación militar y hacer el elogio y defensa de la misma, supone el planteamiento inicial de la licitud del Ejército y de la guerra. Si el Ejército es, con frase del General Kindelán, aquella parte de la colectividad nacional que cada Estado prepara y equipa para hacer la guerra, está claro que el Ejército y la vocación militar se ordenan a la acción bélica. Por tanto, para saber si el Ejército debe o no mantenerse y si es o no lícita la vocación militar, debemos, antes que nada, verter nuestra atención sobre el tema de la guerra justa. No se trata ya de saber si la guerra es ciencia, como estrategia, y arte, como táctica, sino de saber si cabe o no en el momento actual la guerra como *ultima ratio* en las querellas entre naciones.

La guerra, decía nuestro Rey Sabio (Partida II, título 23, ley I) es un «extrañamiento de la paz, e movimiento de las cosas quedas, e destruimiento de las compuestas».

Por su parte, Saavedra Fajardo, en su libro *Idea de un príncipe político cristiano* (tomo II, Empresa 74), afirmaba que «Dios no crió (al hombre) para la guerra, sino para la paz; no para el furor, sino para la mansedumbre; no para la injuria, sino para la beneficencia; y así nació desnudo, sin armas con que herir, ni piel dura con que defenderse».

Pero, a pesar de todo, la guerra es un hecho, una realidad histórica, fruto del pecado de la estirpe y mezcla de Luzbel, el soberbio y tentador, y de Caín, el envidioso y homicida.

Para la doctrina tradicional, la guerra se consideraba admisible cuando para ella concurría justa causa. Así, Alfonso *el Sabio* decía que; «es un príncipe justo el que guerrea por mantener su Estado o conseguir justicia del usurpador».

El Padre Vitoria aseguraba que era «justa la guerra en *defensa* de legítimos intereses o en *demanda* de satisfacción por injurias graves».

Suárez, en *De iure belli*, añadía que «la República no puede estar segura, si con el temor no se tiene a raya al enemigo».

Baltasar de Ayala insistía en que, tratándose «de guerra defensiva, cualquier pueblo tiene derecho a organizarse y a defenderse, porque defenderse es de Derecho natural».

Juan Ginés de Sepúlveda, en su *Demócrates* (XVIII), argumentaba que «la guerra no es contra la ley divina cuando se hace por causa justa, pues (Dios) quiere que se respete el orden de la vida y nada hay más justo ni que más quiera la naturaleza que defender la vida y la libertad. El deseo de hacer daño, el ánimo implacable, la ambición de mandar... esto es lo que con razón se maldice en las guerras. (Pero), precisamente, para castigar con justicia estas cosas se emprenden las guerras por los hombres buenos. Y por la misma razón que fue lícito a Abrahán, que se regía por la ley natural, y a los judíos que habían recibido el Decálogo, hacer la guerra, es lícito hacerla a los cristianos. Buscar la paz es propio de la voluntad y la guerra debe ser sólo por necesidad. Ha de haber, pues, justa causa»; y

Saavedra Fajardo, en la obra citada, completando su pensamiento, escribía, «Pero porque en muchos hombres, no menos fieros e intratables que los animales, es más poderosa la voluntad y ambición que la razón, y quieren sin justa causa oprimir y dominar a los demás, *fue necesaria la guerra para la defensa natural*, porque habiendo dos modos de tratar los agravios, uno por vía de juicio, el cual es propio de los hombres, y otro por la fuerza es común a los animales; si no se puede usar de aquél, *es menester usar de éste cuando interviene causa justa*», por lo que «no es menos gloria del príncipe mantener con la espada la paz que vencer en la guerra (aunque ésta) ha de nacer de la prudencia y no de la bizarría de ánimo». Nuestros grandes escritores han participado de la misma opinión, y así:

Cervantes, en *Don Quijote* (II, XXVII), dice «que los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas: por defender la fe católica; por defender su vida o su patria; por defender su honra, familia o hacienda, y en servicio de su rey, en la guerra justa», y

Villamartín explica que «no se debe apelar a la fuerza sino después de haber apelado a todos los medios persuasivos; que llegado este caso no se deben romper las hostilidades sin que proceda declaración de guerra; que rotas las hostilidades no se deben hacer más daños que los precisos para conseguir el resultado; y que la santidad de las promesas, el respeto a los tratados, convenios o pactos, la humanidad y la nobleza de sentimientos han de guiar siempre a los Ejércitos beligerantes».

Nuestros reyes participaron de esta preocupación por la guerra justa, y sabido es cómo Felipe II, no obstante el asenso de los teólogos y los juristas, se detuvo ante las fronteras de Portugal en demanda de un nuevo asesoramiento.

¿Ha variado la doctrina que recibimos? ¿Puede considerarse derogada la opinión de nuestros clásicos? Para el Cardenal Alfrink, en un discurso al Movimiento «Pax Christi», tal derogación se ha producido, hasta el punto de que en su alocución pudo decir con toda solemnidad: «ya no hay guerras justas».

Ahora bien; si ya no hay guerras justas, lo que procede, en buena lógica, es licenciar los Ejércitos, cerrar los centros de reclutamiento y movilización y las escuelas donde se forman los cuadros de oficiales y disolver el Vicariato General castrense.

Esta doctrina, sin embargo, no es acertada, y ni siquiera coincide con la que la Iglesia ha promulgado como propia en los documentos del Concilio que acaba de clausurarse.

Es verdad que, como los padres conciliares dicen en la Constitución «Gaudium et Spes», «las nuevas armas nos obligan a examinar con una mentalidad nueva todo el problema de la

guerra», pero lo que no es cierto es que de tal examen la Iglesia —cuya opinión tiene tanta importancia para nosotros, país con unidad católica desde

130

los tiempos de Recaredo— haya sacado las conclusiones defendidas por el Cardenal Alfrink.

No cabe, desde luego, escabullir el bulto y negar que la guerra, como palabra, esconde algo muy distinto de aquello que encerraban en realidad las antiguas conflagraciones bélicas.

En los siglos XVI y XVII nadie mostraba interés en aniquilar al enemigo. Las guerras tenían entonces unos objetivos limitados. La guerra no era más que una continuación drástica de las negociaciones diplomáticas y el ciudadano nada tenía que ver con la lucha. Talleyrand resumía así la relación entre las naciones, en carta a Napoleón : «la esencia del derecho de gentes radica en que durante el tiempo de paz los pueblos se hagan mutuamente el máximo bien, y en tiempo de guerra, el menor mal posible».

Este concepto clásico de la guerra quedó modificado por la Revolución francesa y su bagaje ideológico. Ya no se trataba de cuerpos expedicionarios, sino de la nación en armas. El Ejército dejará de ser un voluntariado que enrola por espíritu de aventura o de codicia, para convertirse en la sociedad civil ataviada de uniforme. Las órdenes religioso-militares, creadas para templar las crueldades de la guerra, desaparecen como unidades tácticas. Al impulso guerrero sustituye la propaganda, el lavado de cerebro, la impregnación ideológica y el odio al enemigo. De ahora en adelante, la noción, hasta subconsciente, de la Cristiandad, que exigía a los combatientes y a las naciones tratarse aún en la guerra como hermanos, desaparece por completo. No veremos, desde entonces, ninguna paz razonable. La responsabilidad de la derrota será colectiva. Las matanzas generales nos llenarán de estupor y de asombro, desde las fosas de Katyn, a los horrores de Dresden o Hiroshima.

El príncipe Otto de Habsburgo, en una conferencia que pronunció en la Universidad de la Magdalena, de Santander, en el verano de 1954, sobre «El Ejército en el Estado moderno», aludió a esta realidad triste, aclarando que tales horrores no son imputables solamente a las armas nuevas, sino al espíritu con que se manejaron, a la propaganda que presentó a los enemigos no como a hombres, sino como a una masa de criminales de guerra de los cuales había que purgar al mundo.

Todo esto es verdad. La guerra de encajes y de expediciones armadas, de juego táctico y estratégico, se ha convertido en una destrucción total y masiva. El presidente Kennedy, al contemplar sus consecuencias, nos legó esta frase: «O la humanidad acaba con la guerra o la guerra acaba con la humanidad».

Pero aún así, mientras haya valores que son más fundamentales que el hombre por sí mismo, mientras consideremos al hombre como algo más que un «robot» o un esclavo, mientras la libertad y la dignidad de los hijos de Dios esté por encima de la paz y de la vida, mientras no haya un desarme total y una fuerza que lo garantice, los pueblos no pueden evitar que otros les impongan la guerra, y tienen el derecho y el deber de defenderse de la guerra misma, preparándose para ella y luchando contra aquellos que se la imponen.

Hasta ahora, todos los esfuerzos han fracasado, los de la Sociedad de Naciones y los de la O. N. U. Incluso, entre nosotros, cuando en 1931 renunciábamos constitucionalmente a la guerra como medio de política internacional, nos vimos envueltos en una guerra interior en la que fue librado el primer combate ideológico que hoy se perfila a escala universal en todas las naciones del mundo.

No nos engañemos. El profeta Isaías dejó escrito que en la mancha del pecado está la raíz de la guerra en el hombre y entre los hombres, y la Constitución «Gaudium et Spes», en idéntica línea de pensamiento, concluye: «en cuanto los hombres son pecadores les amenaza el peligro de la guerra y les seguirá amenazando hasta la venida de Cristo».

De aquí que, como el texto conciliar dice, «mientras persista el peligro de guerra y falte una autoridad internacional competente dotada de fuerza bastante, no se podrá negar a los gobiernos el que, agotadas todas las formas posibles de tratos pacíficos, recurran al derecho de legítima

defensa. A los gobernantes y a todos cuantos participan en la responsabilidad de un Estado incumbe por ello el deber de proteger la vida de los pueblos puestos a su cuidado».

La Iglesia sigue, por lo tanto, fiel a su pensamiento tradicional, expuesto de manera clarísima por Pío XII: «la guerra de agresión es pecado, y frente a la misma los pueblos amantes de la paz, los que entienden la paz como un precepto divino, para salvaguarda y protección de la verdad y de la justicia y no como un signo de debilidad o de cansada resignación, deben reaccionar con energía viril, abandonando toda indiferencia pasiva y disponiendo sus fuerzas para luchar y defenderse. Frente a la agresión reticente y sorda de lo que ha venido a llamarse guerra fría —que la moral absolutamente condena— el atacado o los atacados pacíficos tienen no sólo el derecho, sino el *sagrado deber de rechazarla*, porque ningún Estado puede aceptar tranquilamente la ruina económica o la esclavitud política».

Por su parte, Pablo VI, en su discurso a la O. N. U. de 4 de octubre de 1965, afirmó: «Si queréis ser hermanos, dejar caer las armas. Sin embargo, mientras el hombre sea el ser débil, cambiante e incluso a menudo peligroso, *las armas defensivas serán desgraciadamente necesarias*», y en 21 de abril de 1965, especificaba: «el centurión demuestra que no hay incompatibilidad entre la rígida disciplina del soldado y la disciplina de la fe, entre el ideal del soldado y el ideal del creyente».

La condenación de la guerra total y de exterminio, el deseo de que la humanidad se libere de la guerra, *no implican, pues, la condenación de la guerra, ni mucho menos identificar la paz con el mantenimiento de la injusticia*. La paz, con palabras pontificias, «no es la coexistencia en el temor, ni el resultado de un equilibrio armónico de las fuerzas externas. No es tampoco una cuestión de naturaleza técnica, de prosperidad material o de aumento constante de la producción, del trabajo o del nivel de vida. La paz es, ante todo, una condición del espíritu, un problema de unidad espiritual y de disposiciones morales», a cuyo amparo se modela y permanece la tranquila convivencia en el orden, de que nos hablan Agustín y Tomás, la seguridad en el futuro de que hablaba Pío XII, el don de Dios de que habla Pablo VI en «Mense Maio».

«Pax vobis». «Da nobis pacem in diebus nostris et in térra pax hominibus bonae voluntatis». «Mi paz os dejo, mi paz os doy; pero no como la da el mundo». Pero el «Shalom» hebreo supone la violencia para mantener la paz, porque «opus iustitiae pax». Por eso, el soldado ha de regirse por la ley divina; por eso la Biblia habla del «Dios de los Ejércitos», como enseñaba «De Maistre» en sus *Veladas de San Petersburgo*.

Fulton Sheen, Obispo auxiliar de Nueva York, ha dicho que en el mundo sólo sobreviven las ideas por las que hay hombres y mujeres que están dispuestos a morir. Pues bien, en esta hora de pacifismo sin límites, a la voz de los manifestantes de Inglaterra que gritaban «antes rojos que muertos», nosotros queremos oponer la nuestra, bien distinta, naturalmente, de «antes muertos que rojos». (*Aplausos*.)

Algún caso ha habido, y en fecha no lejana —se cumplirán en octubre los diez años— de causa justa para la guerra. Me estoy refiriendo al caso de Hungría. En aquella oportunidad, Pío XII, dirigiéndose a la humanidad toda, se expresó así: «cuando en un pueblo se violan los derechos humanos y armas extranjeras con hierro y con sangre abrogan el honor y la libertad, entonces la sangre vertida clama venganza, entonces —con frases de Isaías—, ¡jay de ti devastador!, ¡jay de ti saqueador que confías en la muchedumbre de los carros, porque el Señor se levanta contra aquellos que obran la iniquidad!».

El doctor *Pía y Deniel*, entre nosotros, añadió; «No intervenir en ayuda de Hungría y de los pueblos que sufren, dejar sin socorro a las víctimas inocentes es hoy una falta grave contra la justicia y la caridad».

Si no fuera así, si no hubieran existido ni pudieran existir guerras justas, tendríamos que apejar de los altares a los santos guerreros, detener el proceso de beatificación del «Ángel del Alcázar» que, con su «tirad sin odio», nos brindó el ejemplo máximo de la ética castrense para el militar cristiano, y borrar aquella página del capítulo II de la Epístola a los hebreos, en que se lee: «por la fe los santos han conquistado reinos, demostrado valentía en la guerra y puesto en fuga a los ejércitos enemigos».

Basta, pues, de falso pacifismo y hagamos una distinción neta entre los pacificadores y los pacifistas, los justos que aman la paz y la procuran, y los pacifistas a ultranza, que procuran mantener el orden o imponer un orden determinado sin importarles la justicia.

En esta línea de pensamiento es preciso decir que no al llamado pacifismo humanista, al pacifismo de los economistas y al pacifismo de los marxistas:

al pacifismo humanista porque, como dice el Padre Congar, con él los lobos prometen a los pastores respetar a los corderos si les entregan los mastines;

al pacifismo de los economistas, que alegan el dispendio que produce mantener las fuerzas armadas en las épocas de guarnición, con olvido de las ventajas que reportan en tiempo de guerra;

al pacifismo de los marxistas, que ellos proponen como coexistencia pacífica, jugando así, como ha escrito el doctor Cushing, Arzobispo de Boston, con un idioma ambivalente, de dos caras, con anverso y reverso, un lenguaje de Esopo, en suma, con el que pretenden conseguir, y de hecho lo están consiguiendo, el desarme moral de Occidente; un desarme del que son cómplices los cristianos que afirman que ya no pueden existir las guerras justas y abren el camino a aquel ejército invisible de que nos hablaba García Morarte en sus *Caballeros de la Hispanidad*.

De los tres pacifismos que repudiamos, el engañoso de la coexistencia es el que más peligros ofrece, porque utilizándolo como arma dialéctica el enemigo no pretende otra cosa que imponer a los pueblos libres la paz de los sepulcros de que disfrutaban los países soviéticos. Por eso, nos preocupa y nos irrita que haya entre nosotros —que hemos experimentado no hace mucho en nuestra carne las delicias de un régimen tiránico y ateo— quienes hablando de libertad y de religión y proclamándose sus defensores, soliciten abiertamente y sin escrúpulos relaciones diplomáticas con la U. R. S. S. y con los gobiernos comunistas, olvidando, escarneciendo y pisoteando la sangre española vertida en la estepa por nuestra gloriosa División Azul. (*Aplausos.*)

Nuestro Donoso Cortés, con frase magistral, dibujó así la situación de aquellas naciones ganadas por el mentiroso juego de la coexistencia pacífica: «cuando un pueblo manifiesta ese horror civilizado por la guerra, luego al punto recibe el castigo de su culpa. Dios muda su sexo, le despoja del signo público de la virilidad, le convierte en pueblo hembra y le envía conquistadores para que le quiten la honra».

Vosotros, Oficiales, Caballeros cadetes, tenéis una vocación noble, estáis cumpliendo con un altísimo deber y sois, en última instancia, los ejecutores de una paz verdadera, no entendida como paz de los sepulcros, sino como la paz de Dios, la que defienden los hombres que están dispuestos a que su país no sea ultrajado, la que, como alguien ha escrito, vigila las vides y los olivos con la sombra pujante de las espadas. (*Aplausos.*)

Por eso, el derecho y la fuerza son, a un tiempo, necesarios. Esta sin aquél no es otra cosa que tiranía. Pero aquél sin ésta sólo sirve para su escarnio.

Lo mismo sucede con la fuerza y con la cultura. Una a la otra son indispensables. En este sentido Laín Entralgo, en su «Idea falangista del hombre», publicado en la revista de mi Colegio Mayor «Ximénez de Cisneros», decía que: «sin el vigor armado y combatiente de Marathón no habrían sido posibles Aristóteles, Platón y la cultura europea; y sin los arcabuceros de la Noche Triste, acaso no rezasen al Dios de los cristianos unos cuantos millones de almas humanas. ¿Y por ventura, podríamos hablar en España y en Europa de nuestra idea del hombre si fallara la muralla de sangre y hierro del Este?».

Cervantes, en el «Discurso de las armas y de las letras» de *Don Quijote de la Mancha*, escribía que: «con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios», y José María Pemán, en su discurso de 2 de mayo de 1937, aseguraba: «los intelectuales presumen de ser la flor más grande de la civilización; pero ahora resulta que la civilización no existiría ya si en España no la estuvieran salvando los soldados».

De aquí que no sólo denunciemos a cuantos desde el *Miles gloriosus* de Plauto han ofendido al Ejército, llamando a los jefes arrastrables, y a los soldados bravucones y pendencieros, e incapaces de una empresa noble, inteligente o sobrenatural, sino que también hagamos nuestras

las duras y amargas lamentaciones de nuestro Cristóbal de Virués, en el hermoso soneto que titula «En defensa de la profesión militar» :

«Oh miserable suerte de soldados,
de todo el universo aborrecidos,
por desgracia y miseria de él tenidos,
con mil impropios nombres denostados.
Quién nos llama caballos desbocados,
quién lobos carniceros y atrevidos,
quién toros acosados y afligidos,
quién leones sangrientos y aquejados.
¿A quién llamáis así, gente plebea?
¿A quien da reinos, cetros y coronas
con su sangre ganándola y sus vidas?
¿A quien así llamáis, a quien se emplea
en guardaros haciendas y personas
de vuestras ambiciones perseguidas?»

A nosotros, a los que conocemos de verdad y amamos al Ejército, nos incumbe la tarea de defenderle y con ella la de difundir las palabras de Francisco Franco en el prólogo al libro *Guerra en el aire* del insigne García Morato: «una literatura decadente había acumulado sobre la figura guerrera un artificioso cúmulo de cualidades extraídas de la picaresca de nuestros aventureros profesionales, en quien todo vicio encontraba un torpe asiento, alternando la fanfarronería y la pendencia, con el juego, el vino y las mujeres. Como si el heroísmo, que es la sublime encarnación de las virtudes, pudiera tener escenario favorable en los campos del vicio».

El alto concepto que la milicia nos ofrece nos lleva también a repudiar a los llamados objetores de conciencia que se niegan a incorporarse al Ejército cuando se movilizan sus reemplazos.

No sólo se dan tales objetores entre los «testigos de Jehová», sino también entre los católicos, y en los Estados Unidos, con ocasión de la guerra del Vietnam, algunos han quemado públicamente su libreta de enrolamiento o han intentado una vistosa cremación ante la multitud, como señal de protesta al ser movilizados.

Las razones que se esgrimen por los objetores pueden reconducirse a tres : el precepto del Decálogo que dice textualmente «no matarás», la invitación de Cristo a ofrecer voluntariamente la segunda mejilla, cuando ha sido abofeteada la primera; la invocación continua a la paz en la boca del Maestro.

Tales razones, a mi juicio, no son convenientes.

Una cosa, en efecto, es el mandato tajante «no matarás», y otra la prohibición de la guerra y del servicio de las armas, puesto que la guerra —como la operación quirúrgica— no se dirige esencialmente a la matanza o a la mutilación, sino, cuando es justa, al mantenimiento de la paz hollada por el enemigo.

En segundo lugar, la invitación de Cristo a ofrecer, en demostración de humildad, la otra mejilla al adversario que nos ofende, se relaciona con la ascética personal, cuando lo que se halla en juego es nuestro «yo» que se rebela. Cuando, contrariamente, lo que se pisotea es algo superior a nosotros mismos, algo cuya defensa nos incumbe, entonces la violencia es aconsejable y urgida por la propia conducta del Señor, que vitupera con los términos más duros a los hipócritas, y que con el látigo empuñado, y lleno de ira santa, arroja a los mercaderes que profanan el templo.

Por último, la constante invocación a la paz, que escuchamos de la boca del Hijo de Dios, no puede llevarnos, como decíamos antes, a confundir la paz con el mantenimiento de la injusticia.

La Constitución «Gaudium et Spes» del Segundo Concilio Vaticano se ocupa del tema al decir que «parece equitativo que las leyes provean humanitariamente en el caso de quienes por

objecciones de conciencia se nieguen a emplear las armas, con tal de que de otra forma acepten servir a la comunidad».

Para un católico, las objeciones de conciencia, en este campo, no son admisibles, si se tiene en cuenta que el mismo documento desvanece todos los escrúpulos que al recluta pueden presentarse, al declarar: «Los que están enrolados en el Ejército... considérense como instrumentos de seguridad y libertad de los pueblos, pues mientras claramente cumplen con su deber contribuyen al establecimiento de la paz».

Para los no católicos, la objeción de conciencia, que puede estar aparentemente justificada, en su caso, por el grupo religioso a que pertenecen, debe ser tratada con un examen lleno de rigor, toda vez que no hay detectores capaces de decirnos dónde se encuentra el que tiene reparos morales para empuñar las armas, y dónde el que siendo un pusilánime, un emboscado o un presunto desertor, acude a tales argumentos para legitimar su negativa.

* * *

Al Ejército hay que entenderlo y amarlo. Es preciso descubrir la entraña de la vocación castrense y percibir sin vacilaciones que la existencia militar no es una manera de estar o de pensar, sino una plena forma de ser.

Romanones, en su libro *El Ejército y la Política*, trató de señalar esta *ratio* de la vocación castrense y de la misión de las fuerzas armadas, oponiéndose a ciertas concepciones vulgares acerca de las mismas. Entre tales concepciones, que destacaba y condenaba, exponía las siguientes : «se inventó el Ejército, a la vez que las contribuciones, para mantener en pie la fuerza del Estado; el Ejército es una corporación de individuos de uniforme, cuyo cometido consiste en dedicarse a maniobras y ejercicios decorativos; el Ejército está, en el fondo, constituido por la oficialidad, es decir, por una carrera en la que se obtienen sueldos fijos y vitalicios; el Ejército es un instrumento al servicio de la política, para defender los intereses del capital».

Pero el Ejército no es nada de eso. Juan Plaza, en su obra *La sociología y el Ejército*, escribe que por tal ha de entenderse una «organización de hombres, material y medios, para el ataque y la defensa», y el General González Mendoza, añade que el Ejército es «un ente moral antes que una organización material».

El Ejército no es, a mi juicio, el brazo armado de la nación, dispuesto a dar cachetes en la hora en que falla el diálogo; ni tampoco es, como dijera Calvo Sotelo, «la columna vertebral de la patria». El Ejército, en frase de Jorge Vigón, en *Milicia y política*, es la «única armadura sólida de un orden social cualquiera», de tal modo que cuando la revolución bolchevique aniquiló el ejército ruso, inmediatamente organizó el ejército rojo, sin el cual no subsistiría el comunismo.

Para nosotros, con palabras del príncipe Otto de Habs-burgo, el Ejército es un «factor popular de renacimiento nacional», sin el que, como concluía Romanones, resulta «quimérica una vida nacional ordenada».

De aquí, que siendo necesarios los Ejércitos, escribe Muñiz y Terrones en *Concepto del mando y deber de la obediencia*, no se han de escasear los medios que tengan vida robusta y estén siempre en disposición de llenar los fines de su existencia. Mermar su importancia, regatearles los medios de instrucción, reducir los contingentes o los cuadros por una mal entendida economía, es un error».

Pero si el Ejército es el gran agente formativo del espíritu nacional, ello se debe a que al mismo corresponde, junto al adiestramiento castrense de la juventud, su adiestramiento social, inculcándole el sentido de la Patria y del Estado. Así, a la obligación del servicio militar forzoso, corresponde el deber por parte del mando de hacerle producir las consecuencias más saludables para la sociedad.

¿Os habéis dado cuenta, Oficiales y futuros Oficiales del Ejército, de vuestra tremenda responsabilidad? ¿Os habéis dado cuenta de que por vuestras manos, solamente por vuestras

manos, no por las manos del profesorado universitario, pasa y va a pasar toda la juventud española? Son 300.000 españoles los que cada año se incorporan a filas, los que han de recibir en ellas la impronta de un sentido español, que como os decía el General Iniesta en una de sus alocuciones, ha de auparse desde la españolía por instinto a una españolía por razonamiento y por amor.

¿Os dais cuenta de que vuestra misión no consiste solamente en dotar a esta muchachada española de conocimientos técnicos sobre táctica, estrategia, tiro, equitación...? Tales conocimientos, escribe Francisco Sintés, en su libro *Espíritu y técnica de la formación militar*, son instrumentales y, por sí solos, no sirven para nada, como de nada sirve en política contentarse sólo con una buena administración, porque de la administración y de la técnica, incluso de la técnica castrense, cuando no hay un espíritu que las mantenga, se apodera con facilidad el enemigo. Lo que os importa a vosotros es formar el corazón del soldado, el alma del soldado, darle el sentido de la nacionalidad y la conciencia de saberse hijos de una Patria grande e irrevocable, concebida como unidad de destino en lo universal; que no nos pertenece, como nos pertenece el patrimonio, sino que pertenece al pasado, al presente y al futuro, siendo a la vez, como decía don Antonio Maura, «un recuerdo y una esperanza».

Don Manuel Siurot, cuando yo era niño, hablaba a los cadetes, y pronunció un gran discurso en la Academia de Infantería de Toledo: Vosotros sois, les aseguraba, los «soldados fuertes de la justicia y los maestros dulces de la verdad, los que enseñáis a los cobardes la lección de la muerte y enseñáis a los incultos la lección de la vida». ¡Oficiales, cadetes!: sed soldados fuertes de la justicia y maestros dulces de la verdad. (*Aplausos.*)

Por eso, Jorge Vigón, en la obra que antes citamos, escribe que «no será posible tener buenos oficiales si no se les dota de una doctrina común. Es posible —agrega— conducir a los hombres sin saber demasiada química y sin haber llegado a comprender los misterios de las matemáticas; pero sin conocer los principios que informan la política, sin saber dónde está la verdad y dónde se oculta peligrosamente el error, difícilmente podrá conducirse a estos jóvenes que van a encomendarse a nuestra oficialidad, bien pertrechados de palabras brillantes y de consignas, pero acaso sin una idea clara de lo que en ellas se encierra, y sin conocer exactamente cuáles son sus deberes —los deberes de la juventud— en esta hora de la reconstrucción de España».

La eficacia del cuadro de oficiales y el cumplimiento de su doble misión, adiestramiento castrense y formación del espíritu nacional, se halla en función de las virtudes militares que posea. La vida militar, ha escrito Azorín, es espíritu, y sin tal espíritu, que las virtudes castrenses vigorizan, las fuerzas armadas serían como una espada sin temple o un cuerpo sin alma.

De tal manera la milicia es espíritu, y las virtudes militares galopan y se apoyan sobre las virtudes cristianas que, de ordinario, suelen equipararse los héroes y los santos, y la hagiografía está repleta de santos guerreros, como San Sebastián y San Mauricio, San Luis de Francia y San Fernando, y de santas guerreras como Santa Juana de Arco.

Villamartín aseguraba que «el ejercicio de las virtudes castrenses, cuando es auténtico, cuando supone en el militar una completa manera de ser, acaban reduciéndose a las virtudes religiosas, porque solamente lo religioso robustece el espíritu para disponer la materia al sufrimiento».

El Ejército así concebido es una forma de servicio religioso a la patria. Jiménez Caballero decía: «A Dios le hablamos de Padre nuestro y a la Patria debemos llamarla España nuestra».

Vuestro uniforme, como el hábito del religioso, os distingue de los demás, os destaca entre el estúpido igualitarismo naturalista. El uniforme os da un carácter público, sagrado y externo, expresa de una forma visible vuestra consagración a España y hace patente que las virtudes del ciudadano, vosotros, militares, las poseéis o debéis poseerlas en grado supremo.

Los filósofos distinguen entre el espíritu guerrero, el espíritu militar y el espíritu industrial. «El espíritu guerrero —decía Ganivet en su *Idearium español*— es espontáneo, y el militar, reflejo; el uno está en el hombre y el otro en la sociedad; el uno es un esfuerzo contra la organización, y el otro un esfuerzo de organización.» Por consiguiente, espíritu guerrero y espíritu militar son, para

Ganivet, contrapuestos.

Ortega, por su parte, en *Ideas de castillos - Espíritu guerrero*, contrapone este último al espíritu industrial y asegura que mientras el espíritu guerrero es «un estado de ánimo habitual que no encuentra en el riesgo de una empresa motivo suficiente para evitarla», el militar, por la evolución de los tiempos y las transformaciones de la técnica, «significa una degeneración del guerrero, corrompido por el industrial. El militar es, concluye Ortega, un industrial armado, un burócrata que ha inventado la pólvora».

Pero esto no es verdad. No es verdad, porque el espíritu militar es espíritu guerrero, porque el militar es el guerrero adaptado, como ha escrito Sintés Obrador, a las peculiares condiciones de organización que la evolución de la técnica ha introducido.

El militar, pues, no es el hombre que toca un botón y hace una guerra de ingeniería, sino que es, antes que nada, un corazón y un espíritu.

Por eso, el cuadro de oficiales tiene que asimilar las virtudes castrenses: Fe rotunda, inderogable, en sus propias ideas, que son las ideas matrices que han ido configurando históricamente a su Patria. Esperanza en que tales ideas, en vida o en muerte, han de triunfar. Caridad para distribuir el esfuerzo entre todos sus camaradas, porque la camaradería, en cristiano, se llama, precisamente, caridad y amor.

Los militares han de tener la virtud de la prudencia, especialmente en el mando, y para ello, nada mejor que la práctica de la obediencia en los puestos inferiores. Han de ser justos, haciendo equitativo ese reparto de las cargas y de las prebendas entre aquellos que constituyen la gran familia militar. Han de tener la fortaleza que les haga inasequibles al desaliento, sobre todo en los momentos de dolor y de sacrificio, como decía nuestro Francisco Aldama, «sin que la muerte al ojo estorbo sea». Han de tener, en suma, la templanza para moderarse y guardar la compostura precisa en el momento de la victoria, tal y como la presenta Eduardo Marquina en *Oro del alma*, al referirnos con versos hermosos la rendición de Breda, inmortalizada por los pinceles de Velásquez:

«Cuando el tercio era un verso de oro
y el enemigo un verso en la tierra,
vos, Marqués de Espinóla,
para hacer menos fuerza,
al más joven galán de los hombres del tercio
—bigote en punta, nariz aguileña- -,
colgasteis las riendas del potro,
echasteis pie a tierra.
Y aquel honor que se debe al monarca,
la inclinación de cabeza,
la tuvisteis, Marqués,
para los restos de la tropa flamenca,
campesinos lampiños,
burgueses de lacia vestimenta,
con lanzones obrados con orlas
para un gremial desfile de municipio en fiesta.»

Esas han de ser las virtudes de nuestro Ejército y con ellas, cardinales y teologales, las del honor, la lealtad, la abnegación y la pobreza.

Platón, en *La república*, decía que «los dioses han puesto en el alma de los soldados plata y oro divinos, por lo que no tienen necesidad del oro y de la plata de los hombres»; y tan en serio tomaron estas palabras nuestros soldados que, como escribe Cánovas, «venían en harapos, desnudos, llenos de cicatrices, debiéndoles las pagas». Pero era tal su sentido del honor, que cuando se presentaban ante Felipe II, y Felipe II les decía : «¿Qué queréis en recompensa por vuestro heroísmo ?», aquellos Tercios de Flandes contestaban: «Señor, sólo queremos como recompensa volver a pelear de nuevo a las órdenes de Alejandro de Farnesio». He aquí la gran

lección de la pobreza y de la austeridad.

Cervantes, en su discurso de «Las Armas y las Letras», describe así la austeridad del soldado: «más pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga...; en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con sólo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe salir frío, contra toda naturaleza. Pero esperaba que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, no pecará de estrechez, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y rasolverse en ella a su sabor, sin temor a que se le encojan las sábanas». En *El Licenciado Vidriera*, el mismo Cervantes comenta así las alabanzas que de la vida militar hizo don Diego de Valdivia: «pero no... dijo nada del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruina de las minas, con otras cosas de este jaez, que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca y son la carga principal de ella».

Si a esto se añade, como decía Alfredo de Vigny, en *Servidumbre y grandeza militar*, que el soldado «se halla a la espera continua de la muerte, renuncia a la libertad de pensar y de obrar, se halla sujeto a lentitudes impuestas, y no puede acumular un patrimonio de importancia», se comprenderá la precisa y poética definición que de la milicia nos ofrece Calderón de la Barca:

«La constancia, la paciencia,
la humildad y la obediencia,
fama, honor y vida son
caudal de pobres soldados
que, en buena o mala fortuna
la milicia no es más que una
Religión de hombres honrados.»

(Aplausos.)

Pero yo no podría terminar aquí el análisis de las virtudes castrenses, si no dedicase un recuerdo a quien volvió a fundar la Academia General de Zaragoza, a su regreso de África, después de luchar en la Legión.

Yo tengo que recordar aquí, por un deber de lealtad, de justicia y de honor, ahora que tantos aduladores se hallan en silencio, a Francisco Franco Bahamonde, Jefe del Estado... *(Aplausos que impiden entender al orador.)*

Bien sabía Franco que no hay Ejército si no hay un cuadro de oficiales, que la masa no sirve si no hay una levadura que la fermente, que el Ejército es, como decíamos, el armazón que sostiene el organismo social de la Patria. De poco sirve el Ejército si no es disciplinado, si no hay entre los miembros, Armas y Cuerpos del Ejército, aquel ambiente de sano compañerismo y de entrañable camaradería, que le hace comparecer ante el pueblo y ante el Estado como una sola, gallarda y valerosa unidad.

Por eso, cuando se perseguían las esencias de la Patria, tenía que disolverse la Academia General. ¡Fijaos bien, Cadetes españoles!: cuando se ataca a España, inmediatamente se ataca al Ejército. Si hoy está empezando a atacarse lo más sagrado de España, tened por seguro que por encima de las adulaciones torpes de los insidiosos de siempre, se atacarán las virtudes militares y la permanencia misma del Ejército, puesto que el Ejército es el armazón social de la Patria. Por eso, la República, que quiso arrancarnos la conciencia histórica, a la vez que con el separatismo rompía la unidad de las tierras, con la disolución moral, la unidad en el hombre, y con la lucha de clases, la concordia entre todos los estamentos y las estructuras vivas del país, tenía que atacar el Ejército. Y para atacar el Ejército tenía que destruir la Academia Militar de Zaragoza.

El 14 de julio de 1931, pocos meses después de proclamada la República, Francisco Franco Bahamonde dio aquí una lección inolvidable sobre la disciplina, que reviste su verdadero valor

«cuando el pensamiento aconseja lo contrario de lo que se manda, cuando el corazón pugna por levantarse en íntima rebeldía o cuando la arbitrariedad o el error van unidos a la acción del mando». «Se deshace la máquina, decía Francisco Franco el 14 de julio de 1931, pero la obra queda; nuestra obra sois vosotros, los 720 oficiales que mañana vais a estar en contacto con el soldado, los que constituyendo un gran núcleo del Ejército profesional, habéis de ser, sin duda, paladines de la lealtad y el espíritu de sacrificio por la Patria. No puedo deciros que dejáis vuestro solar, pues hoy desaparece; pero sí puedo aseguraros que repartidos por España, lo llevaréis en vuestros corazones y que en vuestra acción futura ponemos nuestras esperanzas.»

Y en parte, por ese núcleo selecto de la milicia, que había nacido y se había forjado bajo el caudillaje, el mando y la enseñanza de Francisco Franco —entonces el más joven general de Europa, y hoy la espada más limpia del mundo—, fue posible, con otras aportaciones civiles y militares, que España no renunciase a su destino histórico, y que frente al ejército invisible que quería acogotarse, se pusiera en pie para restaurar nuestras grandezas y nuestras libertades.

Tremenda responsabilidad, pues, la de los Jefes de las Academias militares. Han de ganarse, a la vez, el respeto y el cariño de los subordinados, no sea que la falta de cariño signifique ausencia y distanciamiento, y que el exceso de confianza llegue a convertirse en falta de respeto. Tal es la virtud del mando: ganarse la confianza y el cariño, sin pérdida de la autoridad. Esto es, en esencia, lo que han de enseñaros vuestros Jefes y profesores, y lo que vosotros tenéis que aprender, para enseñarlo luego en los cuarteles y en los destacamentos militares a la juventud española.

No olvidaros, profesores de las Academias, de aquello de San Isidoro: «el que está frente a los otros con autoridad, debe estar al frente de ellos con sus virtudes». (*Aplausos.*)

Pero con esto no basta. Os decía al principio, que no iba a escamotearos, ni a dulcificar, ni a poner cortinas de humo a los problemas vivos y palpitantes de nuestro presente universal y español.

Pues bien, el Ejército, que tiene todas estas virtudes y que debe esforzarse en incrementarlas, el Ejército que es un ente moral, antes que una organización técnica, tiene también, y así lo destacan todos nuestros autores militares y políticos, una alta misión en la vida civil, y ello no sólo porque como dijera Clausewitz, «la guerra es la continuación de la política y, por tanto, es el Ejército el que mantiene la política cuando fallan los medios pacíficos», sino porque al Ejército corresponde la guardia de aquellas constantes históricas de un país, al servicio de las cuales se halla la gestión política.

En este sentido, afirmaba el mariscal Lyautey que, «para el Ejército no puede haber dentro del Estado nada que le sea indiferente: desde la educación que se dé al niño en las escuelas, hasta aquélla que recibe en los grados superiores de enseñanza; desde la forma de acrecer las fuerzas contributivas del país, hasta el desarrollo de las obras públicas, ferrocarriles, puentes y carreteras; todos esos elementos constituyen eslabones que forman la cadena de los elementos militares para la defensa del territorio. No puede ser tampoco indiferente al Ejército la capacidad productora del país, lo mismo en la agricultura que en la industria. Ni hay fábrica que no pueda llegar a ser un día un elemento militar útil y necesario, ni un campo sin cultivo que no pueda perjudicar en un momento dado el interés militar; todo con el Ejército tiene conexión. Por eso éste no se puede concebir sino formando un todo con el resto de la nación».

El príncipe Otto de Habsburgo, en la conferencia antes aludida, proclamaba con vigor que «no se puede morir por un Estado que ha perdido el sentido mismo de su esencia y que el Ejército tiene derecho a exigir al Estado que sea digno de merecer, en caso preciso, la vida de los subditos».

En igual línea de pensamiento se producen Vázquez de Mella y José Antonio, los generales Alcubilla, Kindelán y el Generalísimo Franco.

Vázquez de Mella, en su discurso de Barcelona de 8 de julio de 1921, se pronunciaba así: «se dice que el Ejército no debe intervenir nunca en la política. Pero, ¿qué se entiende por política cuando el orden social y la jerarquía social vacilan y desmayan? ¿Creéis que se va a colocar al Ejército debajo de la campana neumática para que no le dé el aire de la calle? ¡No! Si en la so-

ciudad hay elementos deletéreos y disolventes que atacan las bases y los fundamentos sociales, ¿va el Ejército a resignarse, a mirar como un espectador un ambiente que cruzan aires de rebeldía para herirle en lo más esencial de su constitución, en lo que es la esencia de la disciplina? Si la política se redujera a cosas mezquinas y asuntos nimios, entonces ¡no intervengáis en ella! De esta política no debe participar el Ejército; pero de la alta política nacional no podéis ser instrumentos pasivos».

José Antonio —maestro civil de una generación española— escribió con belleza y valentía: «el Ejército es, ante todo, la salvaguardia de lo permanente; pero no debe mezclarse en luchas accidentales. Pero cuando es lo permanente lo que peligra, cuando está en juego la misma permanencia de la Patria (que puede, por ejemplo, si las cosas van de cierto modo, incluso perder su unidad), el Ejército no tiene más remedio que deliberar y elegir. Si se abstiene, por una interpretación puramente externa de su deber, se expone a encontrarse de la noche a la mañana sin nada a que servir. En presencia de los hundimientos sucesivos, el Ejército no puede servir a lo permanente más que de una manera: recobrándolo con sus propias manos». Y en otro lugar añadía: «¿Habrá todavía entre nosotros quien proclame la indiferencia de los militares por la política? Esto pudo y debió decirse cuando la política se desarrollaba entre partidos. No era la espada militar la llamada a decidir sus pugnas, por otra parte, hasta mediocres. Pero hoy está en litigio la existencia misma de España como entidad y como unidad. Cuando lo permanente peligra, ya no tenéis derecho a ser neutrales. El que España siga siendo depende de vosotros. El enemigo, cada día gana unos cuantos pasos.

Cuidad de que al llegar el momento inaplazable no estéis paralizados por la insidiosa red que alrededor se os teje».

El General Alcubilla, bajo la rúbrica «La milicia como tema de nuestro tiempo», escribe que «el Ejército garantiza la continuidad histórica nacional, y es una organización fundamentalmente política», de tal modo que cuando se produce «el divorcio entre el Estado y la Nación, el deber de las fuerzas armadas es cumplir sus obligaciones para con la Nación, por encima de los compromisos que el Estado tenga contraídos, sin que pueda calificarse de rebelde esta actitud toda vez que cuando hay colisión de derechos, al superior corresponde prevalecer».

El General Kindelán insiste en que la «intervención del Ejército es un bien indispensable en la vida de las naciones. El Ejército —dice— debe enfrentarse en un plano superior con los grandes problemas nacionales, constituyendo un guardián de todos los valores y constantes historias del pueblo a que pertenece, que ha de defender contra todo aquel que intente atacarlo, sea enemigo exterior o interior, sea en último extremo —afortunadamente excepcional—, contra el mismo Estado, si es que éste, apartado de su fin esencial, rompe o amenaza interrumpir la continuidad histórica de la Nación».

Y Francisco Franco, el 19 de julio de 1937, proclamaba que si «al Ejército no le es lícito sublevarse contra un partido ni contra una constitución, porque no le gustan, tiene el deber de levantarse en armas para defender a la Patria cuando está en peligro de muerte»; y el 17 de mayo de 1958, añadía: «el Ejército, en nuestro Estado, es mucho más que un simple instrumento de defensa; es la salvaguardia de lo permanente».

Y no se crea que se trata de una doctrina carpetovetónica. El General Weigand, haciendo el análisis crítico de la situación en su país, escribía: «es un reto al buen sentido consagrar miles de millones a la defensa nacional, entretener millares de hombres sobre las armas y tolerar que pueda alentarse contra el ideal sagrado en cuyo nombre se exigen estos sacrificios»; y el príncipe Otto de Habsburgo añade: «cuando un gobierno inicuo se encuentra en flagrante contradicción con el derecho natural... el verdadero, soldado no puede permanecer en una fácil neutralidad. Hay situaciones en las que la insurrección en defensa de la sustancia del Estado, es no solamente un derecho, sino, incluso, un deber».

En esta dirección se orienta la ley constitutiva del Ejército español al señalarle las siguientes misiones: «mantener la independencia de la patria, asegurar el imperio de sus leyes fundamentales y defenderle de enemigos interiores y exteriores».

Pues bien; ¿acaso no debemos preguntarnos, ante la realidad que nos circunda, si el Ejército puede continuar como espectador en los días que nos toca vivir?

Cuando Franco ha dicho, en su discurso de 16 de mayo de 1952, que «frente a la interpretación leninista o estalinista del Estado, no es un marxismo apenas atenuado o un socialismo marxistizante lo que a nuestro juicio corresponde, sino la orgullosa afirmación de los valores de la personalidad humana, la negación terminante del materialismo histórico y el reconocimiento firmísimo de la capacidad de regir la historia desde el Estado y de realizar la justicia a través de las instituciones necesarias», por todas partes, incluso en periódicos de filiación política conocida, se nos proponen para el futuro las fórmulas socialistas como ideales y salvadoras.

Cuando Francisco Franco ha dicho, el 3 de junio de 1961, que «resulta un atentado contra la razón y la * realidad cualquier interpretación, sea militar, jurídica, filosófica o literaria, que pretenda encuadrar nuestra guerra dentro de los límites clásicos y angostos de las simples guerras civiles», ello no obstante, incluso en las publicaciones del Estado, se habla de guerra civil, y se ha consentido, como afirmaba con indignación el General Iniesta, que determinado novelista, insistiendo en la tesis de la guerra civil, confunda a vuestros padres y al mío, que lucharon por Dios y por la Patria, con los que saquearon las iglesias, fusilaron a los sacerdotes y quebrantaron la sagrada unidad... (*Aplausos que interrumpen al orador.*)

Y mientras José Antonio Primo de Rivera que, en tanto otra cosa no se demuestre, ha incorporado, en lo que tiene de permanente, su doctrina política a la conciencia nacional, decía que «ser español es una de las pocas cosas serias que se puede ser en el mundo», ese mismo novelista acaba de escribir, caballeros cadetes, en el libro de Paniker, *Conversaciones en Cataluña*, que «la raza española es espasmódica, inconstante, envidiosa y patética y que como empresa colectiva es un desastre».

En nombre de España y del Ejército quiero formular con energía mi protesta.

Y mientras el punto IV de los Principios Fundamentales del Movimiento dice que «la unidad entre los hombres y las tierras de España es intangible», porque cualquier atentado contra ellas constituye, como se nos había enseñado, un crimen que no perdonaremos, se consienten manifestaciones separatistas y después de algunas detenciones suele ponerse en libertad a los culpables. (*Aplausos prolongados.*)

Y que conste, que la acometida del separatismo estaba prevista, pues fue Francisco Franco el que el 16 de mayo de 1955, nos decía: «la quiebra de la unidad de España es empresa acariciada en la mente de nuestros adversarios de todo linaje (que) especulan con una quimérica transición hacia otra cosa. En esto no nos basta que sus empeños se estrellen contra la fortaleza de que hemos venido dando muestra: es necesario cerrar las filas para no dar motivo por pequeños incidentes de la vida diaria, a especulaciones que engañan a la opinión».

Y mientras se afirma que habíamos luchado por la unidad religiosa y moral de nuestro pueblo, y construido un Estado para su defensa; y mientras Francisco Franco, nos prevenía en su discurso de 3 de junio de 1961 contra «el cinismo»... con que se fomenta la delincuencia o se ensalza el vicio y la inmoralidad, produciendo el naufragio de los valores del espíritu», se estimula o se guarda silencio ante las oleadas de corrupción que nos invaden.

Pues bien, nosotros no podemos consentir de ninguna forma, bajo ningún pretexto, cualquiera que sea el disfraz o la autoridad que lo avale, que se prostituya la sana moral de nuestro pueblo, y que oleadas crecientes de pornografía, en el cine, en el teatro y en la novela, corrompan al país. (*Grandes aplausos.*)

Y mientras de la Revolución y de la guerra nace un Sistema sin lucha de clases (punto XI de la Falange), que entiende, con la Iglesia, que la lucha de clases va contra el amor, y un Sistema que hace y trata de hacer con su Ejército, esencialmente político, en el más alto y noble sentido de la palabra, una España superclasista, en los campamentos, en los cuarteles y en los destacamentos militares, ciertas personalidades del Sistema pactan con el anarquismo y con la C. N. T.

Nosotros, en nombre de la unidad de las clases, y del Estado nacido de la guerra y de la Revolución, al que deseamos sea fiel a sí mismo, formulamos también nuestra irritada protesta, entendiéndolo, además, que el Ejército, ante tamaño desorden y confusión, no puede permanecer

mudo, porque ello significaría tanto como traicionar a la Patria, a la Revolución y a la guerra. (*Ovación entusiasta.*)

Cuando el Estado pierde el sentido de su misión, cuando deja de creer en la filosofía política que le dio nacimiento y fuerza, empieza a adquirir un complejo de inferioridad, inicia una etapa de disimulo, utiliza un idioma contradictorio y débil, abdicante y enfermizo, deja que de nuevo las fuerzas ocultas de la historia, replegadas a sus puntos de partida después de la Victoria, se envalentonen y avancen, pululen y brujuleen. ¡Y todo esto, lo consienten España, el Gobierno y vosotros! El gigante está así a punto de ser esclavizado por los enanos.

Por eso, si en política, como dijo Francisco Franco el 3 de junio de 1961, «lo interesante es saber prever el futuro, no convertirse en sujeto pasivo de los acontecimientos, sino adelantarse y poder encauzarlos y dirigirlos», no olvidemos que el enemigo continúa en la lucha, que solamente nosotros hemos hecho y conmemorado la paz, y que ante los peligros de la hora, nada más cuerdo que traer a colación aquellas palabras de José Antonio en el periódico *Haz* de 19 de julio de 1935: «antes, todavía, la incomodidad ahuyentaba el sueño de España; ahora nada cierra el paso al sopor. Todos los gusanos se regodean por adelantado con la esperanza de encontrar otra vez a España dormida, para recorrerla, para recubrirla de su baba, para devorarla al sol. Sea cada uno de vosotros un aguijón constante contra la somnolencia de los que os circundan».

Es lo mismo que os decía el General Iñesta al entregaros los sables y deciros que vuestro descanso consiste en el constante alerta por España; lo que Francisco Franco pedía al Ejército en su discurso del primer desfile de la Victoria: «os pongo ahora en guardia permanente».

Pero nosotros, los hombres civiles, tenemos derecho a exigirlos a vosotros que nos transmitáis vuestras virtudes. La milicia —decía José Antonio— «es una exigencia de los hombres y de los pueblos que quieren salvarse». Queremos, pues, que un sentido militar atraviese y transpire nuestra vida toda.

¿Es que, acaso, la prosperidad económica, el nivel más alto de vida está reñido con tales virtudes? Cuando firmamos los tratados internacionales que rompían el *boicot* que nos tenía prisioneros, una voz autorizada y amiga nos dijo: «el período de aislamiento de España, a pesar de los considerables sufrimientos materiales que representaba para toda la nación, era un período que necesariamente conduce a la virtud. Pero ahora el anacoreta vuelve al mundo próspero y a las seducciones de la materia. Nada más peligroso que este momento. La euforia que viene después de las privaciones arruina la resistencia. Es, pues, de importancia esencial, para no perder el fruto de tantos años duros... fortalecer las virtudes cardinales y los valores del espíritu, que son los únicos que en la hora de la abundancia dan denuedo para mantener las nobles resoluciones tomadas en los años de pobreza».

Termino, señores. Decía Guicciardini, embajador ante los Reyes Católicos, que ellos afirmaban que con los españoles se podían hacer grandes cosas si el país se mantenía unido y en orden. Vosotros, militares, sois los abanderados de la unidad y del orden. Nosotros, hombres civiles, estamos dispuestos a empaparnos de aquellas virtudes que la dificultad del tiempo demanda, a fin de incorporar a nuestra vida ese tesoro de austeridad, de sano orgullo, de sentido del honor, de disciplina, de jerarquía, de obediencia y de fe en una España irrevocable.

Si, con palabras de Francisco Franco, «quiebran antes las naciones por su división, su descomposición y sus crisis de virtudes, que por la acción que pueda desencadenarse contra ellas desde el exterior», nosotros pedimos una España unida y en orden.

¡Caballeros cadetes, Oficiales! : yo, un hombre civil, quiero que llegue hasta vosotros la voz de una fuerza nueva, enardecida, con brío, coraje y amor entrañablemente hispánicos, una voz que representa a cuantos en el pueblo están dispuestos a sacrificarse, a luchar y a morir por esta España unida y en orden.

El porvenir no es de los escépticos, sino de los que tienen fe; no es de los que odian, sino de los que aman. Vosotros tenéis fe en España, vosotros amáis a España. Nosotros, hombres civiles, creemos en España y amamos a nuestro pueblo.

Con esta fe y con este amor, mi Capitán General, mi General, permitidme que a los Caballeros cadetes les invite a gritar conmigo:

¡Viva Francisco Franco!

¡Viva el Ejército!

¡Arriba España!

(Los cadetes y oficiales contestan con vigor a estos gritos, a los que siguen grandes aplausos que se prolongan durante largo tiempo. Los cadetes, puestos en pie, despiden enardecidos al orador.)

SAN PABLO EN ESPAÑA

Eminentísimo y reverendísimo señor Cardenal, excelentísimo señor Nuncio, excelencias, señoras y señores:

Os confieso, hermanos, que llego hasta vosotros, por el hecho solemne que aquí se conmemora, el lugar sagrado de la conmemoración y la calidad y muchedumbre de los que de una u otra forma concurren a la misma, con aquel temor y aquel temblor, fruto de la humana debilidad, que acongojaron tantas veces al Apóstol, como él mismo dice en la primera de sus Epístolas a los de Corinto (2, 3).

Pero vosotros, y yo con vosotros, constituimos la labranza de Dios (1 Cor. 2, 9) y ante una oportunidad como ésta de contemplar y hacerse oír por el pueblo de Dios, ¿no ha de sentir el alma un inmenso regocijo espiritual, una iluminación de lo alto, una fuerza interior y secreta que aniquile o mitigue, al menos, sus debilidades y temores y la impulse con denuedo a «arar con esperanza» (1 Cor. 9, 10).

«¡Ay de mí si no predicare el Evangelio!» (1 Cor. 9, 16), si no contribuyese ahora y en la medida de mis fuerzas a haceros comprender la insondable riqueza de Cristo (Ef. 3, 8), lo ancho y lo largo, lo alto y lo profundo de su misterio (Ef. 3, 18). Porque Cristo, os vuelvo a decir con San Pablo, es el misterio de Dios, con quien los tesoros de la sabiduría están escondidos (Col. 2, 2-3).

Si el acto de hoy, con que se inicia el recuerdo de la venida a España del Apóstol de las gentes hace mil novecientos años, ha de tener algún significado que trascienda de su pura consideración histórica, aquí está su piedra de toque y su razón de ser: predicar el Evangelio, como San Pablo nos propone, con más fervor, con más vehemencia apasionada que nunca, para que no se inutilice la cruz de Cristo (1 Cor. 1, 17), locura para los que perecen, mas para nosotros fuerza de Dios (1 Cor. 1, 18). Orad, pues, por mí —continúo empleando palabras del Apóstol—, a fin de que al abrir mi boca se me den palabras para manifestar con valor el misterio (Ef. 6, 19), sin recurrir a lisonjas o solapadas codicias, sin buscar el agrado de los hombres, sino el de Dios (1 Tes. 2, 4-6). Orad, hermanos, para que la palabra del Señor corra (2 Tes. 3, 1) y como espada de dos filos penetre en vosotros y en todos los que oyen, hasta la coyuntura de los tuétanos (Hebr. 4, 12).

I EL HOMBRE DE TARSO

Un día, aquel hombre de Tarso, rudo en el hablar (2 Cor. 11, 6), del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, circuncidado al octavo día, celoso de las tradiciones de sus padres, fariseo, irreprochable en cuanto a las cosas de la ley (Fil. 3, 5-6; Gal. 1, 14), violento y blasfemo (1 Tim. 1, 13), fue derribado de su cabalgadura. Iba con cartas del sumo sacerdote, dispuesto a consumir con su propia mano la obra que inició como testigo, cuando Esteban, el protomártir, fuera lapidado. Sobre la montura, no sólo galopaba un jinete, sino también los sueños mesiánicos aprendidos en su juventud en la escuela famosa del Gamaliel. Se mofaba del libertador clavado en la cruz, cubierto de ignominia, despreciado por las legiones de Roma. Cristo era el hazmerreír del patriotismo ultrajado, la muestra palpable de la debilidad de un pueblo a í que se había profetizado el dominio del mundo: *Surge, ¡illuminare Ierusalem!* El, Pablo, ¿no sería el elegido para la empresa de rescatar a su pueblo?

La «luz inaccesible» se acerca en los grandes momentos de la Historia de la salvación. A los pastores les envuelve la *dantas Dei* mientras vigilan sus ganados en la noche gozosa de la Natividad. Los reyes aseguran, justificando su viaje: *Vidimus stellam eins*. Los Apóstoles, en el

cenáculo, reciben *linguae ignis*, antes de acometer la tarea de evangelizar el mundo. Y a Pablo, *súbito circumfulsit eum lux de coelo* (Hech. 9, 3).

Et cadens in terram, audivit vocem dicentem (Hech. 9, 4). Esa «luz del cielo» y esa voz que subsigue cambian de un modo radical los designios de Pablo. Hay aquí una directa intervención de la gracia, un llamamiento personal de Jesucristo glorioso al quehacer apostólico. Pablo es vaso de elección. A partir de entonces, en toda la vida del Apóstol no hay más que una pregunta continua al Salvador y un propósito sincero y resuelto de complacerle: *Domine, quid me vis faceré?*, «Señor, ¿que quieres que haga?» (Hech. 9, 6).

Pablo es ahora el primero de los pecadores (1 Tim. 1, 15), el ínfimo de los santos (Ef. 3, 8) y de los apóstoles (1 Cor. 15, 9), el último de todos, el abortivo (1 Cor. 15, 8), el que tiene por basura todo lo del mundo para ganar-a Cristo, el que se hace prisionero (Ef. 3, 1; Fil. 3, 8) por El y por amor a los hermanos, el que siente que todos le abandonan y algunos, como Dimas, se retiran por afecto a las liviandades del siglo (2 Tim. 4, 10.16).

Pablo llega a España

Este hombre, depurado en la doctrina, acrisolado en la cautividad, encanecido en la predicación, vino a España, como había reiteradamente proyectado y prometido en la Epístola a los Romanos. Tarraco era la capital de la España ceterior y del *conventus Tarraconensis*; su puerto había servido de base a las campañas de los escipiones y los judíos habían llegado hasta aquí en su diáspora colosal.

Pablo vino sin duda por mar, en alguno de los trirremes con águilas en la proa, arboladura y velamen que ponían en contacto a Ostia con las grandes ciudades del Imperio.

El sello jacobeo y el sello paulino del Cristianismo español

España, que había recibido la luz de la verdad por boca de Santiago —que dejó en el Cielo el camino hacia el lugar de su reposo como enhebrando desde arriba y para el futuro la unidad jacobea de Europa—, recibió esa misma verdad de Pablo. Allí, en Santiago, el Evangelio vino directamente y tenía perfume de olivo jerosolimitano, de torta ácima y de lagar húmedo. Aquí, en Pablo, la verdad vino con sabor de alga y de naufragio, de brisa marinera y de vocablo helénico. Allí, en Santiago, el Evangelio se pegó a la tierra y levantó una columna o pilar para el mensaje alentador de la Señora. Aquí, en Pablo, el Evangelio se hizo transitivo, móvil y navegante. Arribó por la orilla mediterránea y luego de fructificar, embarcó en Palos de Moguer hacia la gran aventura de América; y cuando quiso recibir a la Señora, para que lo bendijese, lo hizo en el Tepeyac y en la tilma de un indio bautizado. Y no paró allí, sino que en nuevas singladuras bajó y subió, desde Francisco Solano hasta Junípero Serra, y en Acapulco se hizo a la mar con Urdaneta y Legazpi, sembrando el mundo de cruces y sagrarios y envolviendo la tierra con el abrazo caliente del amor.

De esta forma, nuestro cristianismo, el cristianismo que encarna nuestro pueblo, tiene un sello jacobeo y un sello paulino. De Santiago tiene su serenidad, su aplomo, su firmeza y su atadura europea. De Pablo, su intrepidez, su audacia, su espíritu viajero y su tremenda vocación ultramarina. De Santiago nos viene el llamamiento del Cristo que habitó entre nosotros. De Pablo, el llamamiento del Cristo glorioso. De Santiago, nuestro sentido tradicional de jerarquía, de respeto y de obediencia a Roma, y de Pablo, nuestro encendido afán misionero y nuestra entrega arrebatada a la ascesis y a la santidad.

Saludo y recuerdo de las Iglesias de España a todas las Iglesias

Hoy las Iglesias de España comienzan un año de alegría jubilar bajo el signo de Pablo. Con Pablo, recordemos, al iniciar la detenida y gozosa conmemoración de su llegada, a los hermanos que sufren por la fe. «Acordaos de los presos, como si estuvierais presos con ellos» (Hebr. 13, 3), para que no desfallezcan, para que con ánimo e intrepidez recobrada, aunque estén aherrojados sus miembros, la Palabra de Dios no se encuentre en cadenas (2 Tim. 2, 9), para que un día

próximo cese la persecución y reine la libertad.

Recordemos también, con la Iglesia del Silencio, a la Iglesia toda en estado de concilio, con la mirada puesta en el *Ut unum sint*, para que Pablo, apóstol al que había sido encomendada la evangelización de las gentes y al que tantas veces se ha querido presentar como el rebelde contra Pedro, conduzca a los cristianos que se hallan fuera del redil hasta el lugar donde Pedro se encuentra, como el propio Pablo, el que había recibido directamente su misión de Cristo y no a través de la piedra, subió a Jerusalén para discutir y para oponer, pero también para confirmar su doctrina, para someterse y para acatar, a fin ele que seamos un solo cuerpo y un solo Espíritu y tengamos un solo Señor, una sola fe y un solo bautismo (Ef. 4, 4-5).

Recordemos, en fin, a todos los cristianos, a los de Oriente y a los de Occidente, a las cristiandades de los países nuevos y a las cristiandades de los países con historia vieja, a la Iglesia discente y a la docente, a los que pelean en el mundo y a los que oran y hacen penitencia en los claustros y en los yermos, a los que trabajan en la ciudad y a los que viven en el campo, a los que misionan entre infieles y a los que catequizan en la retaguardia, a los que militan en la tierra, a los que se purifican en el purgatorio y, aun, por qué no, a los que se hallan en el cielo gozando de las cosas inenarrables de que Pablo nos habla. ¡A todos vosotros, cristianos del tiempo y de la eternidad, en esta hora de gozo y de alegría, las Iglesias de España, en Cristo, fraternalmente, os saludan !

II TEOLOGÍA CRISTOCÉNTRICA DE SAN PABLO

Se equivocan, ha escrito el padre Fernando Prat (*Teología de San Pablo*, «IUS», Méjico, 1947, II, pág. 23), los teólogos que ponen en la base de la doctrina de Pablo, ora la noción metafísica de Dios, fuente primera y fin supremo de todos los seres; ora la tesis abstracta de la justificación por la fe, inspirada por la polémica judaizante; ora el conflicto psicológico entre la carne dominada por el pecado y el espíritu que busca con anhelo la justicia.

No; el centro de la teología paulina no es ni el hombre ni Dios; es Cristo. No es un corolario de su antropología o de su teodicea, sino de su teandría. Su centro, su clima focal, su cono de luz se proyecta sobre Cristo, Dios y hombre a la vez, y único mediador entre el género humano y la divinidad.

Para Pablo, todo parte de Cristo y todo conduce a Cristo. Cristo es el principio, el medio y el término de todo, lo mismo en el orden natural que en el sobrenatural. Todo está en Cristo, todo es por Cristo y todo es para Cristo. «Me propuse no saber otra cosa que a Jesucristo», nos dice el Apóstol (1 Qor. 2, 2). De aquí que la fórmula y a la vez la síntesis de la teología de San Pablo se concrete en las palabras que tanto repetimos y que en la liturgia se han hecho familiares a los oídos de los fieles: *In Christo Iesu*.

Esta fórmula *In Christo Iesu* comprende y resume, como señala el Pabre Bover (*Teología de San Pablo*, Madrid, 3.- ed., BAC, pág. 551), el drama grandioso de la justificación, que se inicia y consume en la eternidad, y que abarca desde la idea matriz en la inteligencia divina, y su ejecución potencial en el Calvario y el *Resurrexit*, hasta su realización sucesiva y personal en cada uno de nosotros y su última y definitiva consumación, cuando el Ungido vuelva y, clausurado el tiempo para siempre, no haya otra cosa que eternidad.

El Cristo de antes de nosotros

Esta concepción teológica cristocéntrica, lleva a Pablo a descubrir un Cristo que pudiéramos llamar prehistórico, anterior a las edades, un Cristo preexistente en el seno del Padre, resplandor de su gloria y sello de su misma sustancia como nos dice en la Epístola a los hebreos. Porque la única persona de Cristo es divina y esa persona divina que hay en Cristo, vive desde siempre: es

la Palabra de Dios, aquella en la que el Padre se conoce, por la que el Padre se expresa y a través de la cual realiza su obra. La creación se hace por el Hijo y para el Hijo. Todas las cosas han sido creadas por medio de El y para El. Y «El es antes de todas las cosas y en El subsisten todas», recalca en la Epístola a los colosenses (1, 17).

El Cristo que viene de nosotros

Pero también hay un Cristo histórico. El Hijo irrumpe en el tiempo para realizar la epopeya de la justificación. Hay una idea, a mi juicio impresionante, en el *Verbum caro jactum est* del Evangelio de San Juan, y es ésta: la Encarnación no es sólo el hecho, como San Pablo recoge en otras palabras, de que en Cristo *in ipso, inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter* (Col. 2, 9), sino que esa unión hipostática del Hijo se hace con el hombre, es decir, con la síntesis de la creación entera, de lo espiritual e invisible y de lo material y palpable, para que así, por medio de El, como insiste el propio San Pablo, fueran reconciliadas con el Padre todas las cosas, tanto las del cielo como las de la tierra (Col. 1, 20).

El Cristo que está con nosotros

Mas este Cristo, Dios encarnado, no termina su obra al morir y resucitar, escapándose y, evadiéndose de la economía redentora. El Cristo inmortal y glorioso que asciende, no ilumina desde lo alto o desde ayer a las almas. No hay que buscarle entre los montones de polvo acumulado por los siglos o los legajos incomprensibles y molestos para muchos de la investigación escriturística, ni aguardarle tampoco en el silencio recogido para que descienda. Cristo se quedó con los hermanos en la Eucaristía y en la Iglesia: «Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos», *Usque ad consummationem saeculi*. La salvación no es algo que desde arriba se nos ofrece con una mirada de condescendencia, ni su encuentro un acertijo o una sorpresa final. La salvación está aquí, en medio de nosotros, palpante y próxima, no como un astro que brilla a los lejos, periódicamente se oculta y es preciso sorprender con el telescopio en la insomne oscuridad de una noche impaciente, sino como una brasa llameante y cercana, que no muere nunca y que flamea sin quemarnos e ilumina sin deslumbrar.

El Cristo que está en nosotros

En su quehacer redentor en el tiempo, el Cristo que se quedó con nosotros va incorporando a los hombres a su encarnación. Dios es la vida, y el torrente de vida santificadora de Dios que es el Espíritu y que por medio de Cristo trabaja como único mediador, va comunicándose, extendiendo, propagando, difundiendo, empapando, purificando en suma. Esta vida de Dios, inmaculada e inmaculante, es como una torrentera de salvación que avanza incontenible, desbordada, rotos los diques de la enemistad, superado el abismo de la mancha y sólo contenida por el respeto a la libertad del hombre, ante el cual el mismo Dios se detiene para que no sea Dios, sino el hombre el que renunciando a la vida y privándose de ella, por su propia y exclusiva voluntad se condene.

El Cristo que volverá a por nosotros

Y será este Cristo, redentor y glorioso, el que vuelva. El Señor volverá. *Christus secundo apparebit*. Entonces, en la jornada gloriosa de la venida, de la segunda visita, de la Parusía, el pueblo de Dios, la comunidad de los elegidos, los que estén marcados con el sello de su nombre y de su gracia, los que estén unidos a El por una comunicación de vida, marcharán, alma y cuerpo gloriosos, a la mansión definitiva del Padre. Los hombres, el pueblo que El ha escogido para sí, entrará en su reposo en el séptimo día del descanso sabático y final, lleno de gozo y de regocijo. *Semper cum Domino erimus*. Estaremos siempre con el Señor, dice Pablo (1 Tes. 4, 16). Y las cosas, la creación entera, después de la gran sacudida de las señales anunciadas, será convertida en un modo de ser intemporal. No habrá dolor ni muerte, pero tampoco calamidades ni desgracias. El mundo no temblará y la luz de Dios, resplandeciente, como aquella que transfiguraba a Cristo sobre la cima del Tabor, iluminará sin ocasos ni alboradas la divina arquitectura y la belleza

insoñable de la nueva celestial Jerusalén.

El Cristo místico

He aquí cómo, además del Cristo personal, preexistente en el seno del Padre y encarnado luego en María, que se quedó con nosotros y en nosotros, y que volverá a nosotros, percibimos la existencia de un Cristo místico, que todos los que viven en gracia constituyen con El y del cual Cristo es cabeza y «yo», estímulo y centro de atribución y de actividad. Cuando Pablo dice *vivit vero in me Chrisius* (Gal. 2, 20), no hace otra cosa que comprobar en su propio ser lo que mucho antes, el día de su conversión, Cristo le dijera hablándole de los suyos, a los que Pablo perseguía, e identificándose con ellos: *Saule, Saule, quid me persequeris?* (Hech. 22, 7).

El Cristo cósmico

Y junto al Cristo personal y al místico, el Cristo que yo llamaría universal o cósmico. Es cierto que Pablo, como los demás apóstoles, nos transmiten la verdad, nos la revelan en el sentido teológico y dogmático de la palabra y tienen en su manifestación la garantía de la inerrancia. Mas a ello no se opone que el estilo y la forma de expresarse tengan un tono característico, infungible y personal, porque la inspiración divina no anula, sino que perfecciona al intérprete. Pues bien, de idéntico modo, las circunstancias y el medio que delimitan y contornean la actividad de cada apóstol, le ofrecen unas posibilidades de observación que por no haber sido deparadas a los demás impide que éstos vislumbren y aprovechen. Así, en Pablo, el mundo gentil, que conoce y que le sirve de marco y geografía para su predicación, le sugiere, sobre todo a través de Roma, unas perspectivas universales que escapan a los otros, al menos con todas sus consecuencias y dimensiones. En Pablo es donde aparece dibujado a la perfección este Cristo sideral, vigente como nunca en nuestros días, cuando las cápsulas del espacio, las lunas artificiales y las naves del éter orbitan o avanzan penetrando los abismos, cuando la mirada absorta de los cosmonautas, aupándose sobre la tierra, descorre el velo de una inmensidad que todavía se nos pierde en años de luz y en fuerzas y velocidades que esperan las medidas aún no inventadas para tan tremendas y enormes magnitudes.

He aquí el Cristo sideral que lo abarca todo 3/ lo salva todo, anillando a Dios el espacio y el tiempo, para que el orden creado que se mueve dentro de esas limitaciones finitas no se desvanezca en la nada. Así es como en Cristo y por Cristo, este mundo que vemos en parte e ignoramos todavía casi por completo, no será aniquilado, porque no es un aquelarre incomprensible y sin destino que postula su destrucción nihilista, sino que es hechura de Dios y hacia Dios camina, arrebatado por Cristo, al explicarle —*quem constituit haeredem universorum*— a la acedía perezosa del aburrimiento o a la tragedia imperdonable de la desesperación.

La «Civitas Dei»

La creación entera, que aguarda con vehemencia la manifestación de los hijos de Dios y que espera liberarse de la servidumbre de la vanidad que le ha sido impuesta, suspira ya con dolores de un parto (Rom. 8, 22) que alumbró a su Cabeza, y aunque, como dice el Apóstol, al presente no vemos todavía sujetas a El todas las cosas (Hebr. 2, 8), en Cristo, Adán que inició la estirpe y el abolengo de los hijos de Dios por esencia y subsistencia, el mundo ya ha sido en su primicia recreado.

Esta es la creación renovada. No como un salto atrás, hacia el Paraíso que despreciamos, ni como un orden hacia el cual se avanza por el progreso indefinido e irreversible de la organización y de la ciencia, con que han soñado todos los utópicos, desde los falansterios a las comunas, desde el liberalismo al marxismo. Esta es la única creación redimida y santificada. Si el hombre es templo del Espíritu, la creación, que hizo el Padre por y para el Hijo, es, pese a todo, sagrada, y camina a su última consagración. Mientras llega el día en que la gloria de Dios se manifieste en sus hijos y en todas las criaturas, el mundo es y será, aunque nos embrijen los señuelos de la vida, una tierra de exilio, en la que moramos, al igual que Moisés, Isaac y Jacob —herederos como nosotros de la

Promesa— en tiendas abatibles de campaña. Nosotros no somos de aquí abajo, no tenemos aquí una ciudad permanente. Nosotros somos, como quería el Apóstol, a la manera de una inmensa e iluminada manifestación, que a través de los siglos y las latitudes, en general asamblea, busca la ciudad de fundamentos construida por Dios, la *Civitas Dei* hecha sobre las cosas que palpamos y que van a cambiarse, y que permanecerán luego inmutables y eternas como un reino pacífico e in-conmovible (Hebr. 11, 3.10; 12, 22.25.28; 13, 14).

III LA DOCTRINA DE LA JUSTIFICACIÓN

Pero lo importante e íntimo a la vez de esta gran epopeya de la justificación que Cristo realiza y de que Pablo tan reiteradamente nos habla, es determinar cómo se nos aplica e incide en cada uno de nosotros.

En el estudio de las Epístolas ha querido verse una justificación jurídica, ideal, objetiva e imputada, en cuya virtud, mediante una confianza cierta y profunda en la bondad divina o un simple reconocimiento intelectual de la economía de la salvación, el hombre, aun siendo y permaneciendo impío y pecador, es declarado justo. Según esta tesis, llamada forense o de rescate, la justificación se opera en el plano divino, sin que nada cambie en el hombre. La justicia de Cristo no se da al pecador, sino que se le imputa; el hombre no recibe una cualidad que le informa, sino que agrega un atributo que le reviste.

Pero Cristo no es una vestidura con la cual se encubre la mercancía putrefacta, ni una barrera que nos defiende, ni un pararrayos que nos cubre. El «revestíos de Cristo», en que San Pablo insiste, en su acepción originaria y real, es una impregnación, un germen que se implanta, inyecta y transforma. Cristo no es una empalizada ni una tapadera. Cristo es un principio vital de regeneración salvífica. Cristo es la vid y nosotros los sarmientos.

Por eso, los herederos de la tesis de la justicia imputada entienden hoy que esa cualidad o virtud transformante, que no se capta ni se percibe en el plano actual, será efectivamente dada en el futuro. De este modo, la actividad forense de Dios con respecto al hombre se conduce como un juicio actual pero profético, ya que se difiere la ejecución de la sentencia a un porvenir escatológico.

Los errores apuntados arrancan de no distinguir en la obra de la justificación tres estados diferentes, a saber, la justificación radical, la justificación formal y la justificación consumada.

Cristo, al morir y al resucitar, realiza la primera: «Dios ha perdonado en Cristo» (Ef. 4, 32).

Pero esta justificación radical no basta, como no es bastante para regar mi surco que el agua se almacene en el embalse. Es precisa su aplicación a cada hombre, y esta aplicación requiere un cauce, que es la fe y el tránsito hacia el hombre, por su medio, de la gracia, es decir, de la vida de Dios, de que ella nos hace partícipes por los méritos de Cristo.

Pero no siendo definitiva la justificación formal, a ella ha de seguir la justificación consumada en la vida eterna, porque ahora, como dice San Pablo, sólo «en esperanza hemos sido salvados» (8, 24).

La justicia santificante

De este modo está claro lo que el Apóstol quiere decirnos cuando resuelve que *iustificari hominem per fidem* (Rom. 3, 28) y que por tanto dicha justificación se produce *ex fide Christi et non in operibus legis* (Gal. 2, 16), pues la reiterada alusión a las obras de la ley pone de manifiesto que estamos ante una controversia en lo que San Pablo desautoriza a los judaizantes, es decir, a los que estiman que la circuncisión y las obras de la ley justifican *ex opere operálo*. En Cristo Jesús, señala el Apóstol, ni la circuncisión tiene eficacia alguna, ni la incircuncisión, sino la fe; ¡ah!, pero una fe ética, una fe viva —no una fe muerta, que sería algo así como un cauce cegado—, una fe,

fides, quae per caritatem operatur (Gal. 5,6).

Así, la justificación por la fe coincide y se identifica con la santificación. El hombre justificado, incluso en la etapa de la justificación formal, no tiene una justificación imputada por la fe, sino que tiene un principio de vida divina, el grano de mostaza, las arras del Espíritu, que le engendran, como Jesús decía, transformándole en el hombre nuevo, creado ya, según Dios, en la justicia y en la santidad (Ef. 4, 24) y que camina hacia su completa perfección.

No hay contradicción entre Pablo y Santiago

Las obras no justifican, ciertamente, ni en la antigua ley ni en la nueva, pero las obras son la manifestación de esta fe. La supuesta contradicción entre Pablo y Santiago no existe. Cuando éste último asegura *ex operibus instificatur homo et non ex fide tantum* (2, 24), se refiere a una fe inútil, a aquel simple asentimiento de la inteligencia que pueden tener los malvados recalcitrantes que odian a Dios, precisamente porque conocen su existencia y creen; mientras que la fe a que San Pablo alude en las Epístolas a los romanos y a los gálatas, es la fe activa que recibe de la caridad su vigor y su forma. Las obras de que nos habla el Apóstol, dirigiéndose a los judaizantes, son las obras de la Ley mosaica, las que preceden a la fe y a la justicia; las que Santiago exige, dirigiéndose a los cristianos, son las que la siguen, las que la confirman y manifiestan como fruto sazonado de la vida sobrenatural.

Fe, Esperanza y Caridad

Esta fe viva que justifica santificando, es una obra de Dios, el don de Dios, no sólo en el sentido de acto, sino de consecuencia. La vida divina se nos entra por el bautismo. Mediante él nos incorporamos a la Encarnación y nos hacemos una cosa con Cristo integrándonos en su misterio, cifrado en su muerte y en su resurrección. El rito bautismal juega por ello con la inmersión del neófito, que así se despoja del hombre viejo, muere al pecado y es sepultado con Cristo, y con la salida del agua configurado como un hombre nuevo, que nace y aparece iluminado por la fe, vivificado por la caridad y glorificado en esperanza.

La esperanza matiza y conforma la fe, porque no hay una fe eficaz químicamente pura. Es la fe, dice San Pablo a los hebreos (11, 1), *Sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium*, es decir, el fundamento de las cosas que se esperan, la prueba o la noticia de las cosas que no se ven. Pues bien, esas cosas que no se ven y que en parte no poseemos todavía, pero cuya posesión aguardamos, constituyen no sólo objeto de la fe, sino que son el objeto mismo de la esperanza, pues, como dice el mismo San Pablo a los romanos (8, 24), *spes quae videtur non est spes*.

De otro lado, la fe y la esperanza se enmadejan en la caridad. *Deus Caritas est*. Dios es amor, y amor se nos infunde con el bautismo al hacer Dios en nosotros su morada y al darnos su vida en la nueva concepción. Si el cristiano vive en cuanto que está unido a Cristo y en la medida e intensidad de esa unión; si Cristo, como Mediador, no hace otra cosa que derramar vida divina y esa vida divina consiste en el amor, el bautizado, con la fe y la esperanza, recibe la caridad, plenitud de la ley (Rom. 13, 10) y vínculo de perfección (Col. 3, 14), a la que Pablo llama «maior», porque abraza y comprende a las otras: *Caritas... omnia credit, omnia sperat*; porque ella *numquam excidit* y porque sin ella, aun teniendo fe y esperanza, *nihil sum y nihil mihi prodest*, nada soy y nada me aprovecha (1 Cor. 13, 2.3.7.8.13).

La resurrección de la carne

Es verdad que Dios mora en nosotros por la gracia, que la gracia es sello y garantía de la gloria, que la vida eterna la poseemos ya, justificados por nuestra unión con Cristo. Pero en el tránsito de lo temporal, ni la semilla ha logrado su plenitud ni estamos seguros de su logro. Mientras vivimos en la carne estamos en el invierno de la fe, con la mirada puesta en el Primogénito que, sentado a la diestra del Padre y como cabeza de todos, goza ya de la recompensa infinita que nosotros confiadamente aguardamos.

Pero si Cristo resucitó nosotros vamos a resucitar con El. De otro modo sería vana y ridícula nuestra esperanza (1 Cor. 15, 14), sería inerte la vida de Dios en nosotros. Cristo, como Redentor, ha destruido el pecado y la muerte. El pecado trajo la muerte al mundo, y el Ungido, para demostrar su victoria sobre el pecado, *resurrexit sicut dixit*, resucitó de entre los muertos. Pues bien, si la gracia destruye el pecado, más aún, si *ubi abundavit delictum superabundavit gratia*, nuestra muerte, obra del pecado, será pasajera como la suya. Cristo, grita con ardor San Pablo, ha resucitado de entre los muertos y ha venido a ser como las primicias de los difuntos, porque así como en Adán mueren todos, así todos en Cristo serán vivificados (1 Cor. 15, 20.22). La muerte será así el último enemigo destruido (1 Cor. 15, 26) y lo mortal, cuando sea Dios en todas las cosas, y Cristo todo en todos, será absorbido por la vida (1 Cor. 15, 28; 2 Cor. 5, 4).

Templos del Espíritu

No importa, pues, que nuestro hombre exterior vaya decayendo si el hombre interior crece y se renueva cada día (2 Cor. 4, 16); no importa que llevemos al Espíritu Santo en vasijas de barro y que se desmorone nuestra mansión terrestre (2 Cor. 4, 7; 5, 1), si la vida sobrenatural nos conserva una fascinante juventud del alma.

No, no podemos destruir el templo de Dios, por repugnante que nos parezca; no podemos poner las manos homicidas sobre el enfermo incurable, sobre el niño deforme; no podemos matar en el seno de la madre, ni impedir la concepción del niño, ni cortar la hebra de nuestra vida, ni podemos utilizar el cuerpo, templo del Espíritu, como instrumento del mal. «¿No sabéis acaso que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una ramera? Huid, pues, de la fornicación. Cualquier pecado que comete el hombre queda fuera del cuerpo; mas el que fornicación peca contra su mismo cuerpo» (1 Cor. 6, 15.18.19).

Este cuerpo que se corrompe y declina, que envejece y muere, participará también de la alegría de la resurrección. Si Cristo aniquiló la muerte e irradió la vida y la inmortalidad (2 Tim. 1, 10), esta victoria y esta irradiación se comunican y trascienden a los que se hallan a El incorporados. Y como la carne, esta carne corruptible, no tiene capacidad de poseer a Dios, el cuerpo, que por la muerte es sembrado en la corrupción, resucitará incorruptible y espiritualizado (1 Cor. 15, 42.50.52), transformándose así, como dice Pablo en la Epístola a los filipenses, el cuerpo de la humillación nuestra, conforme al cuerpo de la gloria suya (3, 21).

La Iglesia, esposa de Cristo

Mas no es en cada hombre aislado en el que se produce el injerto de la vida divina, la promesa de la resurrección y el germen de la gloria. La tarea redentora se proyecta sobre la humanidad y el Mediador quiere asociarla a sí para habitar plenamente en ella, incorporándola a su encarnación y convirtiéndola, según el ángulo de vista que elijamos, en su esposa o en su pleroma. La doctrina de San Pablo, que nace de la consideración jurídica de un pueblo elegido y purificado (Tito 2, 14), de un reino (1 Tes. 2, 12), termina en las ideas más fecundas de la masa nueva (1 Cor. 5, 7), de la casa de Dios (1 Tim. 3, 15), del edificio armónicamente trabado y asentado sobre la piedra angular que es Cristo (Ef. 2, 21.22), del cuerpo que recibe de El su crecimiento para ir complementándose en caridad (Ef. 4, 16) y de la familia de Dios que integramos como miembros (Ef. 2, 19), o, mejor aún, como hijos y herederos que pueden decir: ¡Abba, Padre! (Gal. 4, 7).

La Iglesia deviene así la humanidad que Cristo se asocia, y que si de una parte constituye su pleroma o Cristo total, la cabeza y los miembros, de otra se presenta ante El como una desposada.

Lo bello y lo alucinante de este desposorio está en que Cristo hace primero a la Iglesia, después la conserva y mantiene inmaculada y sin arruga (Ef. 5, 27), luego se le entrega en la renovación de su sacrificio, y al fin la conduce al palacio de la eterna e indefectible luna de miel.

Cristo, que se hace pecado (2 Cor. 5, 21) y maldición (Gal. 3, 13) y se humilla hasta la muerte y muerte de Cruz (Filip. 2, 8), hace a la Iglesia, no ya de la nada, sino de una estirpe enemiga a la que salva de la enemistad paterna. Y como no hay perdón sin efusión de sangre (Hebr. 9, 22), la posibilidad de estas nupcias se encuentra en la sangre que El vierte en el único y

verdadero sacrificio redentor y propiciatorio.

Como en un viejo rito, el Mediador, que hace a la esposa, la compra también con las arras de su sangre. Siguiendo la brillante metáfora paulina, Cristo, Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza, atraviesa el primer tabernáculo, donde están, con el candelabro y la mesa, los panes de la proposición, y llega solo, absolutamente solo, rasgando el velo de su propia carne, hasta el segundo tabernáculo, hasta el *sancta sanctorum* donde se hallan el arca del pacto, el vaso del maná y las tablas de la Alianza, y derrama, con una oblación voluntaria, obediente y querida, su propia sangre. Se acabó la sangre de los becerros y de los machos cabríos, la ofrenda sacrificial de vida a un Dios cuyo dominio se reconoce y cuya amistad inútilmente se procura. He aquí al Sumo Sacerdote, santo, inocente, inmaculado, que entró de una vez para siempre en el Santuario del cielo con su propia sangre y con ella ha ganado a su esposa y ha logrado para las nupcias divinas la bendición de su Padre.

Cristo, que hace a la Iglesia y que con Ella se desposa, la mantiene con su propia donación y entrega, limpia y sin arruga. La Eucaristía es el sacramento de la unidad, de la unidad de la Iglesia con El, y de la unidad de todos los cristianos. Ya no hay distinción de razas, ni de sexos, ni de clases, ni de países (Col. 3, 9.10). De muchos granos de trigo se hace la hostia en que El se entrega. De muchos racimos se obtiene el mosto en que El mismo se ofrece. Esta unidad entrañable y profunda de la Iglesia que el sacramento eucarístico representa, se perpetúa en la renovación del mismo sacramento. Cuando Cristo consagra en la última cena, instituye el sacerdocio para que lo conserve. El sacerdote es, sustancialmente, el hombre de la Eucaristía y ha sido ordenado en función del pan y del vino que han de consagrarse. La víctima, en estado ya irreversiblemente glorioso, continúa siendo la misma, y su sacrificio místico —actualización en tiempo presente de la tragedia colosal del Calvario— sigue siendo la prueba máxima del infinito amor de Cristo hacia su esposa. He aquí cómo Cristo hace a la Iglesia y la purifica y cómo la Iglesia sigue haciendo a Cristo y entregando al Padre el único don que le satisface y agrada.

«Sacramentum hoc magnum est»

¿Cómo extrañarnos entonces, de que Pablo, al aleccionar a los fieles, traiga a colación esta unidad indestructible de la Iglesia y de Cristo cuando ahonda en la naturaleza del matrimonio cristiano? ¿Acaso no es el matrimonio fecundo partícipe de la paternidad de Dios? ¿Acaso no son ellos, el esposo y la esposa, los que engendran a los hijos de Dios, a los moradores del cielo, a aquellos a los que Cristo, anudando y vinculando a sí, hará miembros vivos y visibles de su Iglesia? Pero aun al matrimonio infecundo se aplican las palabras del Apóstol: *Sacramentum hoc magnum est* (Ef. 5, 32), porque simboliza y representa el místico desposorio de la Iglesia y de Cristo.

El genesíaco *erunt dúo in carne una* (2, 24) sirve de punto de arranque al Apóstol. Tan estrecha, tan enraizada, tan absoluta es la unidad que vincula y ata a los esposos, que en ella se hace patente la unidad del desposorio místico del Redentor con la humanidad redimida. Los esposos cristianos se saben así portadores de un mensaje trascendente, testimonios inmediatos de una realidad profunda y misteriosa, que en ellos, en su carne unida por el gozo del abrazo conyugal, se está manifestando. En ese paralelismo, Pablo nos dice que el varón es cabeza de la mujer, que el marido debe amar a su esposa como Cristo amó a su Iglesia, poseyéndola en santificación y honra, y que la mujer, gloria del varón, ame a su marido y le esté sujeta como la misma Iglesia está sujeta a su Cristo (1 Cor. 11, 3.7; Ef. 5, 24; Col. 3, 18; Tit. 2, 4).

Esta sujeción *in ómnibus* (Ef. 5, 24) y este amor hasta la muerte, *dilexit et tradidit pro ea* (Ef. 5, 25), por todo lo que exige y todo aquello que representa, requiere gracias especiales, la presencia de Dios y el regalo de una asistencia que el matrimonio confiere al ser elevado por Cristo a sacramento.

Y es tal la fuerza santificadora del matrimonio, que si un cristiano casa con quien no lo sea, Pablo afirma que *sanctificatus est infidelis per fidei* (1 Cor. 7, 14), ya que siendo los dos una sola carne y estando santificado el esposo cristiano en virtud del bautismo, su santidad alcanza al cónyuge infiel, no porque éste adquiera una santidad interna, personal e incommunicable, sino porque adquiere aquella santidad extrínseca que dimana y proviene de una relación con lo que es

santo.

La justicia social

Pero el Apóstol no se limita a contemplar el matrimonio, sino que penetra con su mirada pastoral hasta el seno de la familia, hasta el mundo de las relaciones entre los padres y los hijos: «Hijos, obedeced a vuestros padres. Padres, no exasperéis a vuestros hijos», y en ese mundo más complejo, sobre todo en nuestros días, de las relaciones laborales.

Todo lo que Pablo dice sobre el tema crucial de las relaciones entre los amos y los siervos, por seguir la terminología del Apóstol y su época, está en vigor. El progreso habrá cambiado la fisonomía externa de tales relaciones, el modo de prestar el servicio. La economía y la técnica habrán cambiado el mecanismo y las estructuras, pero el hombre y sus deberes morales siguen incambiados. No hay una moral de situación, fluida, movediza, adaptada a las circunstancias y al medio. Hay unos principios insustituibles y permanentes cuya vigencia se exige en todas las circunstancias.

El hecho de que la esclavitud o servidumbre, por obra de la doctrina evangélica, haya desaparecido, no anula, aunque suene mal a ciertos oídos demagógicos, para el dependiente, para el que realiza un trabajo por cuenta ajena —sea individual o social, público o privado el *dominus negotii*—, aquello del Apóstol: «No defraudéis a vuestros amos» (Tit. 2, 10), «obedecedlos» (Ef. 6, 5; Col. 3, 22.23), «tenedlos por dignos de todo honor» (1 Tim. 6, 1) y «servidlos como al Señor y no como a hombres» (Ef. 6, 7).

Como el hecho de que ese *dominus negotii* se difumine en el anonimato de las grandes empresas o de las grandes organizaciones públicas, no mengua el vigor de lo ordenado por el Apóstol: «Amos, que nadie engañe o explote al hermano; proveed a los que os sirven de lo que es según la justicia e igualdad; que el Señor será, en su día, el vengador de estas cosas (Col. 4, 1; Tes. 4, 6); y dejad las amenazas, considerando que en el cielo está el Amo de ellos y de vosotros, y que para El no hay acepción de personas» (Ef. 6, 9).

Decidme, ¿cabe otra doctrina social más justa y más avanzada que ésta? Porque una doctrina social justa no es aquella que prescinde y barre los intereses legítimos, y una doctrina social avanzada no es la que aplasta la justicia ante el número o el poder. Una doctrina social avanzada y justa es la que equilibra y compensa todos los factores, no con la picardía o la fuerza, sino con la justicia y el amor.

«El que no quiera trabajar que no coma», dice San Pablo (2 Tes. 3, 10), pero sepa también el avaro codicioso de la riqueza, que la desvía de su destino creador, la arrebató a sus hermanos y se convierte en idólatra del becerro de oro, que como tal idólatra se ha hecho incapaz del reino de Cristo, y atrae sobre sí, al hacerse hijo de la desobediencia, la ira fulminante de Dios (Ef. 5, 6).

IV NUESTRA FE CRISTIANA

He aquí, hermanos, una apretada síntesis de la teología de San Pablo, del hombre que nos visitó para hincar entre nosotros la piedra fundamental, para traernos el mensaje de la salvación que en medio del polvo del camino, de las imperfecciones y de las debilidades humanas, hemos conservado incólume hasta hoy, y a través de las vicisitudes de la Historia, y que aspiramos a legar a nuestros hijos y con ellos a los españoles de mañana.

Nadie puede, so pretexto de tales imperfecciones, negar su cooperación a la tarea. Es demasiado cómodo y demasiado cobarde, en esta hora aciaga y difícil del mundo, sentarse como espectador mientras desfilan los acontecimientos y limitarse a aplaudir o patear la escena a medida de nuestro interés, de nuestra afición o de nuestro talante.

Lo que tiene de bueno esta hora que vivimos es su dimensión universal, que abarca el

planeta y nos pellizca, nos levanta de nuestro asiento y nos hace pasar al escenario para desempeñar un papel, aunque sea modesto, de actores eficaces.

En busca de la paz

En esta representación, nosotros, los cristianos, también buscamos y anhelamos la paz, pero no la que el mundo nos depara. La paz que en sí misma tiene la garantía de su propia seguridad, es falsa. Pablo lo afirma cuando escribe: «Cuando digan paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos, de repente, la ruina, como los dolores de parto a la que está encinta; y no escaparán.»

La paz que nosotros buscamos es la del Dios de la paz, la que nos proporciona saber que el Señor está cerca (Fil. 4, 5). Esta paz —condición del espíritu— hace al hombre pacífico y no al pacifista. El pacifista es el gran sacrificador de los valores más altos y más nobles a su comodidad y a su egoísmo. El pacífico es el hombre que se hace violencia para conservar o restaurar un orden justo sin el que no es posible la paz del Señor. Cristo, el varón pacífico por excelencia, entró en una lucha cruenta por restablecer la paz entre Dios y los hombres, y se clavó en el madero de la cruz.

El camino de la Cruz

Desde entonces, la cruz abrazada por Cristo es signo de salvación para los hombres. *Per áspera ad astra, per crucem ad lucem. Dilexit me et tradidit semetipsum pro me.* Me amó y se entregó a la muerte por mí, y por todos.

Yo acostumbro a visitar el Santuario que los hijos del Padre Claret han dedicado en Madrid al Inmaculado Corazón de María. Allí se conserva la imagen del Cristo del Consuelo, un crucifijo que, según se cuenta, dijo una vez dulces palabras al fundador del Instituto. Es un Cristo impresionante, de tres clavos, con una mirada perdida en la eternidad y atravesado de un amor dolorido. Lo extraño de esta imagen es su prendimiento en la cruz, el amoroso descanso sobre el madero, el roce acariciante de la piel amoratada del Señor sobre el ara inerte del suplicio.

A veces, he querido entrever en lo suave de esa postura, un mensaje al cristiano que se arrodilla ante el Cristo, una invitación a transformar el sacrificio en consuelo, el dolor en alegría, la incertidumbre en gozo. La Cruz, sin Cristo, es inaceptable e insufrible. Pero la Cruz, con Cristo, santificada por El, conllevada con El, completando en nosotros lo que aún falta de inmolación en el Cristo total, es nuestra grandeza y nuestra victoria. Pablo fue un enamorado de Cristo y de Cristo crucificado, y por ese Cristo crucificado se complacía, como escribe en la segunda de las Epístolas a los de Corinto, «en las flaquezas, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias, porque —he aquí una de las grandes paradojas del cristianismo, tan gratas a Pablo— cuando soy débil entonces soy fuerte».

Los testigos de la Resurrección

Pero Pablo amó a un Cristo crucificado que resucita. Nosotros somos los testigos de la Verdad y de la Vida, porque Cristo es la Verdad y la Vida, *usquae ad ultimum terrae* (Hech. 1, 8). Nosotros somos los testigos de la resurrección, y hemos de dar testimonio con una vida digna de El, con una vida en la que, en medio de las imperfecciones y de las debilidades, se haga patente a aquellos que nos rodean que Dios vive en nosotros, que esa resurrección, que en su día se consumará redimiéndonos y rescatándonos de la muerte, ha comenzado en el tiempo al redimirnos 3^o rescatarnos, con nuestro *fiat*, de la miseria del pecado, de las garras de aquel que ha sembrado en el mundo el misterio de la iniquidad.

Dad, hermanos, vuestro *fiat*, no andéis inútilmente dando vueltas al palacio encantado de vuestros sueños para el futuro o de vuestras ilusiones desencantadas y marchitas. Ese palacio no tiene más llave ni más introductor que Cristo, el Mediador, el que nos abre los tesoros de un mundo que no podéis despreciar porque El lo adquirió para nosotros con el precio de su sangre.

Cristo es todavía el «Deus absconditus»

Para muchos, a pesar de que nuestra tierra está llena de tradición y de presente religioso, Cristo es aún el *Deus absconditus*, el Dios desconocido de que Pablo hablaba a los de Atenas, el Dios que hay que seguir predicando a los estoicos que se refugian en su silencio puritano y a los epicúreos que se entregan a la locura de los placeres.

Iesus Christus heri et hodie, ipse et in saecula (Hebr. 13, 8) sigue siendo el gran desconocido. Por eso nuestro lema, como el de Pablo, ha de ser *omnia et in omnibus Christus* (Col. 3, 11).

Ojalá que alguno de vosotros, al escuchar mis palabras, haya hecho de su tristeza, según el mundo, que obra la muerte, la tristeza, según Dios, que obra el arrepentimiento (2 Cor. 7, 10) y haya sentido el «¡Alegraos en el Señor!» (Fil. 4, 4) que tanto repetía nuestro Apóstol.

«Factus ex muliere». La armadura de Dios

Y si aún vaciláis, si algo os queda dentro que os maniatu u os detiene, acordaos de la Mujer. Dice Pablo, que Cristo *factus ex muliere* (Gal. 4, 4), que fue hecho de Mujer de una Mujer que dijo que sí. Id a Ella, a María, a la Mujer, a la Mujer del Cristo total que ruega por vosotros a corazonadas de amor, para que apoye vuestro *fiat* vacilante, dubitativo e incierto y lo asuma, incorpore y apriete a su gran *Fiat* salvador.

Que Ella, la mujer del *Fiat*, la *Stella Maris*, siga velando por nuestra Cristiandad hispánica, repartida por toda la redondez de la tierra. Que Ella, la mujer del *Fiat*, la *Stella Maris*, sobre estas aguas azules y tranquilas del Mediterráneo, lleve hasta Pedro, el Pedro continuado de Roma, en este día jubilar, unas palabras del Apóstol que hoy más que nunca debemos hacer nuestras : los hijos españoles de Pablo, los que hemos recibido la señal mil novecientos años después de su llegada, oramos y velamos. Aquí nos tienes, firmes, vestidos con la armadura de Dios, ceñidos los lomos con el cingulo de la verdad, cubiertos con la coraza de la justicia, calzados los pies con la prontitud del Evangelio, abrazando el escudo de la fe, protegidos con el yelmo de la esperanza, y empuñando la espada del Espíritu (Ef. 6, 11.18; 1 Tes. 5, 8).